



Loti

RECUERDOS
DE DESTIERRO

3 PESETAS



1883

CONTRACT

NO. 1000



PQ2472

.S6

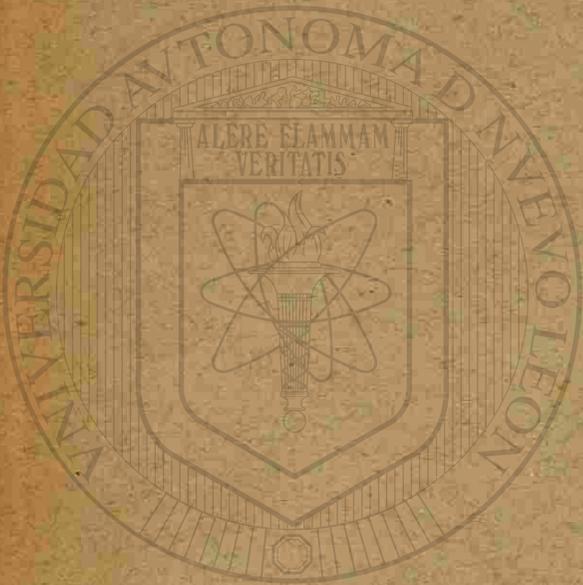
S6

C.1

AD

1883

1883



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"LA PROPAGANDA"
LIBRERIA Y PAPELERIA
Dr. Mier, 81.
-MONTREY, MEX.-

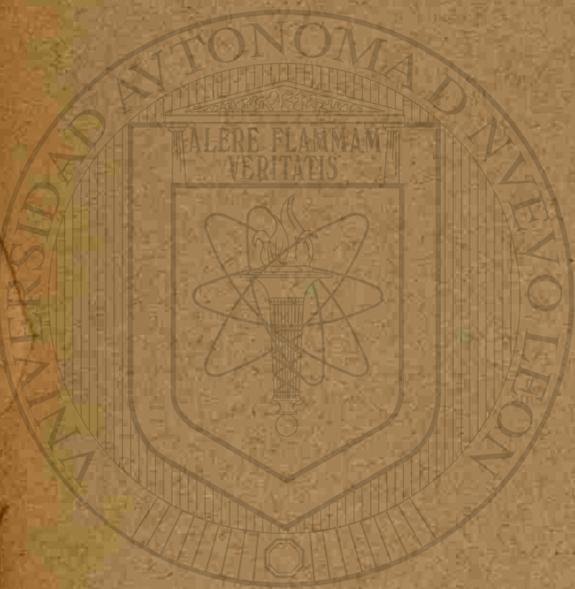


BIBLIOTECA DE «EL COSMOS ED.»

LIBROS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

LITERATURA

- Arambilet.**—*Agnes* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aureilly.**—*Lo que no muere*: 2,50.
- Belot.**—*Loca de amor*: 2,50.
- Belot.**—*La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
- Belot.**—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
- Belot.**—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
- Belot.**—*La Pecadora*: 2,50 y 3 en tela.
- Belot.**—*Una luna de miel en Monté Carlo*: 3 y 3,50 en tela.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos 5.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: 2,50.
- Claretie.**—*Juan Mornas*: 2,50.
- Claretie.**—*Noris*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*La Fugitiva*: 3 y 3,50.
- Claretie.**—*La Querida*: dos tomos, 5 y 6.
- Claretie.**—*El Sr. Ministro*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*Santiaguito*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Un Diputado republicano*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Una mujer de gancho*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*El Último foso*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*Roberto Burat*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*El Príncipe Zilah*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Los Amores de un interno*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*La Casa vacía*: 2,50 y 3.
- Cubas.**—*El Angel del presidio*: 1,50.
- Cubas.**—*El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas.**—*La Mortaja de limosna*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Delpit.**—*Las Represalias de la vida*: 2,50.
- Dickens.**—*Días penosos*: 2,50.
- Dumas.**—*Paulina y Pascual Bruno*: 3 y 3,50 en tela.
- Dumas.**—*Amaury*: 2,50 y 3 en tela.
- Eça de Queiros.**—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond.**—*La Leñadora*: 2,50.
- Enault.**—*Gabriela de Celestange*: 2,50.
- Ennery.**—*El Príncipe de Morio*: 2,50.
- Feuillet.**—*La Muerta*: 2.ª ed.: 3.
- Feuillet.**—*Los Amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet.**—*Un Matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Feuillet.**—*El Conde Luis de Camors*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet.**—*La Novela de un joven pobre*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet.**—*El Viajero*: 3 y 3,50 en tela.
- Fortunio.**—*La Virgen de Belem*: 2,50.
- Gaboriau.**—*Matrimonios de aventura*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*Los Hombres de paja*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*El dinero de los otros*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*El proceso Lerouge*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La Vida infernal) Pascual y Margarita*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La Vida infernal) Lia de Argeles*, continuación de *Pascual y Margarita*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La cuerda al cuello) El incendio de Valpinson*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La cuerda al cuello) El Veredicto* (continuación de *El incendio de Valpinson*): 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*Los amores de una envenenadora*: 2,50 y 3 en tela.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier.**—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier.**—*Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye.**—*La Comedianta*: 2,50.
- Jorge Sand.**—*El Castillo de Flamarande*: 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Los Dos Hermanos*, (continuación de *El Castillo de Flamarande*): 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Mi hermana Juana*: 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Valentina*: 3 y 3,50.
- Jorge Sand.**—*Cesarina Diétrich*: 2,50 y 3 en tela.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

...arqués de Villemer:
 no, 1.
 ...—Indiana: 2,50 y 3 en tela.
 ...—Dios, Patria y Liber
 ...50 en pasta.
 ...—El Gran problema: 2,50
 ...—La Tela de Araña: 1.
 ...—La Bella Horchatera: dos to
 ...5.
 ...—Zyta la saltimbanqui: 2,50 y 3
 ...n tela.
 ...—La Confesión de un hijo del
 ...: 2,50 y 3 en tela.
 ...—El Gran Margal, 2.ª ed.: 3 y 3,50
 ...n tela.
 ...—Las Señoras de Croix-Mert, 2.ª
 ...edición: 3.
 ...—Lise Fleuron: 2,50.
 ...—Negro y Rosas: 3 y 3,50 en tela.
 ...—Orgia de hambre:
 ...2,50.
 ...—Cuadros de gé
 ...trazados á pluma: 2.
 ...—Romances de
 ...ciego: 1.
 ...—Viaje crítico
 ...de la Puerta del Sol: 2.
 ...—Mentiras: 2,50 y 3.
PIERRE LOTI.—Mi hermano Ives:
 ...50 y 3 en tela

Rivière.—El Combate de la vida: tres
 tomos, 7,50.
Soles Eguilaz.—En el quinto cielo: 2,50.
Trueba.—El Gabán y la Chaqueta: dos
 tomos, 5.
Ubach.—El Suplicio de un padre á la
 confesión de un sacerdote, 2.ª ed.: 2,50.
Vascáno.—Javier Malo: 2,50.
Wilkie Collins.—¡Señorita ó Señora!
 2,50 y 3 en tela.
Xoso.—Al lado de la dicha: 2,50.
Zaccone.—Los Dramas de la Bolsa: 2,50.
Zola.—Germinal, 2.ª ed.: dos tomos, 6.
Zola.—Su Excelencia Eugenio Rougem
 dos tomos, 5.
Zola.—Cuentos á Ninon: 3 y 3,50 en tela.
Zola.—El Vientre de Paris: dos tomos, 5.
Zola.—La Confesión de Claudio: 3 y 3,50.
Zola.—La Fortuna de los Rougon: dos
 tomos, 5 y 6 en tela.
Zola.—La Conquista de Plassans: dos
 tomos, 5 y 6 en tela.
Zola.—Aneta Micoulin: 3 y 3,50 en tela.
Zola.—La Caída del Padre Mouret: do
 tomos, 5 y 6 en tela.
Zola.—Magdalena Feral: 3 y 3,50 en tela.
Zola.—Nuevos cuentos á Ninon: 3 y 3,50
 en tela.
Zola.—Los Misterios de Marsella: dos to
 mos, 5 y 6 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo
 Madrid, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

SOLI B

PIERRE LOTI.

RECUERDOS DE DESTIERRO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

H. GINER DE LOS RIOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

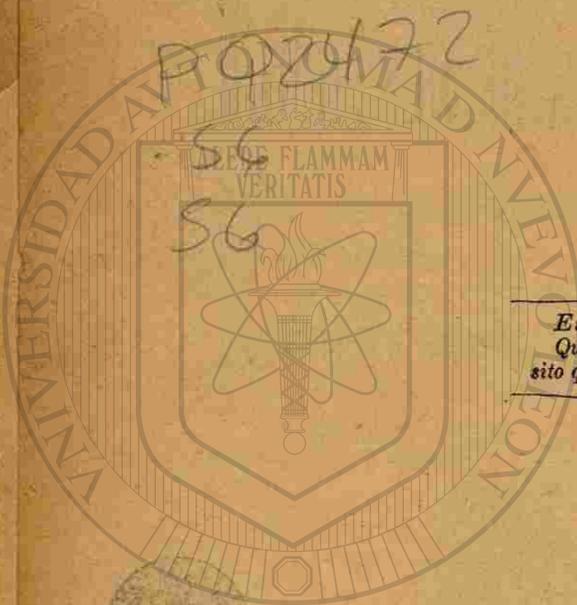
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID
 EL COSMOS EDITORIAL
 ARCO DE SANTA MARÍA 4, BAJO

1888

848.8
L883r

10-23-XI-78



*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

FSRM

6650

MADRID, 1888.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Pasco de San Vicente, núm. 20.

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA LEE CHILDE

(ANTES BLANCA DE TRIQUETI).

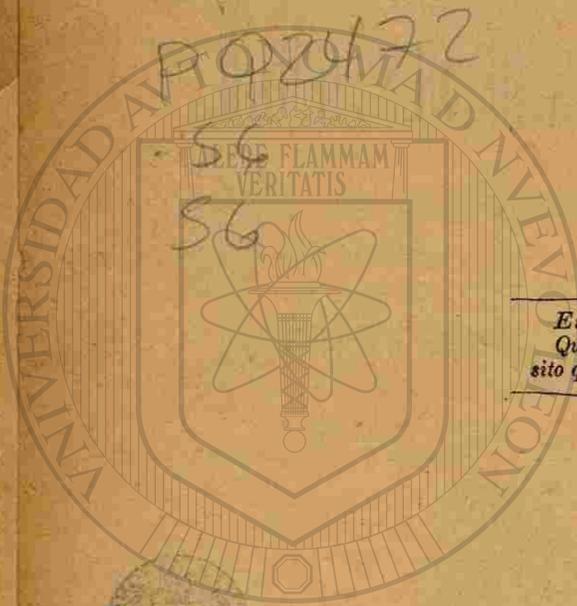
He dedicado estas páginas á la memoria de una amiga noble y distinguida, cuya imagen permanece siempre viva en mí cuando tengo espacio y tiempo para pensar.

Sólo á ella las dirigí desde el principio, al escribirlas en los lejanos países Amarillos; desde ellos se las enviaba, y venía á ser esta correspondencia como conversación entre ambos para distraerla, durante aquellos meses interminables y tristes en que lentamente, lentamente, se iba apagando con exquisito y sereno semblante.

Poco más de un año hace que descansa en paz en la tierra; parecerá algo tarde venir ahora á ha-

848.8
L883r

10-23-XI-78



*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

F S R M

6650

MADRID, 1888.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Pasco de San Vicente, núm. 20.

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA LEE CHILDE

(ANTES BLANCA DE TRIQUETI).

He dedicado estas páginas á la memoria de una amiga noble y distinguida, cuya imagen permanece siempre viva en mí cuando tengo espacio y tiempo para pensar.

Sólo á ella las dirigí desde el principio, al escribirlas en los lejanos países Amarillos; desde ellos se las enviaba, y venía á ser esta correspondencia como conversación entre ambos para distraerla, durante aquellos meses interminables y tristes en que lentamente, lentamente, se iba apagando con exquisito y sereno semblante.

Poco más de un año hace que descansa en paz en la tierra; parecerá algo tarde venir ahora á ha-

blar de ella aun á las gentes escogidas, aristocracia del nacimiento y de la inteligencia, que en vida la rodeaban, formándole una verdadera corte.

Bien quisiera yo dejar grabadas sus facciones, que se pierden como la de todos los muertos, borrándose de la mente de los que quedan. Los libros, incluso los que más pronto se olvidan, duran mucho más que las humanas existencias, y mi deseo sería que en las hojas del presente se fijara algo de ella que la sobreviviera.

Casi siempre fuimos el uno para el otro *amigos apartados*, según frase suya muy frecuente. Mi oficio me obligaba á andar errante, y ella se retiraba los veranos á su castillo del Perthuis, recorriendo en el invierno el Africa, en busca del sol que contuviera su enfermedad; lo más que nos veíamos eran unos cuantos días, entre viaje y viaje, largos generalmente.

Pero las cartas, que atravesaban el mundo entero, nos transmitían fielmente nuestros pensamientos acerca de todas las cosas. En ciertas ocasiones (ocasiones de turbación), era mi consejo, consejo recto y firme, precioso á mi sentir y que yo

seguía religiosamente. Abrigo el recelo de no encontrar palabras bastante respetuosas para ocuparme de ella y recordar su noble persona.

Su habitación de París hallábase situada en los Campos Elíseos; era aquella gran casa que avanza como proa de barco entre la *Cours la Reine* y el jardín del Palacio de la Industria. Allí es donde con más frecuencia la he visto, allí donde más gráficamente se me representa, sentada en su sitio favorito, en una especie de pequeño santuario que se había formado al fondo de un salón ovalado del cuarto bajo, á la sombra de altas palmeras, que constituían en su interior como una valla contra la excesiva claridad del exterior. Aspirábase un suave perfume del Oriente desde la entrada. Cuando se abrían las primeras puertas, ocultas bajo cortinajes recogidos, y al final de una especie de avenida de cosas raras reunidas por su gusto exquisito, se la veía levantando su cabeza de cabellos color de oro obscuro, para fijarse en el personaje que llegaba; luego de reconocido, cayendo de nuevo en su actitud, casi recostada, acogía la visita con aquella sonrisa amable para los

indiferentes, franca y dulce para los que veía con gusto.

¿Cómo pintar su figura para que se asemeje un poco?

De innata y suprema distinción; alta, esbelta, derecha y ondulante á la vez; andando como las reinas soñadoras, su cintura flexible y la cabeza inclinada hacia el suelo. Su rostro era pequeño, admirablemente fino, blanco como la cera, ya con huellas profundas, destruído en ciertos momentos por el mal mortal que la minaba. Perfil de líneas poco marcadas, dulcificadas, raras, jamás visto en mujer alguna. De sus ojos, bien puede decirse que *alumbaban*, y no con la exageración y el abuso que es frecuente cuando de ojos de mujer se habla, sino con certeza y perfecta realidad; de azul gris, ó más bien de un color cambiante como las ondas del mar, pues que su matiz variaba según los sentimientos que los animasen; ojos que en ocasiones parecían dilatarse para escrudiñar hondo, hondo, y sondear los últimos repliegues del alma; duros como el acero siempre que desaprobaban ó no amaban, infinitamente buenos, infinitamente dul-

ces y hasta delicadamente risueños cuando se le ocurría decir alguna broma imprevista que ninguna otra hubiera discurrido. En determinadas ocasiones, estos mismos ojos notables manifestaban una absoluta indiferencia, por laxitud, que muchas gentes tomaban por desdén y que intimidaba fuertemente.

Un académico, amigo suyo, le dijo cierto día: «El retrato superficial de usted se traza con cuatro adjetivos: orgullosa, elegante, indiferente, inteligente.» Y esto era ella en efecto en su exterior.

Con un ideal inaccesible en todas las cosas, no realizado por mirar quizá con exceso al fondo, cansada de la vida, harta de homenajes, había ido poco á poco ocultando su espíritu debajo de aquellas apariencias.

Su fotografía exacta, levantada la máscara mundana, podría trazarse diciendo: «recta, animosa, noble, delicada.»

Sincera como pocas mujeres saben serlo; extraña absolutamente á las mil pequeñas coquetearías femeninas, á las mezquinas rémoras y agita-

ciones menudas, vivía mucho más alto que todo esto. Era una *amiga* constante y fiel, y honrada hasta en los menores movimientos irreflexivos de su pensamiento. Su palabra, algo áspera y breve en ocasiones, buscaba siempre, cuando aconsejaba ó censuraba, la frase más á propósito para conducir á sus amigos hacia lo que le parecía objeto digno y levantado.

Valiente como el hombre de más corazón ante la muerte prevista y próxima, luchando contra ella palmo á palmo por amor á la vida, pero sin una queja, sin alteración sensible en la serenidad de su sonrisa. Una vez me escribió: «¿No es verdad que es el miedo necia inutilidad?» Valiente aun en las pequeñas decepciones fatigosas de cada día.

Delicada en todo, en su espíritu, en su lenguaje, en su aspecto, hasta en las personas y cosas de que se rodeaba.

Enamorada de cuanto existe en el mundo hermoso y admirable, gustaba naturalmente de todos los refinamientos de la elegancia.

A propósito de una célebre mundana, que bruscamente vino á dar en la miseria, le oí exclamar:

«¡Dios mío! fácilmente puede prescindirse de lo necesario y de lo *convenido*; pero ese lujo de que ya no disfrutará..... ¡Pobre mujer!»

Lo *convenido*, las menudas convenciones y obligaciones sociales que constituyen toda la vida y manera de ser de ciertas gentes, eran por ella aceptadas, aunque en el fondo las desdeñase soberanamente; como también menospreciaba las ideas modernas, las teorías igualitarias y todo aquello que vulgarmente se designa con el nombre de progreso; conservando en cambio el culto del gran pasado derruido y el respeto á los recuerdos, á la tradición y á las religiones.

Poseía esta admirable criatura una extremada actividad de espíritu, como si sintiera la necesidad de comprender, ó al menos de percibir, antes de la muerte, todo el conjunto de los conocimientos humanos.

En comunicación con inteligencias verdaderamente superiores, atrayéndolas por su majestuoso encanto, leyendo cuanto se publicaba de notable en Europa, vivía al corriente y al nivel de lo más elevado, de lo que solamente sucede en aquellas

esferas á que pocas mujeres consiguen la posibilidad de llegar.

Bien conocía mi alejamiento innato de las cosas impresas, y por esto se tomaba la molestia de subrayarme los pasajes y doblarme las hojas de lo que era preciso por lo menos leer; y entonces por este medio, y en razón de su cuidado, imponíame yo y adivinaba al momento el contenido de un libro grande que por su aspecto me horrorizaba.

Pero no únicamente paraban en esto sus excelentes cualidades, sino que también escribía de una manera en realidad admirable; y sus cartas, que fiel y puntualmente me llegaban por el correo de Francia al país de mi destierro, constituían una de mis más profundas alegrías. Y como era lindísimo y noble cuanto de ella provenía, me confortaba en las horas de desfallecimiento, porque lo espiritual, lo fino y de buena ley que producía siempre era realmente sin tacha.

En cierta ocasión, por distraerse, había escrito la narración de uno de sus viajes al Egipto, publicándose en la *Revista de Ambos Mundos*, y más tarde en forma de libro con el título de *Un infier-*

no en el Cairo. Y como me indignara yo de que no me lo hubiese enviado, recibí á mis reproches esta contestación: «Fué por modestia bien natural; esperaba que usted me lo pidiera. Si se tratara de un libro sobre cocina, conforme; me hubiera sentido orgullosa de hacérselo á usted leer; pero del Oriente, del Oriente, á usted, Loti, nunca.»

Cuando su inteligencia descansaba por casualidad, entonces eran sus dedos los que se hacían activos, viéndosela combinar con sus delicadas manos sedas de raros colores, hilos de plata y de oro, y componer de prisa, de prisa, como si fuera una hada, maravillosos bordados, cuyo dibujo había ella misma trazado en acuarelas allá en el fondo de algún retiro inaccesible en Kairoán ó alguna otra parte.

En uno de sus viajes cuenta las idas y venidas á la Karbah de Argel para llegar á descubrir los misterios de cierto *punto* de tapicería árabe.

Excusábase después de haber ejecutado tan preciosos trabajos por ser ocupación infantil, y decía riéndose: «En una de mis precedentes encarnaciones he debido ser una obrera laboriosa, ha-

biéndome quedado sin duda esta manía del trabajo en la punta de los dedos.»

Creía mi inolvidable amiga que por este movimiento constante se sostenía de un modo artificial y que lograba engañar su enfermedad.

Un día, observándola más postrada que de costumbre, le dije: «Suplico á usted que se marche al campo, á tomar el aire, el sol; á algún sitio en donde no pueda usted hacer nada, leer nada, ver nada; porque considero que con este género de vida se está usted asesinando aquí.» Con sonrisa tranquila me respondió: «Si yo no me matara así, paso á paso cada día, ya me hubiera muerto hace tiempo.» Sentóse después al piano y tocó una pieza ligera y febril, y tocaba como un profesor, algo por el estilo de Rubinstein, á quien ella admiraba, pero con propio carácter y sentimiento. Esto la fatigaba extremadamente, mas producía una delicia perfecta el oirla.

En mi memoria permanece grabada la visita que le hice en Marzo de 1883, á punto de partir para reunirme en Formosa con la escuadra del almirante Courbet.

Fuí á París para despedirme de ella, y la encontré en el lecho, donde yacía desde los primeros días del invierno y del cual no debía ya levantarse. Hallábase en el principio de la horrorosa lucha final contra la muerte; largo martirio que duró quince meses, prolongándose la vida de esta mujer superior en fuerza de una voluntad enérgica, de una calma estoica, y conservando siempre para aquellos á quienes amaba su gracia expresiva y dulce sonrisa.

Quando entré en su habitación contemplé sobre la almohada, y en la penumbra producida por los cortinajes de color azul oscuro, aquella delicada cabeza que descansaba ataviada tan correctamente como si se tratara de un día de recepción. Hallábase vestida con su acostumbrada elegancia, y adornada con todas sus alhajas, sus brazaletes y sortijas, como persona que no quiere confesarse vencida y que se encuentra descansando de una ligera y fugaz fatiga; pero su figura se mostraba con una palidez verdaderamente cavernosa.

Allí, cerca de su lecho, se arrodillaba la Duquesa de R***, su íntima amiga, que le cogía la

descarnada mano y en ella parecía que ocultaba su hermosa cabellera rubia. Jamás olvidaré el grupo angelical de estas dos mujeres.

Era su habitación alta de techo, clara, de una sencillez exquisita, y sin que nada despertara dentro de ella ideas de tristeza, de enfermedad, y aun menos de muerte. Hermosas flores, suave calor hábilmente dispuesto, y por la ventana penetraba el sol de invierno y se divisaban los árboles.

—Hablen ustedes los dos—nos dijo;—y como á mí me lo han prohibido, haré con mis manos signos de asentimiento cuando digan ustedes algo notable.

Así transcurrió algún tiempo, y en el momento de marchar, al besar su mano, hubo de percibir sin duda un yo no sé qué involuntario en mi expresión, conmovida y penosa en esta despedida. Y entonces sus grandes ojos interrogaban los de su amiga; después los míos, como preguntándonos si realmente creía yo no volverla á encontrar viva en el año próximo cuando la guerra concluyera.

Forjábanse ilusiones acerca de su estado mujer tan animosa, no precisamente sobre la gravedad,

sino sobre la duración de su mortal padecimiento. Convencida por célebres médicos, habituados á engañar á sus pacientes fingiendo hablarles con la mayor sinceridad y por medio de términos técnicos, pensaba aquella noble señora que todavía le quedaban cuatro ó cinco años de gozar las cosas de la tierra, y que por esta razón le sobraría tiempo para llevar á cabo reparaciones empezadas en su finca del Perthuis y disfrutar de ella uno ó dos veranos, y aun que le sería lícito volver á Egipto al amparo de aquel sol reparador y llegar al Oriente y al Desierto.

Al salir me dijo la Duquesa: «Ya no encontrará usted cuando vuelva á esta *sirena*.» He conservado siempre en mi memoria esta palabra *sirena*, que escrita quizás no suena bien, que tiene algo de pagana, algo de pasada de moda; pero allí, y pronunciada por aquella mujer joven en el sentido de *encantadora* y en la acepción más dulce del *encanto*, era en mi sentir la palabra más apropiada, la que convenía; ninguna otra hubiera servido mejor para pintar aquella moribunda ideal, de hermosos ojos azul gris y cabellos de ondina, y cuya voz apenas

perceptible resonaba como música que se apaga, pero atractiva y como teniendo ya el aire de sonidos que vienen de lo lejos misteriosos y supremos.

Mientras duró la última campaña de China, constantemente me perseguía el temor de no volverla á ver, y eso que sus cartas no me faltaron jamás, aunque cada vez más breves. Su preciosa letra, en otro tiempo tan firme, había cambiado, y más tarde llegaron sólo algunas líneas con lápiz, más anchas y que revelaban claramente un esfuerzo, una lucha que hacía daño.

Y durante mi viaje de regreso, en aquellas largas semanas en que á través de los azules mares de las Indias permanecíamos sin noticia de nuestra Francia, el pensamiento de aquella mujer me perseguía de una manera mucho más dolorosa.

Sin embargo, en Port-Said fuí al consulado, y me entregaron uno de aquellos cortos y queridísimos renglones, los últimos que recibí de su mano.

Helos aquí:

«Paris, 17 de Diciembre de 1885.

»Confío en que he de ver á usted, mi querido amigo. ¡Cuántas veces, en el espacio de tres meses de graves y continuadas recaídas en mi penosa enfermedad, me he despedido de usted con el pensamiento! Me he sentido muy mal; pero estoy algo mejor, y aunque no espero restablecerme, sí creo que aun podré vivir y *arrastrar* unos cuantos meses.

»¡Cuando usted venga, tal vez me traiga salud y sol en la maleta, y seguramente el afecto de su corazón, que tanto me conmueve y en el que me he detenido los días tristes, aquellos días en que sufría demasiado y horriblemente.

»Cuatro meses hace que no he abandonado el lecho, y paso á paso mi existencia va disminuyendo y estrechando su círculo.

»Su madre de usted cuenta con que estará usted aquí en Febrero..... ¿Podrá usted leer esto que le escribo?... Lo hago con mucho trabajo. ¡Estoy tan débil!»

Llegué por último á Francia; telegrafíé á París,

y dos horas después supe que aun vivía, con asombro de los médicos, y hasta que se encontraba un poco más aliviada.

El desembarque me obligaba á detenerme en Tolón, cerca de un mes; pero ya estaba yo más tranquilo con esta *mejoría* engañadora, que era la *mejoría* del fin.

Un día recibí una carta que ella había rogado á su marido que me escribiera en su nombre; habíase agravado repentinamente, y los médicos temían que no pasara de la semana, ni quizás del día siguiente. Entonces les anuncié telegráficamente á los dos, que iba.

Era por la tarde, y el expreso de París había salido, siéndome necesario esperar al otro día para ponerme en camino. Me encerré solo en uno de esos albergues de casualidad, y allí pasé una noche sombría.

¿Por qué no me iría yo en los primeros días, en vez de adquirir una tranquilidad tan pronto destruída? Y las horas de la noche se arrastraban con una lentitud penosa, inventando la fantasía los ensueños más absurdos; hasta llegué á creer que

velaba el cadáver de mi excelente amiga en aquella lóbrega mansión.

Cuando llegué al día siguiente y me presenté en su casa, comprendí que aun vivía. Todo había conservado en el exterior su aspecto habitual.

Tenia miedo de verla y la encontré tan cambiada que apenas si era ella misma, y eso que en mi separación ya la había dejado extremadamente delgada, inmaterial, si así puede decirse.

Como siempre, vestida, peinada, rodeada de flores, distinguida hasta el fin, queriendo recibir la terrible visita como gran señora que no siente miedo ni desfallecimiento.

Desde hacía algunos días se conservaba esta preciosa existencia de una manera artificial y á fuerza de morfina, que lo mismo detenía la vida como la muerte. Bien claramente se veía esto fijándose; sus facciones lívidas, transparentes, se habían puesto rígidas é inmóviles, y á excepción de los ojos parecía ya una muerta, muerta linda y ataviada.

Pero sus ojos sí, sus ojos vivían, intensos, dulces, profundos, celestiales y hasta aumentados.

En este sentido era ella todavía la que yo encontraba allí; porque en aquel cuerpo agotado, casi sin movimiento, sin aliento siquiera, permanecía entera esa cosa indefinible que es el alma, la inteligencia. Al verme me dijo: «Gracias doy á Dios por haberme consentido disfrutar de este momento.»

Después de estas palabras hubo un largo silencio durante el cual observaba yo todos los objetos á mi alrededor como si me interesaran grandemente y es que tenía miedo de llorar.

En su elegante habitación nada despertaba la idea de muerte. Al lado de su lecho, colocados al alcance de su mano, algunos *etagères* de laca contenían recuerdos, retratos y mil minuciosidades preciosas de su particular estimación, un vaso con rosas, uno ó dos libros y el incomparable del Evangelio.

En primer lugar hablamos de la vida y de la muerte; ella, como si fuera una iluminada, un espíritu de ultratumba y su voz lo estrictamente perceptible, se dejaba oír en el silencio, entrecortada, anhelosa, pero siempre dulce, y yo la escu-

chaba como voz que no perteneciera á este mundo. Me sentía impresionado de una manera nueva y desconocida ante el espectáculo de esta entrevista suprema, con una inteligencia tan clara, tan *presente* y, sin embargo, tan *lejos* como si tocara ya en las misteriosas regiones del *más allá*.

Parecía preocupada especialmente en evitar á los que quedaban las penosas escenas de las despedidas, de las agonias, y más animosa que nunca, ni aun siquiera consentía que se la viera sufrir; demasiado animosa, porque su valor excedía en mi sentir á las fuerzas humanas, creyendo yo que algo de expansión, lágrimas, le hubieran conve-nido más. Pero no quería, considerando que toda manifestación externa de emociones era una debilidad, y exagerando esta idea en la última hora de su muerte, se hacía rígida para permanecer estoica.

Para someterme y no fatigarla, poco á poco lleve la conversación á asuntos y á terreno más habituales, hablándonos como amigos que tienen mil cosas que decirse, que no se han visto durante mucho tiempo y que han de separarse para mu-

cho tiempo también, y uno de ellos en dirección de un país al cual no llegan las noticias. Informábase ella de todo cuanto yo pensaba hacer, de mis proyectos para más adelante, para el porvenir..... Tratábamos de viajes, de novedades de algunas personas, y en dos ó tres ocasiones la delicada sonrisa de los antiguos tiempos reaparecía en sus labios dando en aquella especie de ironía extraespiritual, cuyo secreto ella sola poseía, y tan lejos de la amargura como cerca de la compasión.

Ya sabía yo que los últimos momentos de esta mujer verdaderamente admirable no podían parecerse á los de ninguna otra, y, sin embargo, la situación me tenía confundido, intimidado; quizá la amara menos, pero sobrecogido por un sentimiento religioso hacia esta criatura elegida, veía cómo marchaba al desconocido final con una serenidad inalterable.

Disponía de dos días solamente para permanecer en París ocupado en esta despedida suprema, y cuando salía de la habitación á la caída de la noche me dijo: «Vuelva usted mañana á cualquier hora, temprano será lo más seguro..... Le recibiré

á usted aun una vez, si llego.....» y á un tiempo su gesto y su mirada revelaban su incertidumbre respecto de aquella última entrevista.

Sus ojos veláronse en seguida tomando un tinte de dulzura tan afectuosa, de tan humana tristeza, que besé su mano con ternura fraternal, su pobre mano tan demacrada de que se caían ya las sortijas demasiado anchas.

Volví con efecto al día siguiente pensando, con el corazón angustiado, que iba á encontrarla por la última de las últimas veces. Su cuarto presentaba el aspecto ordinario, con sus flores y su tranquilidad, pero la muerte había realizado su horrible trabajo durante la noche.

Ya no era la misma; sus ojos aumentados con la morfina, que tomaba á grandes dosis para calmarse, se fijaban en el vacío con expresión de delirio, se hallaba extremadamente agitada, divagaba algo. ¡Al fin estaba vencida!

Por la mañana había hecho que su doncella le cortase el cabello, diciendo que la sofocaba, que la producía dolor de cabeza exasperándola. Se excusaba mucho por presentarse de este modo que no

era correcto; pero tenía todo el aspecto de una reina agonizante con aquella preciosa cabeza cubierta con una especie de mantilla de encaje blanco que sujetaba sus cortos cabellos.

No, no era ella, en estos momentos se preocupaba de viajes para el verano, hablando después de visitas numerosas que había recibido aquella mañana y citando los nombres de personas todas muertas.

Llegó la hora de marcharme y nos despedimos hasta la vista, hasta la primavera, como dos amigos que se hallan seguros de encontrarse bien pronto, y antes de salir de su cuarto me volví para contemplar su rostro por última vez. También fijé la mirada en aquellos salones donde había pasado horas de conversación inolvidable, en todas las cosas arregladas por ella, en la residencia de que fué alma encantadora y en que aun se respiraba el perfume del oriente que puso su exquisito gusto.

Así vivió cerca de seis días. Una mañana en Tolón recibí un telegrama en que me anunciaban su fallecimiento. *El Figaro*, y otros periódicos después, decían «que una de las mujeres más notables de París, la señora Lee Childe, acababa de mo-

rir», etc., etc. Cuando me enseñaron esta noticia, la leí con el corazón enteramente seco, como si se hubiera tratado de alguna otra persona distinta.

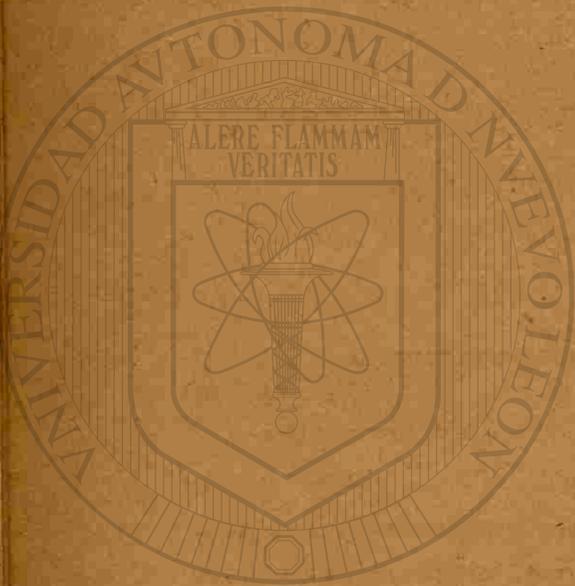
.....

.....

Pasado algún tiempo visité su tumba y las flores frescas allí depositadas por aquel que aun menos que yo podía olvidarla. Lo estaba viendo y no podía, sin embargo, acabar de persuadirme de que aquella mujer tan singular, aquella amiga verdaderamente inapreciable, habitaba ahora aquel sitio, y que su mirada, tan clara, tan penetrante, se había extinguido para siempre debajo de la tierra que cubría sus restos.

Nos veíamos poco, pero estábamos siempre en constante comunión intelectual, y paréceme aún hoy que esta comunión no ha desaparecido, hasta el punto de que con frecuencia pienso en mi interior: le diré esto ó aquello; la consultaré con tal ó cual motivo, y espero leer en alguno de los sobres que el correo me trae su elegante y hermosa letra.

PIERRE LOTI.



Rochery mi-

RECUERDOS DE DESTIERRO.

I.

RETÉN DE MADRUGADA.

24 de Agosto de 1883.

Es muy de mañana en Anam, en una bahía de costa. Nuestro barco está fondeado mar adentro. Estoy de retén, y el servicio me llama á ir en comisión á un pueblecillo que debe encontrarse situado por allí cerca y que se llama Tuzane.

Se trata de coger al jefe mandarín y de traerle á bordo á que haga su visita de sumisión, á fin de que puedan establecerse relaciones de amistad entre nosotros y esta provincia, de cuya custodia nos han encargado.

La bahía es grande y hermosa. Está rodeada de

altas montañas sombrías, excento por el fondo, donde no hay más que una faja completamente plana, como el trozo de un paisaje diferente que se hubiera colocado allí, á falta de otra cosa, para rematar de alguna manera.

Y según parece es en el fondo aquél, en aquella llanura, donde hemos de encontrar á Tuzane, á la orilla de un río, cuya entrada no vemos siquiera.

Seis gavieros, cuya elección se me ha concedido, son los que me acompañan en esta empresa. Verdaderos marinos, de buena raza, y además bien armados: lo suficiente para imponerse á toda una ciudad de Asia.

Comienza á amanecer, y partimos en ballenera.

Ninguno de nosotros ha visto nunca á Tuzane, y no deja de tener gracia el ir así, de madrugada y recién levantados, á imponer la ley á aquel rincón desconocido.

Las cimas de las montañas han enganchado algunas nubes que forman cúpulas sombrías; pesadas masas de obscuridad están amontonadas encima de nuestras cabezas.

Al contrario, en la llanura, por encima de aquella faja de tierras bajas á donde nos encaminamos, se admira el vacío luminoso y profundo del cielo. También hay una cosa extraña que se dibuja como una silueta; es la «Montaña de mármol», que no se parece á ninguna otra; su forma es especial y se eleva á lo lejos, sola en la llanura. Muy intensa en su color, hace, en medio de aquellas arenas, el efecto de cosa anormal: ruina, demasiado grande; montaña, excesivamente rara. No se puede saber á cuál de ambas cosas compararla. Ella es el punto que excita la atención, la nota extraordinaria, la extravagancia del paisaje. Al cabo de una hora de marcha, la tierra se ha acercado mucho, como es natural. Deja ver detalles que á primera vista parecen insignificantes; una serie de dunas bajas, regulares, con árboles como los nuestros. Ahora se distingue el sitio por donde se abre el río, una hondonada entre dos cabos areniscos, con una casita á la entrada.

El paisaje se va pareciendo á las costas bajas del golfo de Gascuña, de la Saintonge, por ejemplo, y á cierta distancia podría creerse que se

iba á llegar á algún puentecillo de Francia. De cuando en cuando agrada forjarse una ilusión semejante, cuando se presenta ocasión para ello.

Pero la casa de que hablábamos hace un momento se va haciendo estrambótica, gesticulante; su tejado de líneas curvas se eriza con toda suerte de cosas diabólicas; tiene cuernos, garras, y en medio la gran flor de loto de las pagodas..... ¡Ah!..... ¡Es Buddha!..... ¡Es la extrema Asia!..... Entonces la noción de la ausencia y de la enorme distancia vuelve á nosotros de pronto, á nosotros, que la habíamos perdido.

Alrededor de la vieja pagoda silenciosa levantan por todas partes sus espinas los aloés gigantes, como plantas malignas. Hay pebeteros colocados acá y allá en banquillos caducos, que son altares búddhicos. Una tapia está colocada delante como una pantalla, al borde del agua, para cubrir el camino del santuario; figura en ella el bajo relieve policromo de un animal de los que se ven en sueños, retorcido, lleno de garras, mostrándonos las uñas en una contorsión feroz; en el friso un murciélago horrible aplica sus alas de

piedra y nos saca una lengua pintada de rojo. En el suelo, una tortuga de loza levanta su cabeza y nos mira; y así van apareciendo ante nosotros otros monstruos pequeños, inmóviles, en postura de acecho, recogidos sobre sí, como si fuesen á saltar. Todo aquel mundo es viejo, está carcomido por el tiempo y por el polvo, pero su actitud es viva y su expresión maléfica, como si nos dijeran: «Somos espíritus que guardamos hace ya mucho la entrada de este río, y hacemos mal de ojo á los que pasan.....»

No hay para qué decir que, á pesar de eso, nosotros pasamos. Por lo demás, no hay nadie en ninguna parte. Un gran silencio, una atmósfera de abandono.

He aquí un montón de cañones (cañones franceses de 30, fáciles de reconocer, de aquellos, sin duda, que los Tratados de 1874 cedieron al rey de Tu-Duc). Allí están, tirados, inutilizados en la arena, bajo techumbres de paja. Hay también un montón de áncoras y de cadenas de hierro, pareciendo indicarnos una especie de intención de impedirnos el paso del río.

Un gran fuerte con fosos se ve después: sus cimientos están invadidos por las hierbas, ananas silvestres, cactus. En el extremo de un palo un monstruo de madera dorada lleva en la boca el pabellón de Anam, que pende sin flotar en el aire inerte y cálido. El sol, que apenas acaba de salir, ya quema.

Nadie, no se ve á nadie. Sin duda es muy de mañana y la gente está aún durmiendo.

Sin embargo, sí, ¡hay un centinela que vigila! Uno de mis marineros es quien, mirando al aire, distingue este hombre sobre nuestras cabezas, en una especie de mirador montado sobre cuatro pies de madera, como esas garitas de vigilantes que se ven en las estepas cosacas. Está agachado allí en su pequeña casilla al lado de un tam-tam enorme. Lleno de harapos; parece una vieja con su traje y su moño.

Nos mira pasar conservando la inmovilidad de un bonzo, volviendo los ojos, pero sin mover la cabeza.

El río se abre delante de nosotros bastante derecho, bastante ancho. Algunos champanes de alta

proa, de largas entenas, están amarrados á las dos orillas, y un poco en lontananza aparece Tuzane: casas con tejado de teja ó cubierta de paja, desparramadas al azar entre los árboles; enseñas chinescas en el cabo de los ástiles, grupos de bambris, miradores, pagodas. Todo aquello nos parece pequeño y miserable; es verdad que se prolonga mucho por el verde del fondo; pero, sin embargo, esperábamos una ciudad más grande.

Una persona desde la orilla nos hace señas con la mano, invitándonos á ir.

¿Quién nos llama con aquellos graciosos gestos de abanico? ¿Un hombre ó una mujer? En aquel país nunca puede distinguirse esto: gastan el mismo traje, el mismo moño, la misma fealdad.

Pero, ah, es el *señor Hoé*, personaje del género ambiguo, que está llamado á desempeñar más adelante un importante papel en nuestras relaciones diplomáticas con Tuzane: una sotana de cura, una cara de mono, el nudo del moño muy alto y con un pañuelo encima como un viejo cuando se va á acostar. Hace *tchintchinn* y la reverencia y dice: «Buenos días, señores», en francés, y como

ofreciéndose para servir de guía. Entonces lanzo mi barco á la arena y tocamos la orilla.

«Señor, el señor Hoé, antiguo alumno del Colegio de Adran, intérprete de S. M. Tu Duc», tales son los títulos que declina, después de siete nuevas reverencias (una para cada uno de nosotros). Nos tiende su mano de grannjilla, llena de verrugas, con uñas de letrado chino que no se acaban nunca, y hele aquí sentado á mi lado.

El mandarín, á lo que parece, vive allá abajo: así es que seguimos nuestro camino por el río.

Hay sobre la arena que vamos bordeando guirnalda de grandes árboles, rosas y tapices de esas flores de estufa, también de color de rosa, que llamamos en Francia *hierba doncella del Cabo*.

Los follajes tienen por todos lados esos matices claros brillantes que les gusta pintar á los chinos. Daturas, cactus, arbustos algo achaparrados, pero de una extremada frescura; cocoteros, plantados acá y allá como plumeros verdes; bambús delgados, pero más altos que árboles, conservando su delicadeza de gramíneas, inclinándose y cayendo con la misma ligereza que la avena loca.

En medio de aquella vegetación, muy bella al fin y al cabo, las casas parecen más sórdidas, los hombres más feos; unos hombres con moño y sotana que comienzan á mostrarse, á correr, para vernos.

Las cercanías de Tuzane se van animando. Horribles perros flacos gruñen detrás de nosotros. Puercos negros de aspecto muy despierto, se escapan á todo correr perseguidos por un rebaño de bueyes muy pequeños, rojos, jorobados como bisontes. Búfalos enormes con figuras de hipopótamos se ven entre las hierbas altas, bajando al ras del suelo los húmedos hocicos, los cuernos formidables, y nos olfatean y mujen, aplomados y prontos á embestirnos.

Ahora llegamos á una especie de arrabal; un conjunto de chozas de paja al borde de la orilla.

Señoras amarillas, de gran fealdad, salen y se adelantan hacia nosotros, mojándose los piés para vernos mejor. Están en traje de mañana y trenzan sus soberbias cabelleras negras, ásperas como colas de caballos, y afectan anudarlas ante nuestra vista en moños descuidados. Están mascando ho-

jas de betel y nueces de arek, y nos enseñan, bostezando con estudio, sus dentaduras de un negro de ébano (color que está de moda en Anam para la dentadura de personas elegantes, y que se obtiene por la aplicación artificial de una capa de laca).

Sin duda son las *vengadoras* de Tuzane..... Aquellas manchas en la cara, aquellas sonrisas llamativas, nos lo hacen sospechar desde luego, porque en todos los países son lo mismo.

El señor Hoé, preguntado, inmediatamente responde, bajando los ojos, que, en efecto, aquel es el barrio. Las designa gravemente con una palabra que era familiar á Brantofñie, pero que en su boca era inesperada y hace reír á los marinos. É insiste en la afirmación, con la vista baja y púdica: «Sí, señor, en verdad lo son; sí, señor, realmente lo son.»

Entretanto, 312, gaviero de mesana, tuteándolas á todas á un tiempo en un exceso de familiaridad, expresa así su impresión, en sordina, y entre sus dientes que son muy blancos:

—¡Con que hacéis gracias, so micas, con que os hacéis las interesantes! ¡Si yo fuera un macaco,

entonces sí; no digo que no!..... ¡Pero, como no lo soy, so micas, no hay de qué!

Entre aquellos arbustos tan verdes de la orilla, hay unos que producen ramos de flores blancas, de un blanco de marfil, de un aspecto lácteo de tuberosa; los otros están cubiertos de ramilletes rojos, color de llama ardiente, con pistilos muy largos formando haces, parecidos á cohetes chinos que estallan aquí y allá entre el verde.

Hay mariposas muy grandes, moscas extraordinarias que se pasean por aquellas flores; muchas mariposas negras, volando de través, en sobresaltos fantásticos, como si no les fuere dado dirigir sus alas, demasiado pesadas, que parecen ser de terciopelo.

Y aquél país huele á almizcle como toda la extrema Asia. A medida que se va penetrando en el interior se hace aún más fuerte aquel almizclado olor con todas las exhalaciones de plantas y de estiércoles humanos caldeados al sol tórrido.

Pasamos rápidamente por delante de los champanes de empinada proa. Cada uno tiene dos ojos pintados, y su parte anterior imita la cabeza

de un pescado. Toda la población de los pescadores está allá, guisando á bordo en hornillos de barro unos guisotes que apestan á arroz y á mariscos. Niños desnudos, amarillos de pies á cabeza, de cabellos largos, pululan en todas partes en aquellas barcas, colgándose en los remos, en las vergas, tomando actitudes desembarazadas, hostiles, para vernos pasar; los hay pequeñuelos; recién nacidos, que se presentan con los puños en las caderas, el estómago saliente, graciosísimos en su provocativo ademán.

El señor Hoé tiene la bondad de indicarnos una de las rarezas de la comarca que pace en la orilla derecha: un caballo. Éste es el blanco; según parece, existe otro que es negro (en Tuzane no se viaja más que en palanquín).

—Gracias, señor Hoé, pero ya hemos tenido ocasión de encontrar en otras partes animales de este género.

Las primeras casas de Tuzane pasan ante nuestra vista; la mayoría son cabañas de bambú, muy pequeñas, con tres fachadas nada más como los puestos de feria; de noche se cierran con bastido-

res móviles de roten; pero de día se ve todo lo que se hace dentro de ellas. En aquel momento la gente está ocupada en tomar con sus dientes teñidos de negro su primera comida de la mañana; siempre arroz y pescado en tazas de porcelana, en las cuales hay pintados diablillos azules.

Todos, al vernos, dejan de comer, nos miran con gestos de curiosidad é inquietud.

Nosotros vamos ahora muy despacio, porque nos divierte también á nosotros examinar toda aquella gente.

En el sendero que se desarrolla á lo largo de la orilla se ven ya algunos transeuntes. Todos llevan sotana estrecha, pero los colores varían; al lado del gris sucio, que es el color de los pobres, hay el violeta, el capuchino, el verde manzana, que parecen estar de moda para las personas de alto bordo. Los sombreros, que son de paja, exceden á todas las proporciones conocidas; los de las mujeres son chatos, con alas, como enormes pandere-tas; los de los hombres son cónicos y puntiagu-dos como gigantescas pantallas. A lo largo del río toda aquella gente, pisoteando las hierbas don-

cellas, marcha y marcha pensando en sus negocios y mostrando la inconsciencia de su ridiculez. Y en un punto dado todos se embarcan en balsas que les llevan á la otra orilla.

Volvemos á ver pasar pagodas y más pagodas, viejas diminutas, con sus feos adornos diabólicos carcomidos de vejez y de polvo.

Y luego, en un punto en que la orilla, algo más elevada, forma un talud verde, el señor Hoé nos detiene delante de un estrecho sendero que sube; entonces amarramos contra un barco chino nuestra blanca barquilla y saltamos á la arena.

En tierra se siente de pronto una impresión de calor más pesado; los bambús ligeros causan una sombra tamizada, temblorosa, de transparente chino, sombra caliente que no refresca ni consuela. Subimos algunos peldaños de piedra, y el pórtico del mandarín aparece ante nosotros; tiene pilones de estilo indio y está coronado por un mirador en que se ve una garita de vigía y un tam-tam.

Parece que todo el mundo está durmiendo en aquella morada, por más que el sol matutino, ya ardiente, todo lo inunda con su ardor implacable.

Henos aquí solos en un jardincillo ya viejo y extraño también. El adorno del centro es una de esas paredes cuadradas que están de moda en Anam, un bajo relieve muy antiguo, derecho sobre un pilar, representando ciervas jaspeadas y otros animales fantásticos, formados con placa de loza, complaciéndose debajo de árboles chinos cuyo follaje consiste en mosaicos de caracoles verdes. Senderos en miniatura se cruzan enlazándose. Hay flores frescas, hierbas doncellas del Cabo, abiertas en la arena, granados dobles, rosales de Bengala, que producen flores microscópicas manchadas de rojo sombrío. Se siente una pesadez producida por el silencio y el sol, viéndose sólo unas torpes mariposas negras que vuelan; mientras que en el fondo del jardín la casa sigue enteramente cerrada.

El señor Hoé llama, parlamenta y grita con su voz de mono. Entonces unos criados sórdidos, que parecen tener miedo, se apresuran á retirar todos los biombos de la fachada, y entramos en la casa, abierta ahora como un cobertizo profundo donde no hay nadie y donde todo está á media luz.

Pasamos revista al lugar mientras despiertan al mandarín. Cosas inmovilizadas desde no sé qué época lejana, objetos de ceremonia y de aparato, espantamoscas, quitasoles oficiales y palanquines colgados del obscuro techo entre polvo y telarañas. En un recodo que cubre un biombo, hay todo lo que hace falta para administrar justicia al pueblo de Tuzane; balanzas, taras, cepos, tenazas de madera dura para comprimir las piernas, aparatos para evocar los espíritus, rotens para castigar.

En medio de la habitación la mesa de honor al lado de la cual nos sentamos todos en bancos antiguos tallados, esperando siempre á aquel mandarín que no acaba de llegar.

Entra al cabo por una puerta del fondo, muy tembloroso y muy viejo, vestido con un traje de crespón azul de anchas mangas. Su cara es bella á pesar del achatamiento asiático de sus facciones. Sus cabellos parecen empolvados con nieve, y su barbilla áspera, cortada á estilo mongol, sale como un mechón de crines blancas de una máscara amarilla.

Se inclina mucho con ceremonioso *chintchinn* antes de tomar mi mano, que le tiendo en señal de paz, y que él aprieta con un asombro medroso. Y luego, dando la vuelta á la mesa donde mis marineros están sentados conmigo, les da á todos apretones de manos que tropiezan con sus uñas largas en los pliegues de sus mangas pagodas. Después me mira, esperando lo que he de decirle.

La gran casa oscura se llena poco á poco de gente que entra sin hacer ruido y permanecen en pie para escuchar; muchos viejos, curtidos como momias (bajo vestidos miserables), de cabezas cuadradas, caras de hunos. Un grupo de chinos, con ademán cauteloso, se cuela hasta la primera fila, hasta nosotros. Se les conoce por su tez más pálida, su aspecto más afeminado, su larga coleta y la hermosa seda de su vestido. Por lo demás, muy mala gente, elemento de sedición en Anam.

Detrás de todas estas caras de Asia se distinguen, cada vez más claramente, en el fondo las cosas caducas y extrañas colgadas por todas partes, los tam-tam, los trajes hechos jirones, los palanquines en otro tiempo suntuosos, coronados

con monstruos de oro, roídos por el polvo. Y mis marineros, siempre sentados con un abandono de conquista, parecen más vivos, más anchos y más desenvueltos en medio de aquellos viejos muñecos de un mundo muerto.

Se produce un gran silencio cuando refiero la batalla de Thuan-an, nuestra victoria y nuestros tratados con el rey de Hué. El intérprete traduce despacio mis palabras; no se oye á nuestro alrededor más que el ligero movimiento de los abanicos y de los espantamoscas. Sin embargo, no se revela señal alguna de emoción en aquellos rostros atentos; por lo visto, tienen noticia de su derrota, que habrán recibido sin duda por los correos del rey. Tan sólo cambian señas, se guiñan los ojos, mueven sus chatas narices, como diciendo entre ellos: «Eso es; eso es lo que nos habían dicho; eso es lo que sabemos; su relación es, en verdad, muy verídica.»

Al fin, cuando llego al objeto de mi visita, el viejo mandarín comienza á atemorizarse de nuevo. ¡Ir á bordo de un buque francés!..... Esta idea le asusta.

Al principio discute un poco y luego suplica:

Irá á bordo, puesto que es necesario; pero no sólo con nosotros, en nuestra barca blanca, conducido como un cautivo. ¡Ah! no, esto sería lo que más le asustaría, lo que más le mortificaría. Para su seguridad y luego por decoro, por solemnidad, por conveniencia, preferiría, tales son sus palabras, ir una hora después que yo, en su propia embarcación con su séquito y sus quitasoles.

Respetando sus canas y su aspecto de sinceridad, acepto esta combinación y quedamos muy amigos. Entonces los concurrentes que no tienen ya nada que escuchar se retiran, hablando bajo y haciendo *tchintchinnes* y reverencias.

Entretanto nos han preparado un exquisito té que tenemos que beber antes de marchar. El mandarín nos lo sirve él mismo en tacitas de porcelana azul, que sigue llenando á medida que se van bebiendo. La bandeja cubierta de maravillosas incrustaciones de nacar representando mariposas é insectos, la tetera china y antigua, la candileja de cobre, son ciertamente ejemplares dignos de figurar en un museo; mas, para agitar el té, no dispo-

nemos más que de una sola cucharilla de plomo para los siete.

Nos dan á toda prisa cigarrillos puntiagudos y cónicos, pues ya nos hemos levantado para despedirnos. Y cuando el mandarín sale para acompañarnos por su jardinillo comido por el sol, á quien escolta por etiqueta un antiguo servidor, que lleva delante de él un quitasol negro parecido á los de los bajos relieves de Nínive, se siente pasar de pronto en las cosas, en el aire, como un recuerdo de yo no sé qué época atrasada del Asia antigua; la noción del siglo presente se pierde por un momento.....

Al final del sendero de bambús hay gente agolpada que nos espera para vendernos una porción de gallos y de gallinas, que tienen en tormento en jaulas redondas excesivamente pequeñas, y luego huevos, bananos, patos y limones. El señor Hoé nos dice: «Para comprar estas cosas se debe ir al mercado», es decir, al otro lado del río, hacia donde veíamos ir á todo el mundo.

Pasemos, pues, á toda prisa el río, mezclémoslos con la muchedumbre de Tuzane. Será cosa

entretenida, y luego, en nuestras instrucciones está mandado que llevemos á bordo, para los pobres enfermos, huevos, frutas y alimentos frescos.

Pero he aquí de pronto á 312, gaviero de mesana, que se arrepiente en el instante de sentarse á su remo. Se ha producido en su cerebro una ratificación repentina acerca del sentimiento que tenía sobre aquellas señoras hacía un momento, y ahora quisiera ir con mi permiso á hacerles una visita antes de dejar aquellas riberas; 216, gaviero de palo mayor, le acompañaría también de buena gana y por la senda florida se llegaría en seguida. —¡Oh! una visita muy corta, de modo que metiéndose en un champán cualquiera me alcanzarían.....

—¡Ah, no, lo que es eso no puede ser! ¡Esta galantería podría ser peligrosa y esto sería una lástima! Como tengo cargo de almas, lo rechazo, manifestando grande indignación. Embarquémosnos todos y de un salto pongámonos en la otra orilla.

El tal mercado es un hormiguero inundo.

Se celebra al aire libre en una plaza cuadrada.

A cada lado hay una doble fila de puestos cubiertos de paja, donde están sentados los vendedores. Y en el fondo una pared de pagoda con sus viejos y pequeños monstruos de porcelana.

Cocedores de té, que lo sirven hirviendo en tazas con diablillos verdes. Pasteleros, vendedores de figurones de porcelana, vendedores de estampas. Picadillo de carne, ofrecido en montoncitos colocados en hojas verdes, tortillas hechas con larvas de moscas; perros secos, curados, aplastados como bacalaos; cerdos vivos empaquetados en rotens con una asa para cogerlos; objetos para uso de los dioses, velas encarnadas y barras de incienso. Gente sucia y llena de miseria.

En el cielo quema el sol. Y mendigos y mendigas acosan á la gente, tendiendo las manos; truhanes, tiñosos rascándose con destreza de micos; hombres llenos de úlceras malignas, con la cara comida, viejos sin labios, sin párpados, con un agujero á manera de nariz y oliendo á muerto.

Al principio se apartaban de nosotros con una especie de temor; pero ahora se acercan para mirarnos. Hay en esta muchedumbre extrañas caras

de niño, con bellos ojos vivos, estan desnudos y con un moño muy alto. Jóvenes, casi bonitas, con largos cabellos ásperos recogidos á la griega y miradas de gatita, pero todas con los dientes negros, mascando betel y cal, que les produce en los labios una baba colorada. Hombres púberes con el torso desnudo, esbeltos, airosos, con hermosas cabelleras de mujer siempre y en todo tiempo, feos después en la edad madura cuando crece su barba tardía: una docena de pelos largos, espesos, que caen á la manera del sauce llorón ó como el bello de una foca.

Grandes sombreros inverosímiles ponen en la sombra todas aquellas caras: por todas partes caen bellotas como cordones de campanilla, adornados con dijes de nacar que representan invariablemente murciélagos. Cuando hace viento agarran cada uno de estos cordones para evitar que se lleve aquellos sombreros.

Entretanto nuestra falúa se llena poco á poco de las gallinas más grandes y de los más hermosos bananos.

Compramos como todo el mundo, pero pagamos

demasiado caro. Los gavieros se sacian de fruta, después de las grandes privaciones de á bordo, miran de cerca á las mujeres, las levantan los sombreros para verlas mejor. Por lo demás, están ricos; llevan varias filas de *sapeques* (una moneda agujereada que se enhebra por el centro) arrolladas á los riñones como rosarios. Entonces, en su alegría de hallarse en tierra y de comer tantos bananos, dan al azar lo que se les pide, dejan á las vendedoras que apunten ellas mismas las cuentas y tomen de su cinturón lo que les parece cuando son jóvenes y algo bonitas.

Todavía disponemos de media hora. Sin perdersenos de vista unos á otros, vamos á visitar Tuzane rápidamente.

Y henos aquí errando en hilera, por senderos de arena bordeados de setos muy verdes ó de vallas de bambú. Aquí y allá tejados bajos desparrramados entre arbustos floridos y pequeños *arekiers* de palmas rizadas parecidos á ramilletes de plumas de avestruz en un extremo de hástiles de caña. Una vegetación amanerada, sin grandes árboles.

Tantas casas como pagodas. (Los marineros dicen: capilla de misa negra.) Viejas pagodas liliptuenses, donde cinco ó seis personas no podrían caber con los ídolos que hay dentro. Para adornarlos parece que han tenido lugar en otro tiempo sueños infernales: se han pintado, se han grabado y esculpido en techos y paredes, fealdades y espantos de toda clase, guirnaldas de cárabos y de escorpiones, revoltijos de gusanos llenos de anillos que parecen blandos como larvas; largas orugas con uñas, con cuernos y miradas feroces; monstruos mitad perros, mitad demonios, riendo todos con la misma intraducible carcajada. Los soles devoradores, las brumas saladas del mar, los grandes hálitos destructores de los tifones han podido patinar todas aquellas cosas, agrietarlas, separarlas, pero á pesar de eso, han conservado, bajo el polvo gris de los siglos, un aire de vida intenso; se levantan, se retuercen, se erizan y miran con ojos bizcos del lado de la entrada como preparándose á saltar, en un paroxismo de furor, sobre el que se atreviese á venir.

Alrededor, viejos jardincillos de arena, donde

unas plantas completamente extrañas se agostan con la luz y el calor; cercados vacíos que encierran otros animales indefinibles haciendo gestos de muerte. Y siempre los mismos biombos de piedra colocados de pie al borde de los caminos y cubiertos de escenas diabólicas capaces de estremecer.

En el interior de estas pagodas se siente la vejez decrepita; el polvo, el salitre royendo los ídolos y las inscripciones de nacar de las paredes. En el sombrío santuario arde una lamparilla que alumbrá á medias regimientos enteros de monstruos con sus barbas roídas por los gusanos. Se siente un olor de incienso, de humedad de caverna, y en el fondo, sobre el altar, en la semi-obscuridad, Buddha, obsceno, gordo, suelta la carcajada y expresa su bienestar entre tortugas y garzas simbólicas.

Entramos en algunas de las casas que se presentan para ver lo que pasa allí.

Los habitantes están fuera, tal vez en el mercado. No encontramos más que viejos ó niños que se esconden dejándolo abierto todo detrás de sí, ó solamente perros flacos que nos olfatean y luego se

van con la cola entre piernas gruñendo de miedo.

Todas aquellas casas que no tienen más que tres lados se parecen. La familia se acuesta en el fondo en cierta especie de estrados, tapados con transparentes de junco pintarrajeados, y en medio de todo, en el puesto de honor, detrás de un transparente particular, los buddhas de la familia están sentados en una hornacina; rodeados de todo cuanto hay de mas precioso en la casa: floreros, pantallas, gongs pequeñitos y campanillitas.

Los marineros, que en nuestra excursión van de una parte á otra, á derecha é izquierda, se entretienen buscando frutas y mujeres, me llaman de pronto, muy conmovidos para que vaya á ver. Han descubierto una casa de rico que dicen que es muy bella.

Todo está muy oscuro en casa de este rico. Las columnas macizas que sostienen el tejado son de madera fina y están cubiertas con delicadas esculturas, se ven en el fondo cornisas caladas, verdaderos encajes de sándalo, ébano, caoba, realzadas con oro; y luego inscripciones doradas en grandes bastidores de laca. Hay una gran cantidad de co-

sas buenas colgando de las complicadas vigas del techo, jamones curados, perros prensados, patos prensados también, pescados secos, y luego otros animales extraordinarios imitados con ramas de árbol que se han retorcido en forma de garras y con raíces á las que se han puesto ojos. El aposento de los buddhas no puede menos de ser muy notable en aquella mansión, y los gavieros familiarizados, como ya lo están en veinte minutos con las costumbres del país, se van derechos á levantar el transparente del centro para ver á aquellos dioses que deben estar detrás.

Entonces aparecen sentados en semicírculo y brillantes en su fino oro. El brasero donde arde su incienso es de una forma religiosa exquisita con asas muy altas. Alrededor de ellos hay pantallas incrustadas con nácar verde y rosa; colas de pavo en floreros azules y gongs de plata para excitar su atención cuando se les reza.

Un anciano con moño blanco, asebrado al ver nos, sale de un rincón haciendo reverencias hasta el suelo, pareciendo como que pide merced con sus pequeños gritos lastimeros. Es sin duda el rico á

quien pertenece todo aquello. Para tranquilizarle, á 312 se le ocurre decirle «buenos días» en francés y en bretón, y luego volvemos á bajar el transparente de los dioses y nos vamos para no prolongar más su inquietud.

Fuera vuelve á herirnos aquella gran luz, más brillante aún. Bajo nuestros sombreros blancos sentimos como un fuego que hace arder nuestras sienas ó un dolor profundo que, en momentos dados, se apodera de toda nuestra cabeza. Y siempre aquel mismo olor de almizcle y de estiércol, imposible de respirar, arrastrándose por el aire.

Los gavieros me siguen más agrupados, con un andar más lento, dominados poco á poco por el calor que va aumentando á medida que crece aquel sol de muerte. Sus pies descalzos se queman en la arena y desgarran con las espinas de las plantas.

Arrancan al azar, de un tirón, de los cercados verdes, algunas flores desconocidas, se las colocan en su camiseta ó las arrojan después de haberlas ajado como los niños. A veces, por detrás de los barrotes ligeros de las empalizadas, aparece

una cabeza gris gruesa, el pescuezo estirado de un búfalo que nos olfatea inmóvil y estúpido, echando humo blanco por sus húmedas narices.

Y siguen los monstruos de porcelana encaramados en las esquinas de las pagodas, dirigiendo siempre la intensa mirada de sus ojos de cristal, como proponiéndose lanzar en el silencio de aquellos caminos y de aquel sol los misteriosos espantos chinos. Dícnos al paso el profundo abismo que separa de nosotros á los hombres y á las cosas de su país; las tinieblas diferentes de que procedemos, las diferencias poco tranquilizadoras de nuestros primeros orígenes.....

Cuando volvemos á vernos en medio de las tiendas y de los vendedores, nos acogen esta vez como amigos que regresan; esto es más de lo que pedimos, y por algunos *sapeques*, repartidos de cualquier modo, los mendigos también se ponen á hacernos cortejo. Antes de marchar, deseamos ver aquella pagoda, una de las mayores de Tuzane, que está en el mercado, y entramos seguidos por la multitud.

Está casi vacía, como al día siguiente de un sa-

queo. Algunas armas de ceremonia penden todavía de las paredes; armas antiguas complicadas, malas, con dientes, con carcajadas, recordando siempre, como todas las cosas chinas, las formas y las contorsiones de un animal. Y el señor Hoé nos confía que, por razones políticas, se pasó el día anterior quitando los buddhas, los vasos y todos los ídolos; ocultándolos muy lejos, en el campo.

Un tam-tam, verdaderamente enorme, ha quedado en un rincón, y los gavieros me piden permiso para tocarlo, con objeto de ver el sonido que produce. Pues claro está que lo permito, puesto que á mí mismo me agrada oír un poco de música.

¡Bum! ¡bum! ¡bum! ¡bum! á cada golpe, que es espantoso y que aturde. Todos salen de sus tiendas y vienen corriendo para ver lo que ocurre. Y se agolpa la gente á nuestro alrededor, tanto cuanto en Tuzane puede agolparse. ¡Vámonos!

Peró nos acompañan; toda la plebe de los mendigos se ha agregado á nosotros. Los rostros carcomidos, los tiñosos, las buenas mujeres sin nariz, todos nos siguen, nos tiran de las mangas, se agarran á nosotros. Aquella primera distribución

de sapeques nos ha perdido. Ahora se los echamos á puñados sin contarlos. Es una derrota: rodeados, palpados, abrazados, sintiendo que andan en nuestras manos otras manos sucias, ladronas ú obscenas; huimos arrimándonos unos á otros, ocultando nuestras manos por temor á los contactos, no atreviéndonos á pegar por piedad y por asco; no atreviéndonos tampoco á mirar; huimos arrebatados por un torbellino de gritos y de gente.

Felizmente allí está nuestra barca. Saltamos á ella. «¡Fuera!» Y todas aquellas cosas retroceden con un murmullo que se va apagando, el mercado desaparece detrás de los bambús de la orilla. Ya estamos tranquilos en el agua corriente que nos arrastra. ¡Todo acabó ya!

Allá abajo, las mismas bellas de por la mañana se encuentran en la orilla. Esta vez intentan enseñarnos patos y bananos para atraernos mejor, para hacernos creer que son vendedoras; pero poco esto les da resultado. Entonces, una de ellas, despechada, nos tira un huevo muy grande de gallina, que se aplasta en las espaldas del 315, gaviero de bauprés.

—¡Oh! señora, qué mal educada está usted.

Llegamos á la barra, á la pagoda que guarda la entrada. El sitio está silencioso é inundado de luz. La antigua guarida diabólica, inmóvil sobre su arena, en su cercado de acíbar, nos envía al paso los mismos gestos, las mismas carcajadas feroces; luego la rada se abre ante nosotros en toda su magnitud; una superficie de agua de un azul pálido esplendoroso, un inmenso espejo del sol, donde ni un soplo de aire se mueve. No quedan rastros de aquellas nubes que la oscurecían al salir el sol; se han pulverizado en el aire ardiente, se han fundido en él. Las montañas lejanas que avanzan en el mar para formar los cabos, son tan agudas, están cortadas con tanta regularidad, que tienen un verdadero carácter chino; pero parece que han disminuido, que ellas también se han fundido ante la claridad que ahora brilla, y que, por el contrario, la rada ha crecido. Y nuestro barco está muy lejos desgraciadamente, se advierte en lontananza su silueta gris, aumentada por el espejismo. Dos horas de camino á remo en aquel mar caliente, con aquel sol terrible que si-

gue subiendo, será mucho para los brazos de mis pobres gavieros, por más que sean duros y templados.

¡Pero cómo se ha poblado aquella rada que estaba vacía cuando la atravesamos á la ida!.... Nos asombra ver una multitud tan grande de champanes de pesca, que salpican aquel azul como enjambres de moscas. ¿De dónde ha podido salir todo aquello? Los pescadores, con el torso amarillo á la luz del día, la cabeza negra por la sombra del sombrero pantalla, trabajan de prisa, con una actividad inverosímil de fantoches movidos por un resorte. Sus redes rojas, lanzadas sin esfuerzo, se levantan de minuto en minuto, siempre llenas de peces saltadores, que á lo lejos brillan como polvo de nácar.

Y luego, ¿qué será aquel enjambre de animales extraños que ha venido á colocarse allá abajo, sobre el espejo de las aguas, al pie del cabo Kien-Cha? Sin duda la escuadra de champanes Reales encargada del arroz de la Corte, que esperaban en la isla de Haïnan. Por las señas no puede ser ninguna otra cosa; animales de alta mar, con largas

alas roca matizadas de amarillo, alas de murciélago en unos recortes fantásticos de membranas estiradas, alas graciosas de mariposas en otras, con un grande ojo en medio para terminar la semejanza. Tienen los chinos un sentimiento tan intenso de la animalidad, que les es imposible en lo que hacen libertarse de las formas vivas. Acaban de llegar y de fondear, y recogen poco á poco sus velas con una cansada lentitud. Su color rojizo destaca sobre aquellos azules claros llenos del reflejo del sol; la distancia y el espejismo les prestan el aspecto más extraño, parecen grandes y ligeras.

¡Ah! ¡qué amigos tan valerosos aquellos gavieros, sin debilidad, sin murmuración, sin miedo! No toman más tiempo que el necesario para echar un trago del vino que les he dado, para quitarse la camisa á fin de estar más cómodos, y luego animándose los unos á los otros, helos lanzados á cortar el agua con todas sus fuerzas bajo aquel sol que quema. Poco á poco las puntas de arena se van cerrando y recubriendo, y la pequeña ciudad inverosímil desaparece por completo detrás de las

dunas bajas, que á su vez se aplastan y se confunden para no formar tampoco más que una línea; estamos en medio de aquella extensión reflectora que nos devuelve por debajo, deslumbrándonos, todo el sol que cae de arriba.

Detrás de nosotros, un gran champán ha salido del río, con pabellón agudo con rayas rojas; y se ven gentes con largo vestido y quitasoles. Es el Mandarín que viene á bordo, fiel á su promesa. Vamos, por lo menos, nuestra misión quedará bien ejecutada.

Sobre la superficie pálida del mar comienzan á dibujarse ahora fajas mucho más azules, parecen correr al ramificarse; se estiran como colas de gato, como ocurre en el cielo con esas finas nubes estiradas que anuncian viento. Es que se levanta brisa..... Al principio no se sienten más que pequeños soplos intermitentes, que vienen á agitar nuestra tienda blanca, que mueren y luego renacen.

Pero pronto vemos la rada entera invadida por esa tinta más oscura que se ha extendido, como hubiera ocurrido con una inmensa mancha de

aceite, la rada está toda ella rizada con estriás azules; la brisa sopla débilmente y nos sentimos revivir.

En los champanes de pesca, inertes ha un momento, se ve ahora una agitación general; han recogido las redes, y unas arboladuras exageradas y extravagantes salen de todas partes como por encanto, largas patas articuladas, astas retorcidas, entenas larguiruchas. Abrense, unas tras otras, multitud de velas de esterilla, afectando todas las formas conocidas de alas. Las de en lontananza se asemejan por completo á gaviotas, cárabos, mariposas, como si una hada con una varita hubiera hecho que se abriesen á un tiempo todas aquellas crisálidas adormecidas. Y la asombrosa población se anima, se levanta, se pone en camino alegremente hacia las pesquerías de alta mar.

La brisa sigue refrescando. Champanes hay que van completamente inclinados bajo su velamen loco; para mantener el equilibrio los tripulantes se encaraman hacia fuera, en el extremo de arcos de madera, agachados como monos. Pasan muchos á izquierda y derecha, rozando con nosotros, otros

nos cortan el camino ligeros, ruidosos, dejando apenas en el agua estelas blancas.

Nosotros también hemos recogido el remo y hemos sacado todo el trapo posible. Filamos bastante á gusto y respiramos aquella brisa salvadora—un poco contrariados, sin embargo, de sentir que nuestra marcha es casi pesada en medio de todas aquellas cosas que vuelan.....

II.

30 de Agosto de 1883.

..... Al despertar, miré el fresco musgo sobre el cual había dormido. Se parecía á los musgos franceses, y había también gramíneas finas, que recordaban las de los bosques familiares donde viví de niño, á la sombra de grandes robles, sobre un suelo pedregoso favorable á los matorrales.

Todo aquello pasaba al pie de una pequeña pared, en un recodo muy sombrío.

Y no había tampoco nada extraño al pie de aquel muro sobre el cual se apoyaba mi cabeza: era como los de las casuchas de nuestras aldeas; en otro tiempo, blanqueado con una capa de cal al estilo campesino; ahora todo verde con helechos en los agujeros..... Sin duda era alguna cabaña abandonada, aislada en medio de una región poblada de árboles. (Se adivinaba que alrededor de uno había profundas espesuras de verde.)

Y tuve la sensación completa durante dos se-

nos cortan el camino ligeros, ruidosos, dejando apenas en el agua estelas blancas.

Nosotros también hemos recogido el remo y hemos sacado todo el trapo posible. Filamos bastante á gusto y respiramos aquella brisa salvadora—un poco contrariados, sin embargo, de sentir que nuestra marcha es casi pesada en medio de todas aquellas cosas que vuelan.....

II.

30 de Agosto de 1883.

..... Al despertar, miré el fresco musgo sobre el cual había dormido. Se parecía á los musgos franceses, y había también gramíneas finas, que recordaban las de los bosques familiares donde viví de niño, á la sombra de grandes robles, sobre un suelo pedregoso favorable á los matorrales.

Todo aquello pasaba al pie de una pequeña pared, en un recodo muy sombrío.

Y no había tampoco nada extraño al pie de aquel muro sobre el cual se apoyaba mi cabeza: era como los de las casuchas de nuestras aldeas; en otro tiempo, blanqueado con una capa de cal al estilo campesino; ahora todo verde con helechos en los agujeros..... Sin duda era alguna cabaña abandonada, aislada en medio de una región poblada de árboles. (Se adivinaba que alrededor de uno había profundas espesuras de verde.)

Y tuve la sensación completa durante dos se-

gundos, la sensación del *país* con el encanto de nuestros veranos de Francia; la ilusión de una de las mañanas de niño, al despertar en alguno de nuestros bosques.

..... Sin embargo, fuerte viento que pasaba por las ramas, y que pasaba siempre, aquel viento fuerte era muy cálido y acarreaba olores desconocidos..... Luego oí gemir al mar cerca de mí, y encima de mi cabeza otro sonido — un sonido de lejanas playas — lanzándome de pronto en un mundo confuso de recuerdos de otras partes..... Entonces miré hacia arriba. En la luz excesiva de aquel cielo, un cocotero, montado sobre su largo tallo, retorcía sus grandes plumas despeinadas.

Todo esto produce una tristeza y un ruido que pertenece exclusivamente á las playas de la Océanía, y me asaltó, durante otro rápido instante, el recuerdo palpitante de mil cosas tahitianas, olvidadas ya, ¡ay! borradas. Me levanté preguntándome: ¿Estoy allí acaso?

Pero no; mis ojos se encontraron con aquella pared que me había recordado las aldeas de Francia; vi que estaba adornado de una manera parti-

cular, erizado de cuernos y uñas de formas extrañas y misteriosas, roídas por el tiempo, y un monstruo de porcelana en el alero del tejado me miraba con su risa china.

¡La China! ¡la remota China! ¡Por fin estaba ya allí! Por consiguiente, en algún rincón perdido de la gran celeste tierra es donde yo había dormido, tranquilo, con aquel sueño de verano.....

¡Oh! entonces sentí un recuerdo desgarrador de nuestros bellos estíos de Francia, de estos hermosos años, tal vez los últimos de mi juventud, que van á consumirse quizás aquí, lejos de todo lo que amo, de todo lo que he amado.

..... Dormido cerca de la vieja pagoda, ya familiar, que está allí, sola en la isla verde, y donde los pescadores vienen á pedir á Buddha que llene sus redes. Y, sin abrir siquiera los ojos, encuentro en mi memoria la grande bahía de sombrías montañas que encierra aquel islote verde, y también el interior de aquella pagoda de los bosques, con sus ídolos, sus tres ó cuatro monstruos, viejos gnomos llenos de salitre que duermen allí en la húmeda obscuridad.

¿Cómo he llegado á aquel país de Tuzane, á orillas del mar de China? ¿Y cuándo saldré de aquel destierro?

Ahora lo recuerdo.... Estas cosas se hacen muy de prisa. Una orden de marcha llega como un rayo un hermoso día de primavera. Había guerra por aquí, y en un momento hubo que dejarlo todo, ir á embarcarse á Brest, partir sin mirar atrás. Después de una semana de preparativos, de adiós, llegó el día del aparejo, se hizo á bordo la llamada solemne de las marchas, mientras que las costas bretonas se borran detrás de nosotros en lontananzas infinitas.

Luego el mar se hizo más azul, el cielo más caliente, y apareció la Argelia, que, como siempre, me embriagó.

Muy corta, muy fugitiva aquella escala en Argel, antes del infierno amarillo de Asia.

Aquel encanto argelino está constituido para mí por mil recuerdos de una época pasada de mi existencia; y luego, de aromas africanos, de cosas indecibles é incomprensibles que vagan en el aire y en la luz.

De día, los dulces paseos á la sombra, ó bien las carreras, como en otro tiempo, sobre caballos de spahis con el amigo Si-Mohamed. Y por la noche, en los barrios altos, en la población mora, misteriosa y blanca bajo la luna, los pitos árabes gimiendo horas enteras en tristeza estridente sobre las mismas notas eternas, con gran ruido de tambores, la única música que todavía me encanta, ahora que me siento hastiado de las armonías refinadas.

Después atravesamos todavía las aguas tranquilas y azules hasta Port-Said, gran mescolanza de todas las naciones de Europa sobre un fondo egipcio y arenas infinitas.

Pasó el istmo de Suez muy de prisa, las arenas refulgentes del país de Moisés, los espejismos, las caravanas en las costas, y bajamos por el mar Rojo.

Y el calor aumentaba, y el azul del cielo se empañaba con arena y no se respiraba ya. Era en Julio; una gran brisa de horno nos empujaba hacia atrás. De noche las estrellas cambiaban, la cruz del Sur subía lentamente en nuestro cielo, y saludaba yo con emoción aquel recuerdo lejano.

Por fin entramos en el Océano Índico, con brisa igual, tiempo templado y puro. Nos íbamos tranquilizando de los dolores de la partida, y la espantosa distancia aumentaba siempre.....

..... La isla asombrosa de Ceylán, entrevista un día de gran viento, bajo un cielo oscuro..... El suelo estaba cubierto por las hojas y las flores caídas de la bóveda inmensa de los árboles; la tierra estaba humedecida por lluvias torrenciales; las noches eran calurosas y sombrías, y el olor irritante del almizcle llenaba el aire. Una turbación sensual y pesada, lanzada durante las noches por ojos indios, por mujeres de brazos de bronce con anillos de plata, que marchaban con tranquilidad de diosas, vestidas con paños de color de rosa.....

Después volvió otra vez la vida sana y reposada del mar, la gran pacificación del mar, que todo lo borra; marchábamos á la vela sobre Malacca, y veíamos diariamente el mismo cielo admirablemente puro, el mismo encanto de luz.

Una noche, á la una de la madrugada, en medio de aquel golfo de Bengala, los timoneros tenían

consigna de despertarme, aunque no estaba de servicio: pasábamos por el punto calculado en que veinte años antes habían sumergido á mi hermano. Y me levanté para ir á ver á mi alrededor las transparencias azuladas del mar y de la noche.

Todo estaba tranquilo la noche aquélla; la luna un poco velada; el horizonte muy profundo hacia el Sur. Por el Norte, al contrario, en la dirección de aquella sepultura, densas nubes se habían posado sobre las aguas y arrastraban sobre el mar anchas sombras parecidas á pantallas gigantes.

El monzón que nos había hecho andar murió pronto al llegar á las cercanías del Ecuador, y una tarde la punta del reino de Achem se nos apareció en la luz dorada. Entonces sobre el agua, todavía más caliente, mostráronse los primeros champanes con sus velas plegadas como alas de murciélagos: llegábamos á la extrema Asia; entrábamos en el infierno amarillo.

Y en Singapoore, bajo las grandes plantas ecuatoriales, comenzó alrededor de nosotros el inundo hormigueo chino, la agitación de monos

de los ojos rasgados hasta las sienas, de las cabezas afeitadas y de las coletas.

Remontamos rápidamente el mar de China empujados por el monzón de Sudeste.

¡Oh! ¡aquella llegada á Tonkín, en un tiempo sombrío y bajo torrentes de lluvia!.... Aquel día me levantaba todavía muy débil de una insolación, la única enfermedad seria de mi vida, que me había puesto á dos dedos del sepulcro. Era temprano: mi marinero Silvestre, quien me cuidaba, me dijo al verme abrir los ojos: «Hemos llegado á Tonkín, capitán.» Nuestro barco seguía navegando; pero, en efecto, por mi portilla abierta, veía pasar vagamente cosas de una inverosimilitud completamente nueva: gigantescos menhires grises saliendo por todas partes del mar. Había millares que desfilaban unos tras otros, como un mundo de piedras puestas en pie, formando avenidas, círcos, dédalos: una Bretaña desmesuradamente agrandada y sobrecargada por un fuego latente, pues el cielo estaba más negro que un cielo de invierno sobre el país céltico. Creí que todavía deliraba, que veía cosas imaginarias, un país dan-

tesco, y trataba de volver á conciliar el sueño.

Pero no, todo aquello era la bahía de Ha-Long, sencillamente, una región de aspecto único sobre la tierra. No es cosa que dure mucho una insolación cuando no se ha de morir de ella: al día siguiente pude reanudar mi servicio y adquirir la seguridad de que aquello era un país real y positivo.

Luego dejamos aquella rada por la entrada del río de Hué. Los sucesos se precipitaron bajo aquel sol que agobiaba. Tuvo lugar la toma de Thuan-an, á los tres días de bombardeo y de combate. Y después de todas estas agitaciones comenzó para nosotros la paz de la estancia en Tuzane. Una paz triste, agobiada de calor; una paz de destierro en un rincón perdido de Anam y por un tiempo indefinido.

Nos han confiado la custodia de esta provincia y de sus puertos. Habrá que aclimatarse, y que pasar el invierno tal vez. ¡Ay! ¡qué tumba tan extraña y tan distante!

Alrededor de aquella bahía donde fondea nuestra *Circe*, no hay más que montañas altas y som-

brias. En el fondo, allá abajo, se abre un río, y en el primer recodo la aldea vieja y caduca se oculta entre los delgados bambúes que parecen avenas floridas.

Pero conozco ahora tan bien aquella aldea, tanto la he recorrido, visitado y registrado en sus últimos recodos, que todo me parece cansado é insignificante. Pasado el primer interés de curiosidad, digo que nunca me gustará aquel país, ni ninguna criatura de aquella triste raza amarilla. Es el verdadero suelo de destierro donde nada me detiene ni me encanta.

Así es que he adoptado este islote verde y esta sombra de la pagoda. Vengo á ella por la tarde, después del ardor del mediodía, cuando el sol descende, á empaparme en la vida silenciosa y más fresca de las plantas; vengo casi siempre solo con los marinos de mi bote; y esto les entretiene también á ellos, por más que la isla en miniatura no sea más que un bosque enredado de bejuocos y jazmines donde no habitan más que monos.

Ya nos hemos familiarizado mucho con esta

pagoda siempre desierta; nos sirve especialmente como cuarto de baño, y dejamos aquí nuestra ropa bajo la vigilancia de los espíritus, pequeños monstruos horribles que vigilan en la obscuridad del santuario, y luego vamos á bañarnos.

Y este templo búddhico nos inspira una especie de respeto, á pesar de todo; no desarreglamos nada y hablamos bajo; porque está obscuro, y luego, alrededor de los sitios donde se ha rogado mucho tiempo, flotan esencias desconocidas. En las iglesias bretonas muy antiguas, en todos los templos de todas las religiones del mundo, he experimentado esta opresión de lo sobrenatural.

III.

1.º de Septiembre de 1883.

¡Qué *Capharnaum* mi camarote á bordo! Un montón de cosas raras, de buddhas panzudos, de elefantes, de bastidores incrustados de nácar, de té, de quitasoles, de floreros y de armas. Hasta tengo tres sapos, tres verdaderos sapos vivos encerrados en una jaula: es un procedimiento que me han enseñado los marinos ingleses, para alejar á las ratas, que tienen guerra declarada á mis guantes y á mis botinas. (Por la noche, Silvestre coloca esta jaula á la puerta, y las ratas, á lo que parece, se intimidan y no entran.)

Además hay muchas flores en ramilletes y en manojos. Flores que muchas hermosas de París no han visto nunca en sus estufas, que no han aspirado nunca ni sospechado y que les producirían una íntima impresión de lo desconocido. Muchas orquídeas con formas de insectos, con colo-

res falsos y sin nombre: blancos crema teñidos de verde, matices aurora pálido tirando á azul como ciertos crespones de la China; y follajes de aromas extraños. Con todos estos perfumes, Silvestre teme encontrarme muerto cualquier mañana al venir á despertarme. Y en verdad que esta muerte no dejará de ser poética para un pobre arrastrameres.

Los gavieros son los que me arrancan estas flores todas las mañanas, cuando van á la aguada, en aquellas malezas de montaña donde el señor Hoé, nuestro intérprete, dice que hay *un poco señor tigre* y *un poco señor macaco*.

20 de Septiembre de 1883.

Ayer ha pasado un gran tifón sobre Tuzane, que todo lo ha volcado, tirando tejados y árboles al suelo y matando gente: una verdadera desolación.

La mitad de las casas están por tierra; la gente acampa sobre la hierba, recogiendo los armarios de sus buddhas, de sus mascarones.

La *Circe* ha podido librarse al abrigo de una

gran montaña. Pero durante algunas horas la escena que tuvo lugar fué siniestra: ocurría en pleno mediodía, y sin embargo, no se veía nada; se oía mugir una gran voz horrible, y el mar, pulverizado por el viento, echaba humo como el agua hirviente.

Hoy ha vuelto el hermoso tiempo tranquilo. La corriente del río arrastra majestuosamente animales ahogados y toda clase de despojos.

Cuando más perdido y desterrado se siente uno aquí, es al anochecer.

¡Cuán lejos está el resto del mundo!

Siempre son extrañas y glaciales, sorprendentes en aquel país de calor, las tintas de los crepúsculos. Sobre cielos amarillos, lívidos, las montañas, que toman un tono gris de hierro ó negro de tinta, perfilan hasta muy arriba sus dientes puntiagudos con durezas de recortes; á estas horas parecen gigantescas.

Se comprende entonces el arte de ciertos pintores chinos, sus paisajes que llegan á perspectivas profundas con colores distintos de los de la Natu-

raleza y cuyo carácter fantástico es triste hasta asustar.

10 de Octubre de 1883.

Esta mañana he tenido el dolor de perder á uno de mis tres sapos. Mi marinero Silvestre ha pronunciado, con su acento bretón, este corto elogio fúnebre: «Estos bichos son siempre asquerosos, capitán», y luego lo ha llevado á su última morada con unas pinzas.

Atravesamos todos un mal período de hastío y de cansancio. Siempre tenemos el mismo interés por leer las cartas que vienen de Francia. Sólo que ya no estamos para contestar. Conozco esto y lo he experimentado ya en otra parte; es el velo que se va tejiendo despacio sobre las cosas demasiado lejanas; es que el sol, la monotonía, el hastío van anonadándonos.

IV.

Miércoles 17 de Octubre de 1883.

El *Saône* llega precipitadamente hoy por la mañana con orden de llevarse la mitad de nuestra tripulación, la *Compañía de desembarco* y el *armamento de los cañones de 15 centímetros*—los mejores, todo lo que podíamos dar—con recomendación de embarcarlos de noche, de ocultar á los anamitas esta partida y este gran vacío á bordo.

Y han marchado esta noche después del zafarrancho. Mal tiempo, noche negra. Destino desconocido. Impresionaba muy penosamente verlos armarse á toda prisa, arreglar sus sacos, sus víveres, despedirse. Todos mis pobres gavieros, los que me traían tan hermosas flores los días de aguada, se han ido. He recibido mil pequeñas recomendaciones para hermanas, prometidas, esposas: unos me han confiado su dinero; otros su reloj, sus cositas de valor, no sabiendo lo que va á ser de ellos.

Un solo oficial ha partido con ellos; nosotros nos conocíamos hacía quince años, él y yo, desde la escuela; habíamos vivido como buenos camaradas concediéndonos una recíproca estimación, y ¡Dios mío! creo que esto era todo. Al recibir sus recomendaciones, pues él también las hizo, y su beso de despedida, he comprendido, por el contrario, que las relaciones entre nosotros eran muy firmes, que nos teníamos mucho cariño.

En medio de la noche cerrada se amontonaban en los botes que se los llevaban. Ruido de armas, despedidas á media voz; ni gritos, ni vivas; una verdadera partida de valientes; luego nada más que el ruido del viento y del mar, y sobre ellos la obscuridad profunda de aquella noche tempestuosa.

He dormido dos horas después de aquella marcha, hasta el momento en que un timonel me ha dicho, encendiendo una vela, esta eterna frase que ha tantos años me persigue: «Capitán, las doce menos cuarto.» Entonces he visto iluminarse toda la compañía formada de mis buddhas, dándome

desde el momento de despertar el sentimiento de la expatriación de la extrema Asia. Me he levantado triste, con el corazón oprimido, para hacer el servicio en un barco medio vacío.

Servicio en fondeadero en tiempo que ha vuelto á la calma, equivale á no hacer nada.

¿Qué centinelas hay que llamar? Me responden que no los hay. Es verdad, me olvidaba; necesito toda clase de combinaciones para encontrar alguno.

Cuando todos están en su puesto, tomo para distraerme un libro nuevo de Leila-Hanum, que me han enviado mis amigos de París, porque habla de Stambul.

No tengo suerte. Yo, que nunca leo, caigo justamente sobre un párrafo, encantador por lo demás, que me produce angustias de recuerdos.

«..... *Nedjibey velada se fué sola á Sultán Achmet: era una mañana de primavera, la estación fresca en que se venden en todas las esquinas las flores perfumadas de las junquillas.....*»

Sí, en efecto, lo recuerdo..... todos aquellos vendedores de flores y aquella fresca primavera. Era

precisamente la estación en que tuve que abandonar el país turco..... Y he aquí que la dulce frase de Leila-Hanum vibra lentamente en mi cabeza como la voz de un fúnebre tañido.

¡Oh, mi partida de Stambul! ¡Cómo narrar aquellas impresiones tan complejas en que se habían mezclado tantas cosas! el terrible rompimiento de nuestro amor, la tristeza muerta de aquella gran ciudad del Islam; y aquella calma de la primavera que llegaba, aquel viento tibio que sembraba por las desiertas callejuelas las flores sonrosadas de los melocotoneros..... Aquellos últimos días antes del aparejo, aquellas horas de asueto, aquellas últimas excursiones de despedida en aquel Stambul donde nacía la primavera, *en que las flores de las junquillas se venden en todas las esquinas, esparciendo por todas partes su suave aroma.....*

Entonces cerré el libro y subí al puente. Había á bordo más silencio que de costumbre; la noche estaba todavía más tranquila.

Sólo se oía el quejido monótono de un desgraciado que moría en la enfermería de un absceso al hígado, una de las enfermedades de aquel país amarillo.

V.

Sábado 20 de Octubre de 1883.

Hace un tiempo sumamente extraño: un calor dulce de una pureza exquisita. Partimos en ballenera para ir á reconocer Shun-An, al otro lado de la bahía, al pie de aquel desfiladero de montañas que los anamitas llaman *Puerta de las nubes*.

Nada más que un aduar de pescaderos miserables; pero hay en él una pagoda muy bonita, fino encaje de yeso y de porcelana, en lugar profundo, sombrío, bajo grandes árboles rígidos y solemnes, de la especie llamada *árboles de pagoda*. En toda aquella húmeda región capilares de variedades delicadas y raras tapizan las viejas paredes.

La gente es fea y medrosa.

En la entrada del pueblo, *señor Tigre* está figurado en bajo relieve en una gran pared de piedra; está pintado con sus colores, con morros de crin y ojos de cristal, y hace, como es de rigor, un gesto

chino. Pequeñas velas coloradas y olorosas arden á sus pies: dicen que es para tranquilizarle, porque la noche pasada ha venido á mayar hasta en las mismas calles.

Una casa mandarina está aislada allá abajo, en medio de aquellos campos de arroz, que son de un verde más tierno que nuestros trigos en Abril. Nosotros vamos allí por estrechos senderos en joroba que atraviesan los arrozales inundados, como en Francia los pasadizos de las salinas. Las puertas están cerradas, y es que este mandarín, muy viejo á lo que parece, acaba de morir. La viuda, una pobre mona vieja, quejumbrosa, abre la puerta y nos hace entrar en una sala baja, muy antigua, donde todas las vigas macizas representan vampiros y monstruos. Quiere vendernos sus lanzas, sus platos, sus floreros, sus quitasoles; y nuestros marineros tienen bastante qué hacer con llevar á nuestra ballenera todos estos despojos del mandarín muerto.

A la puesta del sol, es ya hora de regresar; nos vamos mecidos por una marejada enorme que nos envía el mar de la China y que viene á morir

despacio en aquella bahía: una frescura de otoño, nueva y vivificante llega con la tarde, y el crepúsculo es de un puro color de oro.

Mientras volvemos tranquilamente á la vela, aparece allá abajo en el fondo del horizonte el bienaventurado vapor-correo de Francia, que se detiene al pasar para entregar á la *Circe* las cartas que nos remiten. Esto va á completarnos un hermoso día una vez por casualidad y estaríamos muy alegres sin el recuerdo fresco de nuestros compañeros que partieron anteayer hacia lo desconocido.

¡Ay! ¿por qué no nos dejaron partir con ellos?

Al pensar en esto, avergüenza casi aquella seguridad de Tuzane, y además ese papel de guardián de bloqueo, por útil que sea, acaba en verdad por hacerse mortal.

VI.

Silvestre Moan, mi marinero, es de la tierra de Goëlo, como Renán y mi hermano Ives, de una aldea de Ploubazlanec. Le conocí en otro tiempo por mi amigo Jaun el gigante, cuando era grumete y pescador de Islanda.

Algo hombrón, es todo cuanto tengo que echarle en cara y, como se ve, esto no es culpa suya: más alto y más ancho de espaldas que lo que mi puerta consiente; brazos terribles y barba negra. De lejos, terrorífico aspecto; de cerca, un bello rostro dulce y sincero; diez y nueve años, ojos azules llenos de juventud; los modales, las inflexiones de voz, el candor de un niño. El y Tu-Duc (el gatito de la tripulación robado en Argel, piel gris manchada, aspecto muy astuto, el extremo de la cola y el lomo del pescuezo blancos), él y Tu-Duc son quizá los dos seres que más me quieren á bordo. Por lo demás se parecen, á pesar de la diferencia de sus dimensiones: el mismo

contoneo provocativo, con el espíritu tan poco cultivado el uno como el otro, los dos absolutamente irreflexivos. Desde mi hamaca de aloes los veo á Tu-Duc y á Silvestre entrar y salir, el uno llevando al otro, luego vacar sus pequeñas ocupaciones en mi cuarto entre los buddhas y las flores con la misma agilidad silenciosa. Tu-Duc sabe saltar cuando se le presenta un arco formado por las manos. Silvestre no sabe hacer esto; pero escribe á Goëlo á su abuelita, lo cual debe ser algo más difícil.

Ahora no tenemos mucho calor en nuestra Tuzane; durante el día hace alguno, más por la noche se siente perfectamente que el invierno se aproxima. El verde islote ha perdido muchas de sus hojas y á su alrededor el agua está fría. Lluvias y días sombríos y cortos como en Bretaña los días de otoño; es una tristeza que no habíamos previsto.

A la caída de la noche se experimenta perfectamente esa impresión de Noviembre que oprime el corazón como un rozamiento de la muerte y se pone uno á soñar en las buenas veladas de Fran-

cia, en las hogueras alegres, en el hogar de la familia.....

Sufrimos por nuestro propio aturdimiento una multitud de privaciones. Una carencia completa de esas pequeñas cosas usuales que se traen de Francia y que nada puede reemplazar cuando se consumen. Ni una moneda en nuestros bolsillos por falta de comunicación con el resto del mundo. Se acabó el jabón á bordo: nuestra ropa blanca lavada por nuestros marineros en el agua salobre del mar y oliendo á chino.

La *Circe* se ha convertido por la fuerza de las circunstancias en un receptáculo de toda clase de gente: heridos convalecientes, intérpretes, Matas anamitas, náufragos del Tonkin, piratas de Haïnan, el elemento amarillo nos invade cada vez más, y tiene una necesidad de atrancar la puerta como en un lugar sospechoso. Pero es divertido ver la desenvoltura con la cual los marineros saben tratar á aquel pueblo de pelo largo.

VII.

20 de Noviembre de 1883.

Desde hace ocho días han tenido lugar muchas cosas; cosas heroicas ó extrañas, divertidas ó estúpidas, y luego las impresiones del día siguiente arrebatan las poco profundas de la víspera. Todo ha pasado sin dejar rastro.

Un ligero tifón que ha venido á refrescar nuestro aire; gente indiferente que ha muerto y á quien han enterrado; noticias vagas llegadas de nuestros compañeros de la *compañía de desembarco*; una embajada y regalos magníficos, enviados por nuestro Gobierno, en testimonio de alianza, al rey de Anam. (Esto se ha perdido en el camino y ha sido preciso correr tras ello por las aldeas.)

Hoy calma pesada. Sábado, día de lavado á bordo; mediodía, hora de siesta en que por casualidad no duermo. En mi cuarto *huele á chino*, un olor que poco á poco se nos ha impregnado en

nosotros, en nuestros vestidos, en nuestros flores, en todo. Mis buddhas, mis elefantes, mis garzas místicas están correctamente formadas en chineros, por los cuidados del asistente como si fuésemos á pasarlos revista.

Cerca de mí, el niño grande, Silvestre, restriega cuidadosa y concienzudamente una lámpara de pagoda sacando un poco la lengua en ciertos momentos en que esto se presenta más difícil en las hendiduras. Por mi porta se ven las altas montañas agudas de Kien-Cha, siempre las mismas, con su aspecto chinesco, la superficie azul del mar reflejando el blanco sol, y sobre aquel espejo, los champanes en enjambres inmóviles hoy como feas moscas muertas. Ningún ruido en aquel barco, que sin embargo vibra al menor sonido como una campana gigantesca. Por mi puerta abierta, la vista se encuentra con la batería de la *Circe*. Allí huele todavía más á chino que en mi camarote; hay por el suelo una capa de objetos extraños de gentes heteróclitas, confundidos por el momento en el pesado sueño de la siesta.

Mochilas, sacos de arroz, gamelas, velas; Tu-

Duc, el gato, dormido en un gong, marinos desnudos durmiendo con la cabeza sobre sus brazos musculosos, chinos, flacos como faquires, durmiendo de pie, rígidos, con su traje de seda negra; jóvenes tiradores anamitas, de actitudes femeninas, peinados con cocas, con un *nudo de Apolo* en la nuca y con un sombrero *bergère* de una forma Watteau, atado bajo el moño por una cinta azul; piratas de la isla de Haïnan, durmiendo con la boca abierta mostrando sus dientes blancos; bellos tipos de asiáticos, éstos con las largas trenzas negras de sus cabellos arrolladas en turbante alrededor de su cabeza masculina; y luego pobres soldados, pobres artilleros heridos por el fuego ó consumidos por la disentería, fatigosos en su sueño febril.....

Y á bordo todas estas gentes, excepto los enfermos, trabajan para reemplazar á la mitad de nuestros marinos que nos faltan. Esta mañana á mi orden todo *viraba al cabrestante*, á mis pies—el cabrestante, carrete inmenso que gira como el Tio-vivo en la feria.—¡Hacen girar los marinos; hacen girar las pastoras Watteau; hacen girar los chinos

orgullosos con sus colas; hacen girar los Matas, los prisioneros, los piratas! Y aquella mescolanza humana, braceando fija en aquel lugar, es una imagen bastante fiel de lo que pasa en grande en aquella extrema Asia.....

VIII.

Hay en una región deshabitada de aquella bahía una bahía melancólica que visitamos de cuando en cuando por la tarde.

Allí es donde duermen los muertos de 1863; duermen en aquella tierra rojiza mil doscientos ó mil quinientos franceses, soldados ó marinos, arrebataados en un verano por el tifus, cuando la primera tentativa de ocupar aquel país.

Apenas se ven ya los restos de las cruces de madera, caídas bajo las espinas ó los bejucos: con estas lluvias cálidas todo se consume aquí muy de prisa y la naturaleza verde es más devoradora que en otras partes.

Nuestras relaciones con la gente de Tuzane se mantienen bastante amistosas en apariencia. Por la mañana, si entre la muchedumbre del mercado nos enfadamos por casualidad, en seguida nos hacen *tchin-tchin*, la reverencia humilde con lo cual no hay medio de impedir la risa, y henos aquí

desarmados. Con aquel pueblo viejo y niño al mismo tiempo, no es fácil por otra parte enfadarse en serio.

De cuando en cuando un reconocimiento en las bahías próximas, ó bien una carrera en bote tras de champanes sospechosos; fuera de esto nada hay que anime aquellas jornadas de bloqueo. El hastío se ha apoderado de todos y apenas oímos cantar á nuestros marineros.

IX.

El soñar adquiere aquí una importancia extrema; sobre todo durante el pesado sueño del mediodía. Después quedan imágenes descabaladas, incoherentes, las más veces muy misteriosas, que nos persiguen hasta por la noche.

Hoy volvía á ver el arriate de una casa de campo que me gustaba mucho cuando yo era niño. En el sueño era una noche de verano muy cálida, dominando á lo lejos llanuras de brezos. Había cerca de mí un grupo de jóvenes que llevaban trajes de épocas muy diferentes, por más que al parecer todas tenían la misma edad.

Estas jóvenes eran mi madre, mis abuelas, mis tías, fáciles de reconocer sin vacilación ninguna, por más de que se habían rejuvenecido hasta los diez y seis años y vestidas con sus trajes atrasados de aquellas épocas. Estaba allí hasta la más joven de nuestra familia, que es en realidad muy joven, ésta con largos cabellos rubios; sin que, por lo

demás, les sorprendiera encontrarse todas juntas, ni verme en medio de ellas, hablando alegremente de cosas de otro tiempo.

Unos bandos de flamencos de color de rosa, casi luminosos, pasaban muy arriba, en el cielo, que era pesado y sombrío; se aspiraban aromas de verano muy suaves. Las piedras de aquel arriate estaban separadas, estaban llenas de musgos como en las ruinas, y se veían trepar ramas de jazmines, florecillas anticuadas que las muchachitas de los viejos tiempos se ponían en el cuerpo del vestido.

En la llanura de brezos, oscura y profunda, el cielo se había puesto absolutamente negro como un paño de luto, y ahora algo de siniestro, una especie de disco macilento, se levantaba lentamente en el extremo del horizonte.

Dijeron que era la luna, que había tardado un poco en salir, y por la satisfacción que les causó el verla, comenzaron á reirse de una manera fresca, que en nada se parecía á la risa de los fantasmas.

Yo encontraba que la luna aquella tenía una cara alarmante; al subir por el cielo negro se en-

sanchaba desmesuradamente y palidecía siempre; se disolvía poco á poco en una grande corona diáfana, en un cerco apenas visible.

Y después de ésta apareció otra que salía del mismo sitio, como si naciese del suelo: entonces sentí miedo, comprendiendo, aun en mi sueño, que asistía á un inmenso trastorno del Cosmos eterno.....

—No—dijeron todas—esto se había predicho en el almanaque de los astrónomos, y todavía tienen que salir otras dos.

En efecto, otras dos lunas aparecieron juntas, y se desvanecieron también en grandes halos turbios que producían una luz pálida y temblorosa; verdaderamente tenía mucho miedo.

Ellas se reían de mí: «Vámonos, ya que esto no le divierte. Pero ¡qué miedoso es para ser hombre!» Y nos fuimos por una calle de ojaranzos recortados formando bóveda, donde hacía cada vez más calor y donde había menos luz cada vez; por lo que se podía ver, todo lo que allí había eran majuelos profusamente floridos como en Mayo.

Las jóvenes seguían siempre avanzando, siem-

pre tan jóvenes. Las más antiguas tenían trajes de Luís XV, ó del Directorio, con talles atados muy arriba por debajo de los brazos—como en los retratos que databan de su infancia.—Y he aquí que llegó la verdaderamente joven y se enredó de pronto los cabellos rubios en los majuelos.

Todas se pararon para socorrerla. Los rizos se habían enroscado como culebras alrededor de unas ramas. Desenredarlo exigía mucho tiempo: un trabajo muy cansado que no producía efecto alguno y que nos causaba aún mayor calor. En aquella obscuridad los mechones se obstinaban, y aun nacían otros que á su vez se enredaban; y por último, había otros que se lanzaban con un ruido de cohete para ir á perderse no sé donde, en la espesura del tallar.—Hay que cortar, cortar, cortar, porque nacerán otra vez, dijo una de aquellas extrañas muchachas (una hermana de mi abuela que conocí muy vieja, octogenaria, pero que era una persona viva, de ideas bruscas).

Se lo cortó de raíz, ¡erac, crac, crac! con unas grandes tijeras que llevaba colgando de la cintura, y luego las jóvenes prosiguieron su camino sal-

tando al compás de la música de la canción: *No iremos más á los bosques.....*

Llegamos al extremo del jardín, á un antiguo kiosko tapizado de rosas en espaldera, donde entraron. No había allí más que dos ó tres sillas donde se sentaron, después de algunas ceremonias, las más viejas—las de las mangas perdidas y el talle imperio.

Siempre el cálido crepúsculo de verano, los perfumes de los henos y de las flores. Pero las jóvenes ya no cantaban y su asamblea había adquirido de pronto para mí el carácter de una cosa extremadamente solemne.

Las que quedaron de pie abrieron un armario disimulado en el grueso de la pared y sacaron, para enseñármelo, un vestido de niño que habían ocultado allí. ¿Reliquia de muerto ó presagio de vida?....

Me lo presentaron con sonrisa de misterio, de silencio, y yo COMPRENDÍA, y al mirar aquel vestido experimentaba una emoción dulce, tierna, tan palpitante y tan fuerte que desperté.....

Entonces todo acabó; roto el encanto, el sentido cortado é imposible interpretarlo..... Aquel cre-

púsculo de verano, aquellas jóvenes, aquel perfume del tiempo pasado, todo esto, en menos de un minuto, había huído al mundo inestable y tenebroso de las visiones. Me encontraba con la luz de las dos del día, mi camarote y el país del destierro.

Tu-Duc estaba allí durmiendo á mis pies, y ví también á Silvestre, ocultando la ventana con sus anchos hombros: acababa de concertar un importante trato de bananos con *la Luna*, que estaba en su piragua en el exterior, y cuya cara regordeta se veía. Esta luna (que nada tiene de común con las de mi sueño, tan numerosas) es una vendedora anamita, de diez y ocho ó veinte años, que viene diariamente á ofrecer fruta al costado de la *Circe*: respondió al nombre de Luna que los marineros le dieron por ser tan redonda.

Alargaba haciendo melindres el brazo, la mano amarilla, y quería contar ella misma sus cien sapeques, para evitar este trabajo á Silvestre. Pero él respondía en voz baja, temiendo despertarme: «No, no, porque ¿sabes? tú, pícara; tú, Luna; tú, ladrona.»

Y desengarzaba con pena el último rosario de piezas de cobre que representa ahora toda mi fortuna.

(Creo que esta cara asustada y cómica de la Luna es la que lanza sobre todo esto su extraño reflejo; para quien no la haya visto, mi historieta no tiene significación.)

Detrás de ellos un fondo bastante bonito. Era, con luz clara, aquella gran montaña por donde pasa el camino de Hué, esa *Puerta de las Nubes* que hay que franquear antes de llegar á la ciudad del rey invisible, y además, como siempre, sobre el mar pesado, la multitud de champanes.....

He conservado hasta la noche la impresión de ternura, dulce, profunda, inexplicable, que me había producido aquel vestidito de niño.....

X.

27 de Noviembre de 1883.

Es la una de la mañana. En fondeadero á la entrada del río Hué, ante aquel Thouan-an que hemos quemado en Agosto. Desde hace dos días esperamos *mudanza favorable*, como dicen en marina, para hacer pasar, por encima de aquellas eternas rompientes, un convoy de víveres al cuerpo de ocupación que guarda los fuertes.

La mudanza no quiere venir. Hay calma, sin embargo, y noche de estrellas; pero siempre la misma marejada, lenta, enorme, que no se cansa. Damos balances, cabeceamos sin tregua y oímos del lado del mar el zumbido continuo de las olas.

En esta ciudad de Hué, que está tan cerca, tiene lugar un drama aquella noche; en aquel momento mismo, y esto pasa entre los muros del último recinto real, toda clase de furoros dilatan los ojuelos remangados de aquellos personajes de corte, que bajo pena de muerte está prohibido ver.

Y desengarzaba con pena el último rosario de piezas de cobre que representa ahora toda mi fortuna.

(Creo que esta cara asustada y cómica de la Luna es la que lanza sobre todo esto su extraño reflejo; para quien no la haya visto, mi historieta no tiene significación.)

Detrás de ellos un fondo bastante bonito. Era, con luz clara, aquella gran montaña por donde pasa el camino de Hué, esa *Puerta de las Nubes* que hay que franquear antes de llegar á la ciudad del rey invisible, y además, como siempre, sobre el mar pesado, la multitud de champanes.....

He conservado hasta la noche la impresión de ternura, dulce, profunda, inexplicable, que me había producido aquel vestidito de niño.....

X.

27 de Noviembre de 1883.

Es la una de la mañana. En fondeadero á la entrada del río Hué, ante aquel Thouan-an que hemos quemado en Agosto. Desde hace dos días esperamos *mudanza favorable*, como dicen en marina, para hacer pasar, por encima de aquellas eternas rompientes, un convoy de víveres al cuerpo de ocupación que guarda los fuertes.

La mudanza no quiere venir. Hay calma, sin embargo, y noche de estrellas; pero siempre la misma marejada, lenta, enorme, que no se cansa. Damos balances, cabeceamos sin tregua y oímos del lado del mar el zumbido continuo de las olas.

En esta ciudad de Hué, que está tan cerca, tiene lugar un drama aquella noche; en aquel momento mismo, y esto pasa entre los muros del último recinto real, toda clase de furiosos dilatan los ojuelos remangados de aquellos personajes de corte, que bajo pena de muerte está prohibido ver.

Estaban destrozando al rey que había firmado el tratado de paz y probablemente le cortarían el pescuezo.

Esa noche estábamos mirando con el anteojo de larga vista aquel mirador del palacio que iluminaba el sol poniente y se apoderaba de nosotros una gran curiosidad por asistir en aquella morada impenetrable, á escenas entre seres invisibles.

Según las últimas noticias, el partido de la guerra es el que triunfa. El obispado, la legación francesa están amenazados por las turbas. Y no hay medio de enviar un solo hombre á tierra por encima de aquellas olas huecas, tampoco se puede bombardear al azar, en medio de toda aquella gente donde hay muchos de los nuestros. De manera que hemos de resignarnos á permanecer allí, hastiados como siempre é impotentes.

Héctor González.

XI.

1.º de Diciembre de 1883.

Todo se ha arreglado una vez más; con el rey nuevo se ha producido la tranquilidad en la ciudad amurallada y henos aquí otra vez en nuestra bahía de destierro.

Hoy se acaba de erigir en Tuzane la primera muestra escrita en Francés: *Shang-Hoo, proveedor de la marina*: palabras que se leen en una planchuela en el extremo de un gran palo: no es casi nada y, sin embargo, desentona ya en medio de aquel pueblecillo de pagodas y de polvo.

A bordo, aquel Shang-Hoo ha recibido de nuestros timoneles el nombre de *Chico verde*, á causa del color habitual de sus trajes. Atraído al país por nuestra presencia, se ha convertido poco á poco, con una cierta gracia insinuante, en nuestro indispensable familiar. Proveedor de todo, muy asequible, muy astuto, muy gracioso, cuidadoso de su persona y de su elegante coleta, tan delgada como un bambú y oliendo á sándalo.

En sus almacenes improvisados, que son cobertizos de caña á orillas del río, se desviven unos empleados muy gruesos, con la coleta sedosa, las medias estiradas, el estómago desnudo, exhibiendo con complacencia su obesidad de mascarón. Un buddha mural, también panzudo, preside á las transacciones. Se vende carbón de piedra, bueyes vivos, rosarios de sapeques, sacos de arroz, jarras de Sam-Chou. Todas estas cosas *huelen* mucho á *chino* dentro del almacén, como dicen nuestros marinos, y los altos bambús agitan encima su follaje delgado, en que danzan en nubes los mosquitos.

La señora Shang-Hoo, que acaba de llegar de Cantón, indolente y melindrosa, tiene los ojos tan remangados que sus pupilas, siempre agitadas como su abanico, parecen girar de arriba abajo, bamboleándose respetuosamente sobre sus pies de muñeca.

Combinando sus dos figuras se pierde uno en suposiciones sobre lo que podrá ser la cara de un Shang-Hoo pequeño cuya venida al mundo se nos anuncia para el mes próximo.

XII.

En la cima de una montaña, un día de lluvia. Vacío y silencio. A mis pies, verdes inclinaciones descendiendo hacia el mar profundo.

Yo estaba de servicio en lo alto, enviado por el comandante para hacer un trabajo de triangulación; comprobar la orientación de un golfo.

El *timonel de relojes* me asistía en esta empresa y habíamos instalado con cuidado nuestros instrumentos de cobre sobre una roca tapizada de finos helechos.

Otras montañas todavía más elevadas desplomaban sobre nosotros sus masas y sus verdores; de cuando en cuando bajaban nubes grises, que al pasar nos inundaban. Muy silenciosos é inmóviles bajábamos bajo las tempestades, esperando los claros del horizonte para tomar aquellos cabos lejanos que se velaban siempre bajo brumas nuevas.

Esperándolo así, nuestros espíritus se habían ido muy lejos. El marinero—un landés—soñaba, sin duda, en sus bosques de pinos. Por lo que á mí toca, yo procuraba figurarme que estaba en Dalmacia; la ilusión había comenzado por sí, producida por aquel aire vivo de las alturas, por aquellas inmensas pendientes llenas de bosques y por aquel mar que se oía á lo lejos.....

El país de Cattaro, las campiñas pastorales en la vertiente del Adriático—verdaderamente que aquel rincón de Asia se parecía mucho á él. Amarilis encarnadas, flores chinas, imitaban aquellas tintas brillantes que los granados de nuestras zonas lanzan sobre las montañas, y unos arbustos de florecillas blancas ocupaban el lugar de las matas de mirtos.

Cerrando los ojos á medias, para mirar como al través de un velo, me hundía poco á poco en mi sueño profundamente. Mis impresiones de aquellos países se representaban muy claras, muy vivas; aparecían hasta crueles, con la tristeza palpitante de las cosas pasadas que no deben volver jamás.....

El golfo de Cattaro—un tibio otoño, un poco melancólico—contemplaciones en las lindes de los bosques—sueños bajo los mirtos—y cierta nieta de Herzegovina, paseando cada día sus carneros en soledades tranquilas.

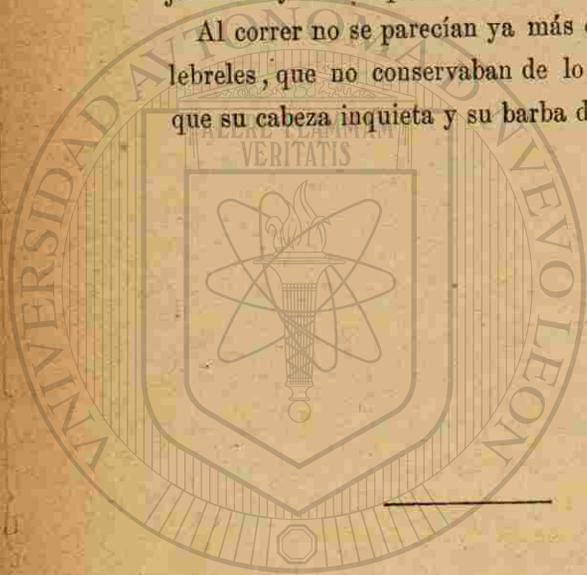
En medio de aquel silencio de la montaña y del espacio, de pronto un ruido ligero, manos bastante finas, que parecían llevar guantes color perla, separaban las ramas y nos miraban; eran dos grandes monos..... Especie de oranges, con cara de hombre sonrosada y con barba blanca. Ya debía hacer tiempo que andaban detrás de nosotros; adivinando que no trabajábamos en ninguna cosa mala, nos examinaban con una intensa curiosidad humana, guiñando muy de prisa sus claros ojos.

El marinero, sin sonreír siquiera, les bosquejó una reverencia, y luego les hizo con la mano uno de esos gestos amables, que en todas las lenguas del mundo quieren decir: « Pero, señores, adelante, etc..... Tendremos mucho gusto. »

Esto les asustó, y cayendo sobre sus cuatro patas como simples animales, partieron á escape.

Les seguimos con la vista en su fuga entre los jazmines y los bosques verdes.

Al correr no se parecían ya más que á grandes lebreles, que no conservaban de lo humano más que su cabeza inquieta y su barba de ancianos.



XIII.

Pasos rastreros sobre las baldosas y el rumor de un sollozo. Hacía mucho tiempo que estaba quieto en un rincón oscuro de aquella pagoda, embrollándome en copiar los monstruos, las quimeras, toda la pesadilla que se desarrollaba en el techo. Entonces volví la cabeza para ver quién iba á entrar.

Una vieja, muy vieja, miserable y casi desnuda. Llevaba tres escudillas de arroz y de pescado y tres velitas de color de rosa. Había venido, sin duda, desde muy lejos; estaba como derrengada por el cansancio, y su pena parecía horrible. Todo su haber de viejecilla abandonada debía haberse invertido en comprar aquella pequeña ofrenda que vino á colocar ante el altar delante del Dios sonriente, colosal, brillante de oro. Y luego comenzó á tocar el gong y la campana de los espíritus como para decir: « Ven á ver, Budda, lo que he puesto aquí para tí; me he esmerado todo lo posible en

este regalo; ten piedad y compasión de mí y concede lo que te pido.....»

Las velas acababan de consumirse, las moscas bajaban á las escudillas, comiéndose la ofrenda— y la pobre vieja se iba.

Exhaló un grito desgarrador y de pronto se volvió hacia el altar. Algo había que le decía que su ruego no había sido acogido—y, sin embargo, aquel presente era todo lo que había podido ofrecer á su Dios. Volvía casi corriendo y pegaba en el gong y llamaba con todas sus fuerzas con sollozos y gritos de angustia.

—¡Boum, boum, boum! ¡Drelin, drelin, drelin!— sin descansar y con rabia:—¡Budda, no me has oído, no me has mirado siquiera; no es posible que tú seas tan cruel, que no me escuches, que yo sea una vieja tan desgraciada!

Y por su rostro de pergamino amarillo iban cayendo las lágrimas.

Silvestre, que tiene en Bretaña una abuela muy pobre, se levantó el primero para ofrecerle todo lo que llevaba encima, unos cinco francos en sapeques. Yo también le dí mi bolsillo, y nos dió

las gracias llena de confusión con grandes *tehint-chines*. Algo era aquella fortuna inesperada; mas á pesar de ello no quedó consolada. Ella nos lo expresó por señas; había venido á pedir otro favor, que excedía del poder de las piedades humanas.....

XIV.

14 de Diciembre.

Día agitado. Gran viento de Este, cielo sombrío. A la vista de Thuan-an desde hace dos días. No pudiendo sostener aquel fondeadero, ha habido que recoger trapo con mar gruesa, maniobra peligrosa, y luego marcharnos á Tuzane, que es nuestro refugio habitual.

Y yo hacía mi servicio, que era bastante duro, sin embargo, con más *afecto* que de costumbre, preguntándome tristemente si no sería por última vez.....

Porque un correo que ha pasado ayer me ha traído una orden bien inesperada de volver á París. La *Correze* es el transporte que me llevará á Francia; al volver de Ha-Cong se detendrá en Tuzane lo suficiente para recogerme—y se nos anuncia su paso para mañana.—Siempre precipitadas estas cosas de marina.

A las dos estamos ya en nuestra bahía de Tu-

zane, donde el mar está tranquilo. Entonces hay que hacer el equipaje á toda prisa. Todo está revuelto en mi cuarto. Unas cajas pedidas con urgencia al *Chino verde* llegan en un champán. Silvestre se apresura, teniendo mucho calor; hay otros tres que trabajan á sus órdenes en embalajes complicados, habiéndose desnudado todos para estar más cómodos.

Llega la noche y me encuentra preparado. Pronto á seguir mi destino y á decir adiós á mis pobres compañeros de destierro. Mucho siento separarme de todos ellos..... Y no me duermo hasta muy tarde, trastornado por aquel cambio repentino en mi vida.

Sábado 15 de Diciembre de 1883.

Despertado muy de mañana por un gaviero que canta debajo de mi porta una antigua canción de Bretaña, muy monótona, de una tristeza antigua, tiempo tranquilo, puro, exquisito, cada vez más raro en aquella estación y en aquel país de nubes y de tempestades. Las montañas irisadas, el mar muy azul, es el reflejo dulce, la verdadera limpi-

dez profunda de los trópicos, y todo esto tranquiliza después de aquellos vientos y de aquellas lluvias.

Nada que hacer: he declinado mi servicio, mis baúles están cerrados, Silvestre ha acabado de embalar mis buddhas y mis mascarones, que están en traje de viaje y prontos á seguirme.

Yo creo que en mi vida agitada nunca había conocido una partida tan tranquila. Todo el día me lo paso mirando al horizonte, al rompimiento de alta mar, acechando aquel *Correze* que va á venir á buscarme: pero nada se ve, nada más que la población de champanés de alas blancas. Shang-Hoo, el «chino verde», llega por la noche para despedirse, con un soberbio traje de seda brochada que ha recibido de Cantón para la estación fresca.

Cuando baja el sol, hace casi frío, y la sensación de Diciembre se experimenta bien. No hay *Correze*: una noche más en aquella bahía, entre aquellas sombrías montañas que me han tenido prisionero cinco meses y que sin duda no volveré á ver nunca. A la caída de esta última noche las miro con un poco de tristeza..... Es muy extraño

esto de que á todo se le tome afición..... Sobre el amarillo pálido del poniente son las montañas absolutamente negras, hasta las más lejanas; no se tiene ya noción de las distancias, parecen una misma pieza de pizarra de pie en silueta sobre el fondo glacial de un cielo de invierno.

Aquella *Correze*, según nuestros cálculos, tenía que llegar por lo menos hoy; mucho se retrasa; vendrá tal vez mañana por la mañana.

Después del zafarrancho de la tarde, recibo en mi cámara visitas de amigos «de la vecindad» para recomendaciones, encargos para Francia, despedidas. El último que llega es Silvestre, á eso de las nueve, al parecer para ver si no hay nada que arreglar. Me trae muy tímidamente una estampita que procede de su primera comunión y que era para él una cosa así como su amuleto: «Si quisierais llevarla, capitán, como recuerdo.» — Piensa también que me protegerá, porque esa llamada á Francia..... él y mis bravos gavieros, que no han comprendido mucho, se imaginan no sé qué de lo que me va á suceder, de lo que me van á hacer.....

He guardado preciosamente su pobre regalito. Representa un niño de rodillas en medio de una tempestad muy negra con esta inscripción: «Las grandes aguas me rodearon, pero me habéis socorrido ¡oh Dios mío!»

Después le he hecho que se siente un instante como en visita, él también, y hemos hablado de Bretaña. Puesto que algunas veces tengo que hacer hacia su país de Goëlo, se ha convencido que irá a verle a la cabaña de su abuela en Ploubazlanec. Está próximamente cerca de Plouherzel la aldea de Ives, a media hora de marcha del otro lado del puente de Lezardrieusc; le avisaré por carta, y él saldrá a mi encuentro hasta la entrada del puente.

Entonces le veo muy pensativo; ¡está tan lejos, mirada desde aquí, aquella Bretaña!.... Verse de regreso en su aldea, bajo el cielo gris, y salir a mi encuentro a esperarme, ¿son cosas que efectivamente habrán de suceder? Es extraño pensar todo esto cuando se está en Anam, y hay como un velo sobre el país tan amado....

Y luego se preocupa repentinamente acerca del

recibimiento que habrá que hacerme, y dice bajando la cabeza: del mismo modo que mi hermano Ives:—«Sabe usted que en casa.... hay techo de paja.»—¡Pobre niño grande! Ante esta confesión del techo de paja, le estrecho la mano y le mando a la cama. Si supiese cuánto adoro los techos de paja, los viejos techos bretones!....

Por fin, llega a la noche la *Correze*, que me debe llevar. Me despierta el ruido de las olas que produce al pasar cerca de la *Circe*, y por el canto de los sondeadores. Vamos, esta vez la partida va de veras, el fin de aquella etapa de mi vida; y todos los fines son tristes hasta el del destierro, a lo que parece.

Domingo 16 de Diciembre de 1883.

Un tiempo magnífico. Por la mañana la agitación de los últimos preparativos de la partida; a las nueve la *Correze* debe aparejar. Allí están todos mis fieles, Silvestre y mis gavieros, estorbándose unos a otros para acabar de atar mis equipajes, agolpándose a mi puerta para decirme

adiós. Da gusto ver cómo sienten que uno se vaya aquellos muchachos tan valientes.

Los compañeros de «vecindad» me abrazan; los hay mal despiertos, á medio vestir, para acompañarme; y cuando hay que separarnos, cuando hay que bajar al bote que me espera, siento el corazón cruelmente oprimido.

La *Correze* está en aparejo, ya casi en marcha, cuando un champán, el del Mandarín, se apresura para llegar, haciendo señas para que le esperen: es el *chino verde* que me envía un cierto té muy fino para la marcha.

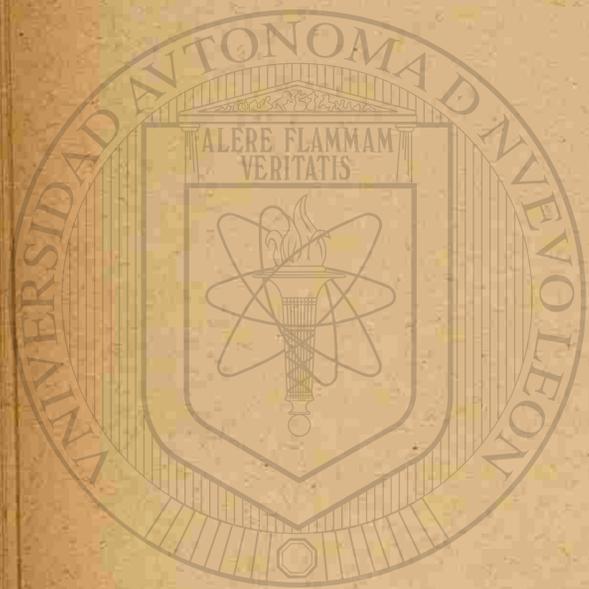
Pasamos cerca de la *Circe*, donde la tripulación está formada en el puente, para la inspección del domingo por la mañana. Gorras de Oficiales, boinas de marinos se agitan en el aire, y me siento triste hasta derramar lágrimas cuando veo que todas estas cosas se alejan; que la *Circe*, seguida con la vista mucho tiempo, acaba por desaparecer.

XV.

Todo huye muy de prisa, borrándose en lo azul. Antes de mediodía estamos en alta mar.

Entonces viene aquella paz del mar, del mar que cambia y lo borra todo; es como una raya final trazada sobre aquel tiempo que acaba de espirar. Y en medio de aquella paz, la *Circe* y la bahía de Tuzane se desvanecen como en una extrema lontananza, dejándome apenas un recuerdo.

Sabía bien que así había de suceder; pero esta rapidez me confunde. En suma, solamente el amor es lo que ha podido hacerme tomar un afecto duradero á ciertos lugares de la tierra.....



UNA ESCALA DE TRES HORAS.

GRAN RUTA DE CHINA Á FRANCIA.

23 de Diciembre de 1883.

Las nueve de la noche en un café donde todo está abierto y donde hace mucho calor. Mesas no muy limpias, oliendo á anís y á aguardiente. Paredes de un blanco manchado, adornadas con cromos que representan á la reina Victoria y su familia. Dos muchachas rubias, dos *barmaids*, se multiplican con mil gracias alrededor de algunos señores curtidos, con americana blanca, que hablan diversas lenguas de Europa. — Hace mucho calor, pero mucho; alrededor de las lámparas de petróleo, colgadas en el techo, zumban mosquitos y falenas. Un camarero inglés da vueltas á la manivela de un piano mecánico, de donde sale una

música conocida de zarzuela, y parece como que desafina á causa de un rumor más extraño que viene de fuera.

Por la portada, abierta de par en par, se ven dos ó tres kilómetros de calle recta, con una multitud de carruajes, millares de faroles, un torrente que corre.

Parece un boulevard parisién en una noche de verano. Se mira y asombra ver pasar gente en traje de máscara, oliendo á opio y almizcle, y luego muchas espaldas desnudas, de piel amarilla, y con coletas colgantes..... De cerca todo aquello que parecía Europa, no es más que un extraño é inmundo hormiguero chino..... Las tres cuartas partes de aquellos rápidos carruajes están enganchados por hombres carreristas á guisa de caballos: los que tiran son chinos de cabeza afeitada, desnudos, con la coleta formando rodete y el sombrero parecido á una pantalla; los que van en los coches, chinos también con la coleta suelta, abanicándose. Chinas las tiendas; chinos los faroles pintados; chinas las voces, los clamores, las disputas. Todo aquello es chino, servicial, rapaz, siniestro y obsceno; incienso que arde y estiércol; y el almizcle domi-

nándolo todo de una manera irritante, que descorazona, insostenible.....

Aquella ciudad es Singapoore. Entre la multitud pasan indios bellos como dioses, malabares, malayos, parsis, ingleses con casco de corcho, marineros de todas las marinas, y señoras galantes exportadas por el Japón; pero en medio de aquel hormiguero chino están como perdidos y ahogados.....

Á lo largo de la calle Mayor, que es la central, los templos de todo aquel mundo se levantan bajo aquel cielo eternamente pesado; pagodas indias de figuras misteriosas; pagodas de la China con dibujos diabólicos, horribles; mezquitas musulmanas; iglesias de Cristo, protestantes ó romanas..... Todas, unas al lado de otras, en una fraternidad alarmante, que los agentes de policía ingleses están encargados de mantener.

Las diez de la noche.—Un cafetín cantante. Es de madera, pero tiene proporciones monumentales, con una columnata severa imitando de un modo irrisorio un templo griego. Una orquesta de mujeres húngaras ejecuta ruidosamente un vals de

Strauss. Después una bordelesa viene á decir en la plataforma una canción popular. Y unos cuantos indios, que se dedican á la venta de aves, circulan entre las mesas de bebedores de pale-ale, ofreciendo beugalís, asombrosos loros y cotorras multicolores que parecen pintadas.

Doscientos metros más allá, un jardinillo y unas *misses* inglesas que se pasean sobre un verde césped segado á la inglesa. En medio, una grande iglesia con negro campanario de estilo sajón. Pero en el aire hay algo pesado que fatiga y bandos de aves.....

Las once de la noche.— Á dos pasos, carruajes y muchedumbre; el gran patio que rodea la pagoda india está vacío y silencioso. Hace luna, una de esas lunas del Ecuador que se parecen á un mediodía de color de rosa. La pagoda dibuja bajo aquella luz un raro matiz, sus múltiples cúpulas formadas por filas y pirámides de dioses, con sus grandes sombras azuladas, y parece ligera como una cosa encantada que puede desaparecer; parece impregnada de esencias sobrenaturales, y alrededor reina una tranquilidad religiosa. Se siente uno

allí muy alejado de toda aquella China abyecta que hormiguea fuera. Por las puertas del santuario, que están abiertas, se ven lámparas colgantes que están ardiendo. En el fondo aparecen dioses de grandes y maléficas cabezas, rodeados de signos desconocidos; hay delante de ellos flores tiradas y sin tallos que esparcen un perfume de jazmín y tuberosa.

Tres ó cuatro indios están allí velando, jóvenes apenas vestidos con un paño corto, con cabelleras de mujer que les llegan hasta más abajo de los hombros; tienen una expresión salvaje, y lo blanco de sus ojos parece esmalte. Su cara es hermosa y sus mejillas imberbes; mas sobre su pecho redondo crece una chocante pelambreira negra: su conjunto asombra y repugna; parece que tienen algo de la mujer, del mono y de la fiera.

A pesar de hallarse tan cerca del dios, hablan y se ríen muy libremente, como gente familiarizada.

Uno de ellos coge un brazado de flores de jazmín atadas formando guirnaldas, y atraviesa el patio á la luz de la luna de color de rosa. Y se va

hasta una capilla donde está relegado un ídolo que parece más antiguo. Es un dios de seis brazos, con peinado alto y ojos de cristal, con la expresión siniestra y feroz, la actitud viva, contorneada, atormentada: está allí solo, sin más que una lamparita encendida por deferencia delante de él.

Y el efebo coloca á sus pies, en una bandeja que está en el suelo, sus flores de jazmín, sin mirarle siquiera, como si llevase el alimento á una fiera.....

Las doce de la noche. — Las últimas luces de Singapoore y sus últimas casas han desaparecido tras un repliegue del suelo; estamos en pleno campo, en pleno verde. En las puertas mismas de la ciudad comienza la vegetación poderosa, inextricable, que cubre toda aquella península malaya.

¡Qué noche tan hermosísima hace! Árboles parecidos á nuestros robles, á nuestros álamos, á nuestras magnolias, pero en proporciones mucho mayores; y luego cubiertos de grandes flores olorosas.

Y helechos y palmeras. Palmeras que afectan todas las formas, y luciendo bajo la luna como follajes de metal; primero, los cocoteros de inmensas palmas majestuosas; luego, los arekieros con

ramilletes inmensos de plumas rizadas, á extremas alturas, al fin de largos tallos delicados, finos y derechos como los juncos de las lagunas. Y los más extraños de todos, los *árboles del viajero*, con grandes hojas muy simétricamente desplegadas sobre un solo plano, como la cola de un pavo cuando hace el abanico, semejantes á gigantescas pantallas de China plantadas en los bosques. Y toda aquella hojarasca tan verde, que aun á media noche, bajo aquella luz sonrosada de la luna, es, sin embargo, de un verde maravilloso.

El camino estaba muy solitario. Pero he aquí, al fin de la bóveda de ramas, los faroles de varios carruajes que se acercan á todo correr, pero sin ruido de caballos.

Pasan; son muy pequeños; en cada uno va un marinero inglés vestido de blanco y tirando un chino, desnudo, jadeante de cansancio.

Sin duda celebran una justa aquellos marineros; están celebrando una apuesta sobre cuál de ellos llega antes; muy correctos y muy graves, excitan á sus carreristas de alquiler con gritos, palabras y palmadas.

Cuando pasan y desaparecen, todo cae de nuevo en la tranquilidad misteriosa de la media noche. Se ve turbio, como al través de una niebla verde, bajo aquellas bóvedas de árboles que tamizan la luz dulce; pero de cuando en cuando aparecen claros rayos de luna que descienden de lo alto, por agujeros que iluminan recortes de helechos ó grandes palmas admirables, inmóviles como en el jardín de una comedia de magia.

¡Oh! ¡aquel silencio, aquel esplendor, aquella música ligera de cigarras, aquellos olores de tierra, de aromas y de flores!

Y siempre el olor irritante del almizcle dominándolo todo, hasta en pleno bosque. Todo está almizclado en aquel país malayo; incluso unos animales nocturnos parecidos á ratones que á cada minuto atraviesan el camino muy de prisa, haciendo «¡cuic, cuic!» con voceillas alegres de pájaros, y dejan en el aire pesado el rastro almizclado de su olor.....

MAHÉ DE LAS INDIAS.

I.

Viernes 1.º de Enero de 1884.

Un pequeño país tranquilo bajo una bóveda de palmeras.

La bóveda no se acaba nunca; está tendida como un toldo sin fin sobre las personas y las cosas. Las palmas gigantes dejan apenas algunos agujeros por donde ver el cielo y por donde bajen los rayos; se enredan, se aplastan, unas desplegándose como admirables plumas de amazona, otras arregladas en ramilletes floridos como penachos, ó bien inclinadas desmayándose. Y esta bóveda que llega hasta muy arriba se encuentra, sin embargo, soportada ligeramente por largos tallos finos que tienen flexibilidades de cañas; debajo se circula en

una sombra que es eterna, en una transparencia verde oscura.

Por la tarde, hacia las cinco, desembarco allí sobre la arena, en la embocadura de un arroyuelo que forma como un corte, como una bahía sinuosa en la espesura de aquellos árboles. Vengo de lejos, de la extrema Asia, habiendo olvidado casi aquel encanto, aquel esplendor de la India; de suerte que es agradabilísimo volver á encontrar todo aquello, que es único é incomparable. El sol, ya bajo, ilumina de color todo aquel río por donde yo llego; las palmas que toca son doradas, asombrosamente doradas, y el aire está como lleno de oro en polvo. Sobre las orillas de los dos ríos, al pie de aquellas palmeras que constituyen inmensas cortinas verdes, hay grupos de indios que miran acercarse á mi barco; están colocados de un modo soberbio como dioses, vestidos con lienzos blancos, rojos ó anaranjados: ellos, sus árboles y su país parece todo él bañado por una luz de apoteosis.

Una casa con galería, muy blanca con postigos verdes, está situada allí, á la orilla del agua, sobre

una peña que forma promontorio; casa bastante bella, muy antigua, que data de la *Compañía de las Indias*: es el *Gobierno* de aquella colonia sombría.

Algunos pasos por la arena, y entro en un jardín bajo, dependiente de aquella residencia, encima del cual, como por todas partes, la bóveda de hojas se tiende. Bajo aquella sombra deliciosa, parece el jardinillo de una hada: flores desconocidas; follajes tan brillantes como flores, morados, rojos, manchados de blanco y de amarillo, como si se hubieran pintado á capricho. Las alamedas derechas, siguiendo la moda antigua; los asientos de piedra, verdecidos por el musgo, tienen cierto aspecto de vejez y de abandono, como esas casas de campo en que, habiendo muerto los amos, nadie va ya.

Franqueado el jardín, cerrada la puerta, me encuentro delante de mí con una cosa que parece una calle que se abre paso trabajosamente entre las palmeras: se creería estar en una de nuestras aldeas del Mediodía de Francia, muy vieja y desierta, que se hubiese trasplantado allí y que

hubiese quedado aplastada por la poderosa savia tropical. Las soberbias palmeras todo lo sumen en la sombra; pero están todavía doradas de un modo inverosímil en su cima por el sol poniente; y ¡cuán bajas parecen las casas, cerca de sus largos y esbeltos tallos!..... Hay una pequeña alcaldía con la bandera tricolor; cipayos bronceados, con blusa encarnada, de centinela en la puerta; hay un pequeño hotel extraño para no sé qué viajeros; una casa-escuela, y tiendecitas donde los indios venden bananos y especias. Después de esto ya no hay nada; todo se sumerge en calles de árboles y se pierde en profundidades verdes. La tierra está encarnada como sanguinaria, haciendo parecer más brillante y sobrenatural el color de los follajes. En lo alto, los rompimientos que dejan ver el cielo, y que se advierten aquí y allí en los intervalos de las palmas, están brillantes de luz y parecen de una profundidad extrema. Y entre aquellos árboles flexibles que mecen por encima de los caminos sus grandes ramilletes de plumas, pasan y vuelven á pasar nubes de aves, lanzando gritos roncós. Una vida exuberante y

magnífica existe en la Naturaleza, en los animales y en las plantas; pero el pueblecillo allí cobijado parece muerto.

Todas las personas que se encuentran en aquellos caminos de sombra son bellas, tranquilas, nobles, con grandes ojos de terciopelo, de esos ojos de la India con un misterioso encanto negro. Medio desnudo el torso, van vestidos como en la antigüedad, con muselinas blancas ó encarnadas. Las mujeres con ademanes de diosas, mostrando admirables gargantas morenas que parecen copias en bronce, casi exageradas, de los mármoles griegos. Los hombres con el pecho dilatado y la cintura delgada como ellas; solamente que con los hombros un poco más anchos, la barba de un negro azul, rizada á la antigua. Dicen «buenos días» en francés, como los aldeanos de nuestro país, pareciendo como orgullosos de continuar siendo nuestros; se ve que tienen deseo de detenerse y de hablar: los que saben nuestra lengua sonríen y entablan conversación sobre la guerra, sobre los asuntos de China, diciendo: «*nuestros marinos, nuestros soldados.....*» cosa inesperada y extraña. Sí,

aquí estamos verdaderamente en Francia. Entonces me acuerdo de aquel indio que, acusado una vez ante el tribunal de Saigón de no sé que tratada, contestó al juez, que le trataba de salvaje: «Nosotros éramos franceses doscientos años antes que vosotros.....»

Se encuentran también especies de carros cubiertos, cada uno tirado por una pareja de bueyes blancos, con joroba de camello, con su largo y extraño rostro sin expresión. Son los únicos animales de tiro de aquella región: transportan á Fellichery ó á Cannanore, las ciudades de la India inglesa más próximas.

Hay multitud de caminos anchos que se cruzan bajo la bóveda de palmas, como si fuesen las calles de una ciudad. Casi todas están profundizadas en el suelo, y por tanto, más húmedas y sombrías; los dos taludes que las limitan, tapizados de exquisitos helechos, de delicados musgos.

En el oquedal espeso se encuentran vestigios de las murallas que rodeaban la ciudad de Mahé, en el tiempo en que era grande: las ruinas de sus puertas, estilo Luis XIV; las ruinas de sus puen-

tes levadizos. En efecto, todo es antiguo en aquella colonia, hoy casi desierta; tiene un pasado como nuestras ciudades de Occidente, y estos recuerdos del gran siglo, que duermen bajo magníficos sudarios de follaje, le prestan una melancolía especial.

Los transeuntes son de diferentes castas y de diferentes colores: los unos morenos nada más, con lo blanco de sus grandes ojos teñido de azulado; los otros casi negros, con aspecto salvaje, pero bellos también, con la incomparable belleza india. Y hasta hay algunos (los notables del país, sin duda) que visten traje europeo y que acortan su paso cuando nos cruzamos, como los niños cuando quieren que se les mire. El traje les cae bastante mal, y es lástima; las mujeres, por ejemplo, estarían muy ridículas, si no fuera por las miradas que lanzan, que detienen todo deseo de reir, y que se recogen al paso como misteriosas flores de tinieblas.

Esparcidas al azar bajo el bosque, se hallan las casetas indígenas, rodeadas de bananos, de lantanas floridas, de hibiscus rojos, de toda una vegeta-

ción que hace jardín encantado, á la sombra de la eterna bóveda de las palmas verdes. Casitas cuyas paredes son blancas, las ventanas sin vidrios, defendidas por rejas; dentro no se ve apenas, á causa de la espesura del follaje, pero todo está desnudo y casi vacío. Hay siempre sobre una mesa un tintero de nácar y papeles; allí se escriben, como cosas corrientes y sin importancia, aquellas viejas máximas de la India que se remontan al principio del mundo, y que nuestros sabios estudian para buscar los orígenes de nuestras lenguas de Occidente.

El día se va..... la luz baja á toda prisa..... Hay todavía un poco de oro que se arrastra acá y allá en la cima de las palmeras, y luego estos últimos reflejos se extinguen, la «noche verde» se hace sombría en todas partes, y una especie de tristeza se derrama por aquellas avenidas de árboles, cada vez más solitarias. Cerca de mí pasa una mujer de mejillas ligeramente bronceadas, vestida con un traje blanco europeo. Con su traje fuera ya de moda, su talle esbelto y sus cabellos de rizos negros, produce la impresión de una de

esas jóvenes criollas de las novelas de otro tiempo, alguna «Virginia» ó alguna «Cora», y yo la sigo con la vista con un interés melancólico. Sin duda no era más que una india muy pobre, porque penetra en la espesura, se desliza, como entrando en su casa, en una cabaña oculta entre las ramas, y desaparece allí, en el silencio y la obscuridad de aquel asilo aislado.....

En seguida se cruza conmigo un hombre, con la ligereza silenciosa de un flavo, en aquel camino cada vez menos iluminado. Éste es de otra casta, de otra raza más primitiva; casi desnudo, con cuchillos en su faja, la piel muy oscura, el pecho cubierto de un vello tan áspero como la piel de un oso. Se para ante una palmera inmensa, más derecha que el mástil de un navío, y se pone á subir con pies y manos, muy de prisa, como si tuviera algún negocio urgente que despachar allá arriba antes de la noche. ¡Éste sí que se parece al mono!..... Le pierdo de vista en la bóveda de las palmas, que está ya negra del todo.....

En el último crepúsculo, cuando vuelvo al río para embarcarme en mi bote, unos niños de cabe-

llos largos, con el talle atado en paños muy apretados, me rodean para venderme abanicos de ve-tiver, naranjas, ramos que yo no veo bien, pero que huelen á tuberosa y á alguna otra cosa exquisita que se sube á la cabeza.

Merced á unos cuantos golpes de remo franqueamos la barra de aquel río en miniatura. Entonces el mar se extiende ante nosotros como una soledad de nácar verde, de un nácar de reflejos cambiantes y que sería luminosa por sí.

Los ramilletes que aquellos niños me vendieron huelen más en la obscuridad, á medida que la tierra se aleja con las demás exhalaciones que en ella reinan; y tenemos que dejar detrás de nosotros sobre el agua, en un suave rastro, aquel olor de tuberosa.

El horizonte, rojo en la base, luego morado, luego verde, luego color de acero, color de pavo real, está matizado como un arco iris. Las estrellas brillan de tal modo, que aquel día parecen más cercanas de la tierra, y desde el punto por donde el sol se ha puesto parten todavía grandes haces de rayos, muy claros, muy acusados, que

atraviesan toda la bóveda inmensa, como zodiacos de color de rosa trazados en una esfera azul sombrío. A pesar de ser de noche, aparece por todas partes una especie de iluminación mágica, una fiesta de luz.

II.

Sábado 2 de Enero.

Mahé no tiene rada, y á causa de los bajíos hemos tenido que detenernos ayer al llegar, y fondear á tres millas mar afuera; estamos en alta mar, en plena mar azul, no en la India, sino cerca de la India; distinguimos, como cosas casi lejanas, la línea de sus selvas y los recortes irisados de sus grandes montañas.

Hoy hace tiempo tranquilo; una débil brisa que apenas consigue hinchar las velas de los bareos. Habiendo salido de á bordo á las doce, con la fuerza del sol, no salto á tierra sino á las dos.

Dos horas todavía dura el desmadejamiento del día, y la pequeña ciudad duerme bajo su espeso follaje; pero la sombra es tan grande, que casi se siente una impresión de frescura al abrigo de aquellas palmeras.

En el camino de Cannanore, que he tomado al

azar, seguido de dos indios charlatanes, oigo de pronto salir de un jardín una música asombrosa. Se trata, á lo que parece, de unas bodas que se celebran allí con mucho ceremonial: hay una compañía de bailarines ajustados que han venido de Cannanore, y que van á ejecutar bailes de conjunto; y puedo entrar, según me aseguran, siendo muy bien recibido, porque los novios son *franceses como yo*, lo mismo que toda su familia, por más que su casa esté situada fuera de nuestra colonia, en tierra inglesa.

Aquel jardín está cubierto de velas blancas atadas á los tallos de las grandes palmeras por guirnaldas de follaje. En el fondo se ve la casa, y al lado, sobre una estrada, están sentados hombres que tienen collares de oro y trajes de muselina: son los convidados á la fiesta, gentes cualesquiera que habitan las casas de los alrededores; sin embargo, parecen una asamblea de dioses: tan bellos son sus rostros, y tan reposadas sus actitudes, y tan grandes y profundos sus ojos. Llevan una vestidura ligera atada en uno de los hombros y dejando ver sus brazos desnudos, con una mitad

de su torso admirable. Cae sobre ellos, á través de la tienda, á través de la bóveda más alta de las palmeras, aquel reflejo de oro, aquella eterna claridad de apoteosis que es en la India la luz de todos los días. Me hacen sentar en un puesto de honor, y me avergüenzo yo cerca de aquellas gentes de mi chaqueta ajustada con una fila de botones, mi sombrero ancho, del aspecto que tengo conciencia de ofrecer..... En la casa están las mujeres, medio veladas, medio ocultas, mirándonos por las ventanas. Hace un calor irrespirable en medio de la multitud; parece que aquella luz de oro, que está esparcida por todas partes y tan hermosa, es una incandescencia del aire. Perfumes almizclados salen del suelo, de las plantas, de los árboles, de los indios que me rodean.

La fiesta comienza por un baile de niños, muy lento, sobre un ritmo triste, marcado por platillos. Unos treinta niños que se habían formado en círculo, saltan dulcemente, y giran, con la vista apagada como si tuvieran sueño. Llevan en la mano izquierda un escudo y en la mano derecha una espada ancha y corta..... ¿Son niños ó niñas?...

A primera vista no se sabe. Pero todos son bonitos, con sus grandes ojos orlados de pestañas negras. Los cabellos rizados, atados á las sienes por una cinta, como en lo antiguo, y luego caen sueltos sobre los hombros hasta la cintura. El pecho grueso y arqueado, la cintura notablemente delgada, rodeada de paños muy largos atados con holgura. Siluetas demasiado esbeltas, que tienen algo que no es natural, que les hace parecerse á los personajes hieráticos de los bajos relieves egipcios; son la explicación de aquellas antiguas pinturas de la India, donde se ven seres muy bellos, de un sexo ambiguo, con el pecho redondo, sin caderas, la cintura tan delgada que parece saltar, una gracia medio mística y medio sensual.

Al principio, aquello no era más que una especie de marcha cadenciosa, con un canto grave; poco á poco se va acelerando, y crecerá cada vez más. Todos los escudos chocan á compás con un ruido seco; las espadas, con un sonido claro de metal. A cada instante hay cambios bruscos de ritmo y de melodía. Más de prisa, cada vez más de prisa; aquellas voces de niños, que al principio cantaban

con dulzura, comienzan á aullar de un modo siniestro, como voces de demonios. Cada vez más de prisa, y los escudos chocan cada vez con más fuerza. En la orquesta también hay ahora una fiebre; los que tocan el tambor se agitan con frenesí; los que soplan en las flautas tienen los carrillos ahuecados, las venas hinchadas, los ojos inyectados en sangre. Parece un *crescendo* de gaitas corriendo tras de platillos. Un viejo, con cara de brujo, que dirigía el baile tan sólo por señas, acaba de tomar una pata de animal colocada en la punta de un palo, y como si él mismo se hubiera puesto furioso, con los ojos fuera de sus órbitas, pega á derecha é izquierda y sin reposo en las nalgas de los que se retrasan, los cuales saltan más alto y aullan más. No se distingue nada más que una mescolanza de bracitos, de piernas, de cuerpecillos que se retuercen, de cabelleras sueltas que se alargan como serpientes negras. No puede menos de seguirse, jadeando también, con una especie de angustia, aquella exasperación creciente de movimiento y de ruido. Se ha convertido la fiesta en un clamor estridente que desgarrá, un

torbellino, un vértigo, una cosa del infierno....

Y luego, de pronto, todo aquello se detiene, de golpe: bailes, músicas, súbitamente apaciguado, fijado, silencioso. La figura ha terminado; con la mayor tranquilidad del mundo los pequeños ejecutantes se limpian la frente, y el director, ahora muy paternal, les da de beber.

En seguida aparecen unos adolescentes, casi hombres hechos, que se agrupan en corro como los niños de hace un momento. Como ellos, también tienen el talle delgado, los senos salientes, largos cabellos de un negro lustroso, y en los menores gestos una gracia femenina exquisita; todos son de una belleza extremada, con músculos mejores que los antiguos, con atavíos más delicados.

En la primera parte abandonada de su baile hay paradas llenas de languidez, actitudes desfallecidas, moribundas. Su *crescendo* es terrible, y hacia el fin, á su paroxismo de frenesí se mezcla algo de erótico. De pronto, he aquí que todos se levantan como sorprendentes clowns, lanzándose todos á un tiempo como por un inmenso trampo-

lín, giran sobre sí mismos cabeza abajo, en el vacío, y vuelven á caer de pie, y vuelven á comenzar indefinidamente sus saltos, al ruido de una música sin nombre que mete miedo. Se ven algunos que parecen tendidos en el aire, dando vueltas con el cuerpo horizontal, como en una especie de caída perpetua, sosteniéndose merced á su velocidad, rechazando de cuando en cuando el suelo con una patada nerviosa, sosteniéndose contra todas las nociones que se tienen acerca del equilibrio de los seres. Sus grandes cabellos desenroscan sus rizos negros como sobre cabezas de furias. El choque precipitado de sus pies descalzos hace temblar el suelo, que resuena sordamente en cadencia. Cuando se les mira se va la cabeza; todas aquellas exhalaciones cálidas, aquel aire pesado saturado de perfumes, aquella luz de oro en que están bañadas las cosas, aquella bóveda de palmas que aplasta, aquellos sonidos desgarradores de las gaitas, las contorsiones de aquellas carnes, el vértigo de aquel movimiento—todo esto se apodera de uno poco á poco, como una embriaguez; la cabeza se aturde, y acaba uno por languidecer

en aquel exceso de ruido, sin ver ya nada.....

Aquella Mahé es más grande de lo que se piensa. Cuando se pasea por aquellas verdes alamedas, se descubren poco á poco barrios cuya existencia no se sospechaba al principio; tan bien ocultos estaban entre las palmeras: una iglesia construída en una plaza, ó más bien, en un claro del bosque; una casa rectoral, apacible y campestre; un conventillo con hermanas de la Caridad; luego algunas casas altas habitadas ahora por indios pobres, pero que han guardado del antiguo tiempo un cierto recuerdo suntuoso.

La iglesia ofrece un aspecto sencillo, un poco *colonial* bajo su capa de cal blanca; pero es bastante vieja para tener ya un encanto de *pasado* y producir el recogimiento como nuestras iglesias de Francia.

En seguida un barrio completamente indio, animado, casi ruidoso; grupos donde se canta; un gran brillo de paños blancos ó rojos lanzados sobre torsos de color de ciervo; tiendas de fruta, de curgas, de ropajes y de abanicos; un mercado de pescados, que se exponen en el suelo; siempre

aquel suelo de color de sanguinaria, y allí disputas de pescaderas indias arrugadas, espantosas, con barbillas colgantes como los pechos de las cabras negras, como sacos vacíos, con anillos pasados por la nariz y que se la desgarran.

La caída de la tarde me coge más lejos, en el barrio salvaje de los pescadores. En la gran playa delante de las rompientes, enfrente del Océano Índico, que desarrolla su infinita extensión, sin una isla, sin un arrecife, sin una vela; está movido aquella noche por un viento tibio que sopla del Este, y mi navío aparece en el fondo, muy lejos, visible apenas, solo, perdido al extremo de aquella agitación azul. Ved aquí unos pescadores desnudos, con brazos de bronce, que arrastran una ancha piragua hacia el mar, aprestándola para alguna expedición nocturna, y lanzándola en las olas que braman, donde pronto desaparece. A mi alrededor hay casuchas de caña que me recuerdan no sé qué, que he conocido en otra parte; hay grandes cocoteros delgados, que columpia el viento marino, con un ruido oído ya otras veces, ya familiar. Y ando por un suelo sembrado de palmas

secas, de guijarros negros, de ramas de coral..... ¡Cómo se parece todo esto á la Polinesia!..... Entonces siento un escalofrío, y no paso porque hay algo invisible que me aprieta..... Recuerdo muy palpitante, muy rápido, muy pronto borrado; una vez más aquel encanto y aquella tristeza de las playas de Oceanía, que no he sabido nunca expresar con palabras, que he acabado por olvidar con los años, pero que vuelve de cuando en cuando á turbarme misteriosamente.

III.

Domingo 3 de Enero.

A las cuatro, al acabar mi servicio, todos los botes de á bordo han partido. Para ir hoy á tierra voy á fletar una de esas piraguas indias que han venido hasta nosotros para traer cocos á la tripulación.

Piragua larga, delgada, airosa, con forma de flecha «ligera», como llaman en marina á esos barcos inestables que un soplo arrastra ó vuelca, y ya llena de agua. Tendré que hacer tres millas de aquí allá con remeros, contra unas olitas rizadas que salpican, lo cual durará más de una hora. ¡Tanto peor! Me embarco y me instalo. Es uno lo exactamente grueso para sentarse en aquel cascarón afilado.

Partimos con grandes gritos, y los rocíos nos ciegan. Pero al cabo de cien metros, los remeros parecen reflexionar, y se paran: me han aceptado

de buena gana como pasajero; pero, sin embargo, antes de ir más lejos, les agradecería saber cuánto pienso pagar.....

Cuando he prometido pagar una *rupia*, ó quizá más si los remos van de prisa, aquello se convierte en entusiasmo; abren un gran paraguas para quitarme el sol, me abanicán, hasta se esfuerzan por distraerme con sus cantares.

El indio que se ha encargado de cantármelas se agacha enfrente de mí, muy cerca, muy cerca, hasta el punto de impedir mis movimientos. Estamos los dos sentados en el agua, en el fondo mismo de la estrecha piragua, tocándonos con las rodillas. Nuestros ojos están más bajos que las pequeñas olas azules que se mueven alrededor: circulamos en medio de ellas, en su intimidad, si así puede decirse, viéndolas casi siempre por debajo, como si estuviésemos echados en el agua como los nadadores. Cualquiera diría que habían desleído añil; tan vivo tienen el color.

Las canciones del indio son largas y siempre las vuelve á empezar: los tripulantes al remar las acompañan. Me las canta acercándose todo lo que

puede; me las grita en mi cara, abriendo su boca cuanto le es posible, mostrando hasta el fondo su blanca dentadura; siento en mis carrillos su aliento, que tiene algo del olor almizclado de las serpientes. En ciertos parajes, aquello no es ya un cántico, es una especie de aullido por sacudidas que se repiten, durante el cual sus dientes chocan muy de prisa como si temblase. Entonces tiene un aspecto muy salvaje, y á pesar de su belleza, parece un mono muy grande.

En vez de entrar en el riachuelo, como de costumbre, atracaremos, á lo que parece, delante del pueblecillo de los pescadores, en las rompientes, en la gran playa. Dejo que hagan lo que quieran, pues hoy nada tengo que ver con las maniobras. Vamos muy de prisa, sacudidos por los grandes golpes de remo, columpiados por las olas azules, sintiendo el sol ardiente sobre nuestras cabezas.

—¡Las rompientes, la playa!

Mis indios se meten todos en el agua, lanzando grandes gritos; empujan su piragua hacia el coral; me tienden sus brazos para que me sirvan de escala, y salto á tierra, salpicándome un mar de espuma.

Las cinco y media de la tarde.—El sol, ya bajo sobre el mar, ilumina las palmeras por debajo; sobre todas sus largas tiras grises hay como un reflejo de incendio. La luz es siempre de oro; pero en aquel momento es de un oro rojo, más sorprendente que el oro de la mañana y que el oro del día. Tres personajes que surgen de debajo de los bosques me salen al encuentro para verme: dos viejos de barba blanca con cara noble, vestidos como los santos de nuestras iglesias, y una joven con el cuello desnudo, de una belleza extraordinaria lleva una cesta en la cabeza.

Al mirarlos cómo vienen del fondo de aquella decoración maravillosa, en aquella irradiación dorada, pienso en alguna escena del pasado prehistórico más lejano; así es como en mi imaginación me representaba yo en otro tiempo las primeras edades del mundo, donde todo era bello y tranquilo, en que los seres y las cosas resplandecían de un modo que hoy no conocemos.

Sin objeto alguno erraba yo á la hora del crepúsculo por las avenidas sombrías que conducen al Gobierno. Es un domingo por la noche, y en

aquel barrio casi europeo hay gente que se pasea con *ropa de día de fiesta*; indios é indias con trajes franceses; señores con gaban negro; señoras con sombrero de plumas y flores. Y esto recuerda bien el paseo después de visperas en nuestros pueblecillos de Francia. Es curioso ver cómo en ciertos momentos todos los países llegan á parecerse, cómo se parecen las cosas en todas partes, y cómo la especie humana es una, y qué pequeña es la Tierra.....

Entre todos estos niños que salen de las casetas y siguen mis pasos como moscas, hay dos que consiento en tener á mi lado en calidad de *guías*, conmovido por sus instancias. Son dos hermanos de diez á doce años, y dicen en francés: «Mire usted, señor, somos huérfanos, somos muy pobres; tú nos darás lo que quieras y quedaremos contentos.» Hablan bien, aproximadamente, pronunciando despacio y con un acento extraño. Son muy agradables, y parecen, en efecto, muy pobres, no teniendo para vestirse más que unos paños hechos jirones. Nos convenimos; me seguirán en mis pasos, uno á la derecha y otro á la izquierda, hasta la hora de mi partida.

Llega la noche, siempre de prisa bajo todas aquellas palmeras. En la única calle y en los paseos que están cerca del Gobierno, se encienden faroles de petróleo, colocados en el extremo de unos palos de madera, lo cual completa el falso parecido que tiene Mahé con una ciudad francesa invadida por la vegetación exótica.

Hay una especie de inmensa avenida que no se ilumina, pero en la cual hay alguna mayor claridad, porque tiene de anchura cien metros por lo menos: es como una especie de calva recta en la selva de palmeras que lleva á la tierra inglesa. Precisamente, en medio de este camino gigantesco corre un pequeño sendero alomado para los transeuntes (el resto por los dos lados son arrozales inundados, llenos de agua). Y aquel día paséanse por aquella loma las gentes de Mahé, al aire libre; sin duda esto les sirve de reposo y distracción de aquella continua vida bajo el follaje. En aquella hora crepuscular los campos de arroz se parecen á nuestros campos de Francia antes de la cosecha; y como muchos de los paseantes están en traje europeo, aquel conjunto de cosas continúa

produciendo una impresión de domingo campesino, recordando los paseos de las tardes de Junio en nuestras aldeas francesas en medio de los trigos. También pasan las hermanas de la escuela, seguidas de una fila de indias que van de dos en dos correctamente: trigueños diablillos de amor, que se ven con mucho gusto. Cruzo muy de cerca á aquellas colegialas en el sendero en relieve que no permite separación: tienen pechitos ya formados y pequeños desarrollos ya indicados. Todas, una tras otra, alzan la vista hacia mí, mirándome con sus hermosos ojos, que son profundos abismos negros, como diciéndome:—Estamos tan formales y tan modestas con nuestras tocas blancas, por broma, por pura broma, pues esto no ha de durar; somos de la sangre de las bayaderas y de las apsaras, y contamos con tomar pronto el vuelo cuando transcurra algún tiempo, cuando seamos bastante grandes.—Han pasado sin desorden y sin ruido, volviendo á adquirir á alguna distancia su aspecto de novicias. ¡Extraño y menudo cortejo el que tienen aquellas hermanas y que les dará que hacer más tarde!

De cada lado de aquel espacio vacío en medio del cual nos paseamos, se extiende como una magnífica cortina sombría, el límite de los bosques de palmeras, donde ya no debe verse nada. Las cigarras cantan; el cielo presenta un matiz purpúreo completamente extraordinario, como si se quemasen luces de Bengala, y las estrellas que comienzan á brillar se parecen á pequeñas luces verdes sembradas en un fondo rojo.

Entablé relación ayer con dos amigos, y vuelvo para verlos: dos viejos indios que tienen una tienda de bananos y de especias á la orilla del bosque. ¿A quién venderán esto? Nadie pasa por delante de su casita aislada; entre ellos y el camino alto, por donde pasan algunas personas, está el arrozal. Llego allí con mis dos guías inseparables; me reconocen, y en seguida se ponen á escoger los mejores bananos para hacérmelos comer. Luego me instalan en una estera delante de la puerta y encienden la lámpara colgada, que es de cobre y de una forma antigua, con varias ramas formando estrellas.

Esta caseta tan pequeña, tan ínfima al pie de

los grandes árboles, está asentada sobre cinco ó seis hiladas de piedra, formando escaleras como un templo. Empieza ya á no verse nada. Los transeuntes comienzan á escasear por el paseo: ya no son más que formas indecisas, negras ó blancas. El cielo sigue rosado y rojo, con todas sus estrellas encendidas encima, y el límite de los bosques de palmeras se destaca sobre aquel resplandor de arriba en series de plumas negras. Las cigarras cantan por todas partes en los campos de arroz. Hace casi frío. Los mosquitos vienen á zumbear alrededor de la lámpara colgada, en la cual se añade de cuando en cuando un poco de aceite de coco con una cuchara de mango largo. No pára casi nadie; el lugar se pone muy solitario. En esto llegan unos niños para verme; no sé de dónde salen aquellos pequeñuelos; sin duda del bosque que está detrás de nosotros. Se sientan á mis pies sobre aquellos peldaños, levantando la cabeza para mirar. A cada instante llegan otros, que no hacen ruido con sus pies descalzos; corriendo muy ligeros, con algún paño blanco que flota al viento sobre sus miembros morenos, aparecen y se colocan

sin decir nada como grandes libelulas nocturnas, como grandes saltamontes que se ponen en el suelo. Ahora son unos veinte, agrupados debajo de mí. Las largas plumas negras de las palmeras siguen recortándose sobre el cielo de la noche, donde las tintas rojas acaban de morir; un vapor fresco se levanta del arrozal y se extiende sobre toda la avenida como un humo blanco que flotase al ras del suelo sobre las hierbas.

Cuchichean bajo entre sí los pequeños en indio, manifestándose sus impresiones acerca de mí. Y luego están preparando alguna cosa para sorprenderme, lo estoy viendo claramente, para pedirme luego algunos cuartos como recompensa: ¿qué será?

De pronto uno de ellos, de unos diez años, se levanta grave, tose un poco como el que va á pronunciar un monólogo, y comienza con gruesa voz de papagayo, ronca, cómica:

La raison du plus fort est toujours la meilleure
Nous allons le prouver tout à l'heure....

¡Oh, lo que es asombrarme, me asombran! Es tan sorprendente aquello para mí, que si no estu-

viere solo me hubiera reído como un loco. Pero cuando uno está solo no se ríe uno nunca más que para sí.

Y todos me observan para ver el efecto que me produce. Por lo visto no sabe más: se para de pronto como un mirlo que ha silbado el principio de una canción; en su escuela no han llegado más que hasta allí.... Y mis pequeños guías opinan que haría bien en darle una moneda de diez sueldos por lo menos por su trabajo y su saber.

Es extraño oír á todos aquellos niños hablar nuestra lengua y considéranse muy honrados en ser de nuestro país.

..... Me voy. Comienza á ponerse triste aquel lugar aislado y negro. Y por lo demás, vestido de lienzo y sentado en aquellas piedras, empiezo á sentir como frío.

Me despido de todos aquellos *francesitos* que formaban mi cortejo de buen grado, quedándome solo con mis dos guías. Para utilizarlos en algo, les pregunto si no habría pagoda que visitar en las cercanías, pues no he visto ninguna en ninguna parte.

Precisamente hay una allí cerca, á donde van á acompañarme en seguida, por más que sea de noche. Es una pagoda de la religión de ellos, una pagoda *Tiss* (porque no son ni cristianos ni musulmanes aquellos dos pequeños; no, son *Tiss*, y me repiten la palabra, muy sorprendidos de que parezca que yo no los entiendo).

Al principio seguimos la orilla del bosque, que nos domina como una alta muralla negra inclinada sobre nuestras cabezas; marchamos por la vertiente de una especie de talud donde nuestros pies se deslizan en la obscuridad, hundiéndose de cuando en cuando en el lodo líquido del arrozal. Y luego entramos en pleno oquedal, por algo que debe ser un sendero; y henos bajo la bóveda de las palmas, en la noche espesa, en la noche absoluta. Me llevan cada uno con una mano, como dos perrillos inteligentes y cariñosos conducirían á un ciego, y me abandono, yendo con el paso vacilante de una persona que llevase los ojos vendados. Me guían con precauciones infinitas y con una habilidad de Pielés-rojas, manteniéndome siempre en medio del sendero, mientras que sus pies se en-

ganchan en las grandes plantas de las orillas ó se hunden en los agujeros. Hay cosas que se sienten escapar delante de nosotros en la espesura de las hojas; lagartos ó aves ó animales cualesquiera que dormían y á los cuales espantamos. A veces siento que me hacen pasar por una tabla delgada, mientras que sus pies se chapuzan ruidosamente en el agua: un puentecillo sobre algún arroyo que atraviesa el camino. Es tan de noche, que prefiero cerrar los ojos. Ramas, hierbas locas me azotan el rostro. Y siempre aquel olor cálido, almizclado, que sube de la tierra y que trastorna en cuanto se está debajo de los árboles.

Pretenden que llegamos. Entonces miro, y á través del encaje de las hojas veo una cantidad asombrosa de luces que brillan, que tiemblan, como prontas á extinguirse; luces tan pequeñas, tan discretas, que parecen resplandores de insectos. Por lo demás están distribuidas con mucha regularidad en filas: parece aquello un gran tablero de damas iluminado en todas sus esquinas por gusanos de luz.

Es la pagoda, dicen; es la fachada, que está iluminada de aquel modo extraño.

Entramos en una pequeña calva donde cae de arriba el resplandor de las estrellas, y esto consuela después de la obscuridad profunda y la sofocación de aquellos bosques. La pagoda está allí delante de nosotros, con su iluminación misteriosa, que tiembla á cualquier soplo imperceptible de la noche y que sigue apagándose. Es una pagoda muy humilde, muy baja, de madera vieja carcomida. En las tablas de la pared hay especies de cucharas clavadas por el mango por intervalos regulares, guarneciéndolo todo desde la base hasta el techo; están llenas de aceite, y en cada una de ellas se empapa una mecha encerada, como un tallo de hierba, que acaba de consumirse.

No hay nadie alrededor, y sin duda nadie dentro tampoco, porque la puerta está cerrada con cerrojo. ¿Quién es el que ha venido á encender aquellas lucecitas, tan poco duraderas, que parecen hechas para no tener más que algunos minutos de vida? ¿Para qué furtiva ceremonia aquellos preparativos de un momento? Mis guías no pueden decirme. *Se hace esto muchas veces por la noche..... cuando hay algo que pedir.....*

Toda aquella luz se apaga..... Vamos á volver á caer en la noche oscura.

Pero antes los pequeños me enseñarían de buena gana el interior de su templo, los ídolos que le habitan. Y helos aquí sacudiendo aquella vieja puerta, desgarrándose los dedos en los herrajes; resiste, hay que renunciar. En la pared los lumineros moribundos se siguen extinguendo. ¿Cómo arreglarse? A falta de otra cosa, querrian, por lo menos, presentarme un dios, uno antiguo, que se ha relegado por desecho detrás del templo..... Pero á éste no le encuentran..... ¡Ah, ya lo veo, ó más bien, lo adivino; debe ser aquella forma de espantoso gnomo, agachada en el suelo, adosada á la pared. Con una de las pequeñas mechas que brillan todavía, cogida con los dedos con exposición de quemarse, la iluminan por debajo de la barba, y distingo una figura horrible, rudimentaria, dos carreras de dientes, una frente y ojos carcomidos por el pulgón de los bosques. Al lado, fragmentos de escultura sobre la hierba, que parecen despojos de monstruos, de piernas, de quijadas.

Todavía otra cosa que enseñarme. Pronto, pron-

to. Se ve bien claro que están familiarizados con el lugar. Mientras el más pequeño, muy agitado, con los dedos llenos de aceite, elige acá y allá en las cucharas de la pared los cabos de torcida que todavía pueden volverse á encender, el hermano mayor se alza sobre la punta del pie, trepa y va á registrar bajo las vigas del techo..... Por fin, ha logrado poner la mano sobre el personaje que buscaba: un pequeño monstruo de madera, grosero, borroso, que tiene vagamente una cabeza de elefante sobre un cuerpo de hombre. Los dos se ríen en sus narices, y luego le vuelven á meter en su agujero á toda prisa. ¿Qué hace allí aquel dios, y por qué le tienen colocado en aquel agujero bajo los techos con los nidos de pájaros?

Han conseguido pescar otras torcidas: las encenderán una tras otra en el camino, y si andamos muy de prisa, aquella iluminación nos servirá á través de los bosques hasta la grande avenida de donde salimos.

Apenas alumbran aquellas extrañas lamparillas que sacuden con gestos escaldados; pero con ellas vemos de cuando en cuando alguna forma de hoja,

la parte inferior de una palmera, ó bien alguna flor de orquis que se destaca de pronto sobre el fondo verde sombrío.

Y luego ¡crac! tiran la última en la hierba, quemándose de verdad. Y heos aquí más dignos de lástima que nunca, sin que nuestros seis ojos juntos puedan ver ni una gota; mis guías se embrollan y me llevan á un macizo impenetrable, á un sitio en que me encuentro con los pies en el agua y con el cuerpo enredado por las ramas.....

.....
Por fin salimos del atolladero y volvemos á las hermosas calles derechas de los barrios civilizados.

En estas alamedas se ven correr por acá y allá grandes luces balanceadas sin cesar por un movimiento que las atiza. Son los transeuntes que se alumbran así, siguiendo la antigua moda india: un manojo de ramas encendidas que se lleva en la mano y que se sacude al andar agitando los brazos para avivar la llama. Aquellos lumineros se cruzan en todas las direcciones, agitándose y dejando en el aire un humo perfumado.

Una hora lo menos todavía antes del momento en que mi barco debe venir á la embocadura del río para tomarme, á fin de hacer la travesía nocturna de cada noche.

Aquí ya no hay nada que hacer. He pagado á mis pequeños guías, que ya no necesito; pero quieren permanecer cerca de mí hasta el fin, por desinterés, por afecto.

Delante de la iglesia, en medio de la gran plaza descubierta, hay un banco de piedra bajo un árbol. Un árbol que, por causa extraña, no es una palmera, pero que se parece casi, de noche, á uno de nuestros robles franceses. Me siento allí para esperar, con mis compañeritos á mi lado.

Alrededor de aquel sitio hay otros árboles, que forman como cortinas negras, en los cuales no se conoce ningún detalle, nada que indique una región precisa de la tierra. Y aquella iglesia que se levanta tranquila y blanca bajo las estrellas, me hace pensar en una de las aldeas donde pasaba yo los veranos de mi infancia. Los dos pequeños, que están cerca de mí contándome historias, hablan nuestra lengua, y muchos de nuestros aldeanos se

expresan menos bien que ellos. La hierba huele bien; los grillos cantan, como entre nosotros, en los esplendores del mes de Junio..... ¡Oh bella noche estrellada, noche tranquila, noche llena de dulces claridades, noche maravillosa!..... ¡Y decir que aquel banco de piedra, en el cual descanso con una tranquilidad tan deliciosa, está situado en un país lejano, perdido, donde los azares de la vida me han llevado por un día y donde sin duda nunca volveré! Es extraño, sin embargo, ver cómo se parece á otro cierto banco donde me sentaba en otro tiempo, hace mucho, por la noche, al raso.....

Aquel reposo en la obscuridad, aquel aire tibio, aquellos olores de hierbas, ¡con cuánta claridad me recuerda todo esto las noches de los primeros veranos de mi vida, en el campo, cerca de los bosques!..... Por el camino, delante de nosotros, pasan gentes rozando la hierba; apenas las vemos; su traje ya no se distingue, pero oímos las *buenas noches* que nos dicen. Pasan también carros arrastrados por bueyes y guiados por hombres á pie: á aquellas horas no se ve que son carros extraños, animales raros de cara larga y extravagante, in-

dios morenos con grandes ojos y con pendientes; no, se parecen á nuestros carros cuando vuelven de los campos; se parecen al regreso de las vendimias ó de las cosechas en nuestro país..... Siento que cada vez me sumerjo más en una especie de sueño del *país*, sentado al pie de aquel árbol caótico, que se ha convertido para mí en un roble de Saintonge: encima de mi cabeza, á través de su negro ramaje, veo brillar una multitud de cositas relucientes, que son estrellas. De tantos recuerdos amontonados en mi memoria, los más lejanos son los que persisten á presentarse en aquel momento, los de mi primera infancia.

En la época á que me refiero, y esto es muy cierto, los veranos en nuestro país no eran empañados y fugitivos como ahora; duraban más, y sobre todo tenían un esplendor sereno que han perdido. Los crepúsculos de Junio, me acuerdo bien, tenían una tibia languidez, y las noches una transparencia..... Era una como especie de irradiación misteriosa esparcida en la obscuridad; eran como la noche aquella..... Había olvidado todo esto, pero al cabo lo encuentro á mi lado, lo reconozco.....

Unicamente los gusanos de luz de Saintonge se estaban quietos en las hierbas, mientras que aquí revolotean locamente; el aire está lleno de sus pequeñas chispas de fósforo; es la única diferencia, todo lo demás se parece..... Pero ¿quién ha podido apagar aquellos hermosos veranos de otro tiempo y cómo he olvidado con los años la impresión de encanto que me causaban? Sólo de cuando en cuando puedo encontrar con trabajo en mi cabeza el rastro casi borrado..... ¡Qué diferencia entre los de hoy, que son pálidos y cortos y los primeros que pasé en la Tierra, que me embriagaban!.....

Comenzamos á oír á lo lejos algo como un ruido de tambores; luego, poco después, cánticos roncós, una especie de coro rápido, y, en fin, de pronto, en la negra cortina de los árboles, una de las grandes avenidas que ya no se veían parece abrirse, horadarse, iluminada en el fondo, allá abajo, por un gran número de blandones inflamados que agitan brazos humanos.

Los cantos se acercan. Es una porción de gente que llega. Ahora se distingue toda la bóveda de la

avenida, una bóveda de palmas iluminada desde abajo por todas las llamas rojas que aquellas personas mueven al pasar.

—Es una boda, señor—dicen los pequeños;— una boda de nuestra religión, señor; una boda de *Tiss*, y podemos *ir para ver*.

—¿Ir? No, no pienso hacerlo; ha turbado mis recuerdos la boda aquella, y la aborrezco.

Hela cerca ya; pasa delante de nosotros. Hay especies de abanicos en el extremo de unos palos, como en los desfiles egipcios; encima de los novios hay grandes quitasoles que por pompa llevan abiertos en plena noche. Gentes, trajes entrevistados á la luz cambiante de las antorchas, á la llama de las ramas que arden. Muselinas blancas echadas al azar sobre hombres cobrizos, velando apenas gargantas admirables; torsos que se inclinan y se columpian sobre delgadas cinturas; paños apretados que se asientan sobre las caderas; ropajes cuyos colores vistosos están combinados en el gusto indio. Las parejas se dan la mano, ó se enlazan poniéndose los brazos en la

cintura; parece que están embriagados de ardor amoroso, ebrios también con gritos y música. Cantan con frenesí; las cabezas están inclinadas hacia atrás, y llevan las bocas completamente abiertas. Oído de cerca, su cántico estridente desgarrador.....

No, no tengo ganas de *seguirla para verla*. Al contrario, á pesar de su belleza mejor quisiera no haberla oído nunca. Es que mis recuerdos tenían un encanto completamente raro y exquisito. Verdaderamente me había vuelto niño pequeño; recobraba impresiones ya olvidadas, deliciosas, inefables que me causaban mis primeras noches de verano. Había un abismo entre el yo que había vuelto á ser y ellos que pasaban.

Quisiera seguir en aquel banco y reanudar todo cuanto ellos han hecho que se disipe.....

Imposible; el olor almizclado de sus cuerpos ha alterado el aire; el ruido que hacían se lo ha llevado todo.

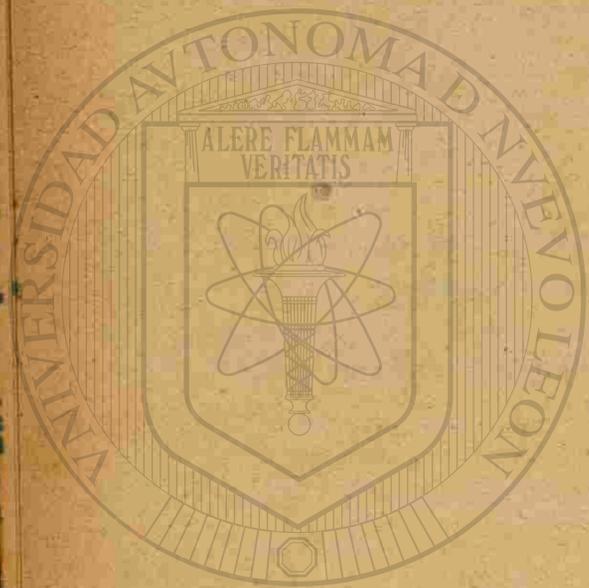
Mi sueñecito tranquilo de *país* y de infancia ha volado. ¿En qué estaba yo pensando? El *país* está lejos y todas las cosas frescas, exquisitas, del prin-

cipio de la vida acabaron para siempre. Esto es la India; estoy en la India, en la India de los pechos de bronce y de los hermosos ojos de terciopelo negro; en la India cálida, exuberante, espléndida! Pues bien, sí, la seguiré, *iré para ver*.....

Y me levanto, impaciente por incorporarme con aquel cortejo, que está ya lejos, perdido de vista, pero que alcanzaremos, dicen los pequeños, por un camino que conocen, por un atajo, si partiéramos en seguida, si corriéramos.

.

.



O BOCK.

AL PASO.

Amanece. Estamos en el golfo de Aden, región perpetuamente cálida y región de espejismos.

Delante de nuestra vista (volvemos de la India, con un cielo inalterablemente azul) el horizonte se halla como encerrado por pesadas velas de un gris violáceo y casi negro.

Para ojos marineros ejercitados en descubrir la tierra desde lejos, hay tierra allá abajo seguramente; sin verla, se la adivina en un no sé qué de opaco y de inmóvil que ofrecen las nubes. Y debe ser algo más que islas evidentemente; aun sin estar prevenido, esto se conoce sin temor de equivocarse, porque lo que obscurece el cielo con amontonamiento tal de vapores, debe ser macizo, potente, inmenso como los grandes contornos y las líneas

infinitas de un continente. Y en efecto continente era, el más profundo, el más inmutable de todos: África.

Al acercarse, en primer término se designa y se ilumina una llanura monótona de arena endurecida que á la salida del sol parece de tinta color de rosa, destacándose sobre fondos de intensa obscuridad. Más al interior, lo obscuro persiste y se acentúa, confundiéndose en la profundidad nubes y montañas á modo de caos en que se dan cita todas las tempestades de la tierra. A su vista se adquiere la conciencia del continente, de los desiertos espaciosos, formándose la impresión de África inmensa, cálida y desolada.

En algunos puntos se destacan arbustos que semejan ramos de flores pequeños y redondos, y lo verde es allí pálido, casi azul, por exceso de sol, y transparentes, por la ligereza y debilidad del follaje. El país que visitamos es el de los bankalis, dependientes del Sultán de Tadjura, y algo más allá, á lo largo de la costa, se tropieza con el establecimiento francés de Obock, rodeado de luminoso vapor movible incesantemente.

Se trata de una gran construcción nueva al estilo de las de Aden, y bien perceptible por su blancura sobre las arenas. Edificada por la Compañía que suministra carbón á los barcos que pasan, sorprende por su aire comfortable en medio de este país maldito.

Rodeada de un muro de tierra y con los restos de una torre elevada en el centro, tiene algo de ruina antigua, cuando en realidad sólo cuenta tres años de existencia.

Estos restos eran la primitiva habitación del representante francés, estilo árabe, que en una hermosa noche del último año vino á hundirse por efecto de una inundación repentina procedente de las montañas de Abisinia.

Una aldea de chozas africanas aparece después, del mismo color gris rojo que la tierra y la arena calcinada por el propio sol. Esas cabañas de paja y muy chatas, más bien que hogares humanos, semejan nidos de bestias.

En este lugar se divisan cuatro ó cinco personas vestidas como muñecas, de encarnado anaranjado ó blanco, de cuyos trajes surgen largos brazos ne-

gros; los demás habitantes se presentan desnudos y tienen siluetas de mono.

Y, por último, allá abajo hay una especie de cabo, y encima se levantan diez ó doce casitas, también rojas, simétricamente colocadas y con aspecto de ciudad fabril. Este grupo constituye el Obock oficial, el Obock del Gobernador y de la guarnición, formando gran contraste con la grandiosa desolación que le rodea.

Atravesamos aquellas aguas tranquilas de lo que se llama el *puerto de Obock*, que es, con efecto, un *puerto* y abrigo bastante seguro, aunque á primera vista no lo parezca, porque la cintura de coral que le protege se halla á flor de agua. Nos encontramos en uno de los puntos más cálidos del mundo; son las ocho de la mañana apenas, y ya se siente en las mejillas, en las sienes, una impresión abrasadora, como si se estuviera demasiado cerca de un gran fuego; y es que allí sobre el mar, sobre las arenas que deslumbran existe una terrible reverberación de sol. Pero es un calor seco y casi sano, si se compara á las humedades que dejamos atrás en Cochinchina y Anam. Los

vientos que allí soplan han pasado por los grandes desiertos sin agua del África y la Arabia, y forman un aire puro y casi vivificador.

Después de un corto trayecto en canoa á través de aguas tibias y de un verdadero jardín de madreporas, desembarcamos, y por un sendero de arena llegamos á una especie de explanada que domina el mar, al grupo de casitas de techo rojo, ó sea al Obock de los europeos. Alzase la habitación del Gobernador en el medio, y se sube hasta allí por una escalera de barro seco gris con pretensiones de monumental. Esta es la entrada á las recepciones de los jefes negros.

En lo alto de la escalera la vivienda rodeada de verjas á modo de gallinero y que permiten que las corrientes de aire penetren por todas partes.

En la fachada se ven montados cuatro cañones pequeños, batería de juguete, y la bandera francesa flota en el extremo de un mástil.

Las demás casas de análoga construcción se hallan alineadas con simetría á los lados de este imponente edificio, y se destinan al abrigo de los setenta ú ochenta artilleros y soldados de infan-

tería de marina que constituyen la guarnición de Obock.

Una palizada infantil viene á ser la defensa de esta barricada de los blancos, levantada con arbustos en forma de parasol, que son los únicos que se dan en el país, y colocados en el suelo los unos al lado de los otros.

Dentro de este recinto circulan los soldados alerta y activos, que se ocupan por el momento en la preparación del almuerzo.

No son estas figuras como aquellas otras pálidas que acostumbrábamos á ver en Cochinchina y en el Tonkín, sino hombres de buena presencia, con su casco blanco en la cabeza, apenas vestidos, con una chaqueta sin mangas, con los brazos al aire, tostados como los de los beduinos y con aspecto de disfrutar excelente salud.

Verdaderas ensaladas, verdaderas legumbres que causan admiración en un país tan absolutamente árido, se producen en una especie de jardín que riegan y cultivan con esmero.

Los negrillos corretean entre ellos con la mayor familiaridad, mestizos de árabes ó de indios, de

ojos rasgados, delgados labios y perfil encantador. En Obock hay, pues, algo de vida.

Un barranco de arena separa este cuartel militar de la aldea africana, que por cierto ha aumentado bastante de un año acá. ¿De dónde vienen estas gentes? ¿por qué caminos, á través de qué soledades pasaron para reunirse aquí, cuando alrededor sólo existen desiertos inhabitables?

Aunque pequeño, va formándose en Obock un centro de transacciones, tomando por base lo que hoy es una calleja inundada de luz, devorada por el sol, y con dos líneas de unas veinte casas y tiendas. A la entrada se levanta una de verdaderos muros, estilo moruno, y un despacho de licores que un colono europeo (el único del país) tiene abierto para uso de nuestros soldados. Fuera de esto, no existen sino chozas indígenas, tan bajas, que se toca con la mano el techo, sostenidas por trozos de madera nudosos, que parecen huesos y piernas torcidas, recubiertos de paja y cosidos como remiendos de trapos; son las ramas de los mismos arbustos que sirvieron para la empalizada del Gobernador. El suelo está apisonado con mezcla de

detritus, que se pudren y se secan y mantienen verdaderas legiones de moscas.

A recibirnos se aproximan dos negritas jóvenes, de labios muy delgados, de sonrisa falsa y traicionera, «señoras dankalies», según nos dijo un negro al paso, como presentándonoslas.

Pretenden vendernos la piel de una pantera recientemente degollada y que una de las interesadas lleva sobre sus espaldas.

¡Qué cabezas más singulares las de estas «señoras dankalies»! ¡Qué gestos tan salvajes, y qué miradas las de aquellos ojos vivos y perpetuamente movibles! Su cutis reluce al sol como si estuviera dado de aceite.

A lo largo de la calle sólo se ven cafetines, y debajo de estas chozas se trafica ó se bebe siempre algo, y el conjunto tiene un carácter como improvisado y de mercado africano incipiente.

Tiendas en miniatura, cuyos aparadores son una mesa de cajones. En un compartimiento arroz, un poco de sal en otro, canela, azafrán, y á la vez este mismo comerciante ofrece turbantes de algodón, trajes á la moda de Egipto y paños de Etiopía.

Compradores y vendedores, unas doscientas personas á lo más, pertenecen á toda clase de razas. Negros muy negros, rizados y relucientes, de tronco desnudo y soberbia actitud. Árabes de pintados ojos grandes, vestidos de blanco, verde claro ó amarillo de oro. Hombres altos y delgados, de cuello de cigüeña, perfil de cabra, cabelleras largas teñidas de blanco rojo, que caen sobre los hombros como pellejo de carnero merino sobre bronce. Dankalis adornados con collares de conchas, y dos ó tres malabares allí perdidos, arrojando en tan extraña mezcla un recuerdo de la vecina India.

En el fondo de aquellos agujeros que quieren ser cafés, esos hombres se sientan en el suelo y confundidos para jugar y para beber: unos se divierten con los dados; otros escogen un juego más sencillo, propio del desierto, que consiste en trazar combinaciones de líneas en la arena; dos negros, por completo desnudos, mantienen una partida de *piquet*, golpean fuertemente sobre la mesa, y manejan verdaderas cartas, con gran extrañeza de los que las ven en manos salvajes; otros tres se entregan á su lado á sorprendente

dominó: pertenecen estos últimos á la especie de hombres delgaduchos que se blanquean la cabellera, como si fuera cal con que se embadurnan las momias.

Encima de los jugadores, los techos de paja apenas si hacen sombra, porque el sol, aquel terrible sol, atraviesa las junturas como criba, y alrededor de las chozas, y más allá, á lo lejos, todo quema, todo llamea, todo abrasa en la inmensidad del África.

Bien pronto se toca el fin de la aldea; llégase á las cuatro últimas casas, un tanto aisladas entre sí y sobre una duna; esto es el barrio de las damas galantes.

Se cuentan hasta diez ó doce, bastante lindas, abisinias, somolies ó dankalies, siempre esperando bajo sus techos de esteras. Largos trajes rojos cubren sus cuerpos, anillos de plata aprisionan sus tobillos y muñecas, y en esta especie de acecho, que es el principal objeto de su triste existencia, permanecen mitad místicas, mitad feroces; muy dignas en su impudicia negra, cumpliendo sus funciones como sacerdocio religioso, y acogiendo,

mediante una blanca moneda, con igual sonrisa de tigre al soldado francés, al beduino que pasa ó al negro gris.

Después de este barrio ya todo se acaba, y de nuevo comienza el desierto profundo, con sus espejismos, siniestro con su sol que mata.

Sin embargo, todavía en un repliegue del terreno hay algo de verde, y es el *jardín*, el famoso jardín que cultivan los soldados á fuerza de trabajos y de riego; pero esto es lo último definitivamente: no se ve más que la región vacía que en las cartas geográficas se conoce con el nombre de *Meseta de las gacelas*.

En el extremo horizonte, hacia las tierras, se divisa siempre el mismo cuadro de nubes y montañas limitando la extensión verdaderamente desolada en que nos encontramos.

A medida que adelantamos por la *Meseta de las gacelas*, el pequeñísimo Obock, de rojos techos y con sus tres casitas, se borra á lo lejos y desaparece; la llanura luminosa, en cambio, se aumenta uniformemente con su aspecto tan triste.

También el mar se pierde de vista, por más que

el suelo continúe siempre esmaltado de ramos de coral y conchas enrolladas (estrombas de boca de rosa para los naturalistas). Parece este espectáculo una especie de bajo submarino que, impulsado por un polvo más hondo, llega al pleno del sol.

A uno y otro lado, algunos grupos de hierbas y extrañas plantas de verde, extremadamente pálido, se muestran esparcidos y como borrado el color por el fuego de los rayos solares. De trecho en trecho esos enfermizos arbustos, de formas de sombrilla, follaje tenue y claro, forman una decoración de jardín inglés; predomina aquí la mimosa triste, la eterna mimosa de las soledades africanas, y que crece en todas las regiones áridas del interior, en los arenales del Senegal; una mimosa que, por no producir cosa alguna, ni siquiera produce sombra.

¿Qué clase de hombres podrá alimentar semejante tierra? Aquellos seres esbeltos, de tipo felino, de mirada salvaje, que nos designaron en Obock como *dankalis* indígenas; personajes que encajan perfectamente con su país, en donde viven errantes y sembrados en medio de las arenas y senderos, como secados y adelgazados sus cuerpos hasta pare-

cer las gacelas que dan nombre á la famosa meseta.

Nos cruzamos con algunos que proceden de las regiones del interior y llevan un ligero bagaje sobre la espalda. En otro grupo, las notables *señoras dankalies* se detienen ante nosotros, mirándonos con sus falsas sonrisas, que nos permiten ver blanquísimos dientes, y con su perpetua piel de pantera, que nos enseñan con intención de que la compremos.

A lo lejos, y en la llanura, hallamos acampadas algunas gentes, tendidas sobre la tierra abrasadora. En sus cabañas no pueden entrar derechos; tan bajas son; y cuando están dentro de ellas, se tienden entre una mezcla confusa de pieles, sables y cuchillos de forma traicionera. Inmóviles y ociosos, vienen á Obock para traficar en todo ó simplemente para ver. Sus acogidas no sólo son inquietas, sino inquietantes, y sus entrevistas llenas de admiración y desconfianza.

Dan las once de la mañana, y con estos espejismos y esta reverberación de las arenas, todo reluce y tiembla, porque una claridad que ciega parece levantarse de la tierra.

Más allá se divisan dos ó tres conjuntos de cosas blancas que se destacan sobre la llanura roja. ¿Es nieve allí caída milagrosamente, ó cal ó piedras? Pero no; lo que es se mueve. ¿Serán hombres con albornoces? ¿bestias? ¿gacelas? ¿caballos? Porque aquello se asemeja á lo que uno quiera, incluso á elefantes blancos, pues allí se pierde la noción completa de las distancias y las magnitudes; todas las cosas lejanas se deforman y cambian.

Pues bien, se trata sencillamente de carneros; carneros raros, de extremada blancura, con la cabeza muy negra y el rabo largo y en figura de abanico como los de Egipto. Rebaños notables que por la mañana van á pacer no sé qué hierba y que apresuradamente vuelven á Obock por la tarde antes de que llegue la hora de la llegada de las fieras.

Tales fueron los últimos seres vivientes que encontramos al continuar alejándonos en aquella llanura inmensa.

A poco sonó mediodía, y á esta hora los hombres blancos no salen nunca; preciso era para arriesgarnos así nuestra imprudencia y el afán de

ver que nos impulsaba. Naturalmente sentimos en nuestras espaldas y á través de los vestidos de tela blanca que nos cubrían una impresión abrasadora que nos quemaba.

No proyectábamos sombra al andar y apenas si dibujábamos un pequeño círculo negro que se limita á nuestros pies; el sol se encuentra juntamente en lo alto del cielo, en el zenit, y todo su fuego cae perpendicularmente sobre la tierra.

Nada respira en parte ninguna; todo agoniza y muere de calor; ni aun siquiera se oyen esas músicas de insectos que en los demás países del mundo constituyen los persistentes ruidos de la vida durante las horas del mediodía en verano; pero en cambio la llanura parece como que tiembla cada vez más, y tiembla y tiembla con incesante movimiento, rápido, febril, aunque absolutamente silencioso, á modo de imaginarios objetos, de visiones.

Por todos los lejos se esparce indefinible cosa que semeja al agua ondulante, ó tira de gasa empujada por el viento, que no existe, sin embargo, porque sólo es un efecto de espejismo.

Las apartadas mimosas toman formas extrañas, alargándose ó extendiéndose, desdoblándose al centro, como reflejadas en este lago engañoso que cubre las arenas sin rumor y que se agita sin necesidad de soplo de aire en el espacio.

Todo, en fin, deslumbra, fatiga y desvanece, inquietando la imaginación por el gran esplendor triste y desierto del sitio.

En el fondo, siempre las montañas sombrías bajo grupos de nubes pesadas. Aquí todo acaba en una especie de desolación indecisa y tenebrosa, perdiéndose la vista en negras profundidades. Tal es el interior de Africa que vive detrás de estas obscuridades y tormentas.

SOBRE LA MUERTE
DEL ALMIRANTE COURBET.

I.

A bordo de *La Triunfante*, rada de Mac-Kung,
viernes 12 de Junio de 1885.

.....Lo que oí de esta muerte fué bien poco; escribirlo me parece casi rebajar semejante desgracia rodeándola de muchos detalles insignificantes.

Ocurrió ayer, á las siete de la tarde, mientras alegremente comíamos en nuestro barco. De pronto se oye el rumor de una canoa que se aproxima, y los timoneles nos dicen que procede del *Bayardo* y es portadora de una carta para el Comandante. Despertóse gran curiosidad con el incidente, porque algo grave debía suceder. ¿Se habría firmado ya la paz?..... ¿Se renovaría la guerra?.....

No; nada de esto era, sino cosa terrible é im-

Las apartadas mimosas toman formas extrañas, alargándose ó extendiéndose, desdoblándose al centro, como reflejadas en este lago engañoso que cubre las arenas sin rumor y que se agita sin necesidad de soplo de aire en el espacio.

Todo, en fin, deslumbra, fatiga y desvanece, inquietando la imaginación por el gran esplendor triste y desierto del sitio.

En el fondo, siempre las montañas sombrías bajo grupos de nubes pesadas. Aquí todo acaba en una especie de desolación indecisa y tenebrosa, perdiéndose la vista en negras profundidades. Tal es el interior de Africa que vive detrás de estas obscuridades y tormentas.

SOBRE LA MUERTE
DEL ALMIRANTE COURBET.

I.

A bordo de *La Triunfante*, rada de Mac-Kung,
viernes 12 de Junio de 1885.

.....Lo que oí de esta muerte fué bien poco; escribirlo me parece casi rebajar semejante desgracia rodeándola de muchos detalles insignificantes.

Ocurrió ayer, á las siete de la tarde, mientras alegremente comíamos en nuestro barco. De pronto se oye el rumor de una canoa que se aproxima, y los timoneles nos dicen que procede del *Bayardo* y es portadora de una carta para el Comandante. Despertóse gran curiosidad con el incidente, porque algo grave debía suceder. ¿Se habría firmado ya la paz?..... ¿Se renovaría la guerra?.....

No; nada de esto era, sino cosa terrible é im-

prevista: el Almirante se hallaba moribundo, quizás muerto en aquel instante fatal, y la canoa daba la vuelta á la escuadra para participar la triste nueva.

Circuló como el rayo hasta la más alta verga donde los marineros canturriaban, preparando precisamente una representación teatral que debía celebrarse el próximo domingo, con música y coros; hízose al punto el silencio; silencio profundo, espontáneo, pues nadie lo impuso.

Las gentes que están en Francia no pueden comprender estas cosas, ni la consternación que se produjo por la noticia, ni el prestigio que supo conquistarse el Almirante en su escuadra.

Se llenarán los periódicos de elogios, mejor ó peor escritos; se le levantará en algún sitio una estatua; se hablará de la catástrofe durante ocho días en nuestra olvidadiza Francia; pero seguramente jamás se concebirá todo lo que con él perdemos nosotros los marinos. Por más que pienso, no se ha de discurrir nada que sea tan glorioso para su memoria como el mudo abatimiento de las dotaciones.

Y es que nadie había previsto que pudiera morir de aquel modo.

La lancha se apartó del buque siguiendo su carrera y avisando por todas partes el desastre. Entonces el comandante hizo que le dispusieran su bote para trasladarse al *Bayardo* inmediatamente, mientras nosotros hablando bajo aguardábamos.

A las ocho entré de guardia. Espesa la noche; tendidas las cubiertas por causa de la menuda lluvia que caía desde la puesta del sol; calor húmedo, tormentoso, abrumador.

Hiciéronse los preparativos de ordenanza para recibir al Comandante cuando volviera; llamé al jefe de guardia, que era precisamente Ives (nuestros destinos respectivos nos reunieron una vez más sobre el mismo barco), y comenzamos á cumplir nuestra obligación.

Veíase afuera en la negra bruma las luces de la escuadra que parecían las de una gran ciudad, ciudad errante que venía á descansar después de dos meses en este punto del mar chino.

La lluvia caía lentamente sin parar y sin un solo soplo de viento; recordábame las noches aque-

llas tristes de Bretaña, excepto el calor irrespirable, malsano, que pesaba sobre nosotros como losa de plomo.

Pues en esta noche tranquila, en medio de toda esta calma, el jefe guerrero agonizaba en una pequeña cámara de á bordo y en espera de una muerte silenciosa y oscura.

Mientras que él se acercaba al fin, de él hablábamos nosotros. Su gloria ha recorrido el mundo, y sería ligereza insigne ocuparnos de ella; le sobrevivirá seguramente.

Pero aquellos que no le vieron de cerca no pueden saber que corazón tenía este hombre.

Estas existencias de marineros y soldados que durante dos años ignoraba Francia cuánto le costaban realmente, él las conocía y las apreciaba en su justo valor, porque él era un gran jefe que se mostraba avaro de la sangre francesa.

Sus batallas se hallaban combinadas, calculadas y pensadas con precisión tan grande, que el resultado, á veces instantáneo, se lograba siempre con escasa pérdida de los nuestros. Terminada la acción, se convertía ya en otro hombre; á la dureza

del mando sucedía la dulzura con que visitaba las ambulancias con sonrisa triste y bondadosa.

Quería ver á todos los heridos, aun á los más modestos y humildes, estrechar su mano, y ellos morían más contentos fortalecidos por su amigable visita.

El bote del Comandante no volvía, y al divisar las luces del *Bayardo*, á través de la noche y de la menuda lluvia, seguíamos hablando del Almirante.

Apenas hacía cinco días que vino á bordo de nuestro barco á presenciar un lanzamiento de torpedos, y recuerdo que fué la última vez que apreté su mano, alargada con sencilla y distinguida benevolencia. En esa ocasión nos alegró verle tan alerta, tan valiente, tan repuesto de sus anteriores fatigas. En pleno mediodía, en pleno sol, subió á un pequeño torpedero para circular por esta rada unida y deslumbradora, caldeada al blanco.

Filábamos de prisa, de prisa, hendiendo la inmovilidad del aire, empujados por nuestra misma carrera, y respirando por tal causa con cierta libertad, casi bien.

Parece que aun le estoy viendo sentado á dos pasos de mí, destacándose su alto busto sobre todo el azul luminoso; correcto en su traje siempre, la levita abrochada hasta el cuello, como si estuviera en Francia, con sus guantes de piel de Suecia y siguiendo con la vista esa especie de largos peces de hierro que mandaba lanzar delante de él.

Igual influencia que en los demás ejercía en mí el prestigio de este Almirante; de una manera más razonada tal vez que los marineros, pero no menos completa por eso; y como otros tantos ignorados, le hubiera seguido á cualquier parte con absoluta sumisión.

Y es que me inclinaba ante esta gran figura del deber, incomprensible en nuestra época de personajes tan pequeños. A mis ojos era una especie de encarnación de todas esas viejas palabras sublimes de honor, heroísmo, abnegación, patria.

El escritor que se sienta con alientos para hacer su elogio fúnebre, deberá reunir todas ellas, rejuvenecerlas; pues vulgarizadas hoy, á propósito de gentes cualesquiera que no arriesgaron jamás su vida en ninguna parte, parece ya que no tie-

nen sentido bastante elevado tratándose de él.

Y tenía su secreto este Almirante para conseguir al mismo tiempo ser tan severo y tan amado. Porque jefe duro, inflexible, tanto para los demás como para sí mismo, nunca dejaba traslucir su sensibilidad exquisita ni sus lágrimas sino á los que iban á morir.

Jamás admitía la menor discusión respecto de sus órdenes, conservándose siempre, sin embargo, perfectamente cortés. Tenía su manera especial de mandar, imperiosa, breve. «¿Me ha comprendido usted, amigo mío?..... ¡Andando!» Un saludo, un apretón de manos, y concluido. Y se iba adonde decía, al frente de un reducido número de hombres, con la mayor confianza, porque el plan era de él, y se volvía con éxito, aunque la cosa fuera extremadamente difícil y peligrosa.

Los millares de hombres que se batían habían puesto su vida en las manos del Almirante, hallando muy natural que dispusiera de ellas cuando las necesitara. Como persona era exigente, y, sin embargo, jamás murmuraban contra él, ni sus marineros, ni sus soldados, ni aun toda esa tropa

extraña de *zafires*, de árabes, de anamitas que también mandaba.

¿Quién podrá contar las cosas verdaderamente épicas que se han realizado en esta isla de Formosa, y escribir el largo martirologio de los que en ella murieron? Toda clase de sufrimientos, tempestades, fríos, calores, miserias, disenterías, fiebres, y sin embargo esos hombres no murmuraban, y á veces ni habían comido ni dormido, volviendo después de una terrible campaña expuestos á las balas chinas, cansados, agotados y empapados sus pobres vestidos de la eterna lluvia de Kelung. El Almirante, porque era preciso, en términos breves y bruscos les comunicaba la orden para marchar de nuevo, y aquellos valientes se erguían para obedecerle, y caían á seguida por una causa estéril, mientras que la Francia, ocupada en todas esas pequeñas querellas de elecciones y de interior, apenas si dirigía una distraída mirada para verles morir.

Excepto á las familias de los marinos, ¿á quien en nuestro país impedía que durmiese ó se divirtiera esta pobre gloriosa escuadra de Formosa?

En las frecuentes horas de ansiedad y en medio de las empresas que parecían dudosas, se decía desde que á él mismo ó sólo su pabellón, se divisaba desde lejos: «Ya está aquí; esto es todo lo que se necesita, y la cosa concluirá bien puesto que viene.» Y en efecto, terminaba bien, siempre, de la manera precisa y exacta que sólo él, muy reservado en sus proyectos, había preparado y previsto.

No creo que entre nuestros enemigos de Europa exista un jefe de escuadra que se le parezca, ni que pueda comparársele, y quizá hubiera sido preciso guardarle preciosamente para alguna gran lucha nacional, en vez de dejarlo aquí gastarse y morir.

Ruido de remos fuera; es una lancha que se acerca; los centinelas la divisan.

—¡A bordo el Comandante!

Inmediatamente se forma un grupo cerca de la escala, aunque no sea muy correcto dentro de la disciplina; y es que los oficiales, como los marineros, impulsados por la gran ansiedad de adquirir noticias, se adelantan para escuchar al paso las primeras palabras del Comandante.

Nos dice que el Almirante respira todavía, aunque débilmente, pero que se halla irremisiblemente perdido. Con los ojos ya cerrados, no habla desde las seis de la tarde, y tiene las manos cruzadas sobre el pecho, frías y cadavéricas: su aspecto muy tranquilo revela claramente que no sufre.

No se sabe exactamente de qué muere; pero indudablemente muere de aniquilamiento y de exceso de fatiga intelectual.

Al principio corrió la voz de que había adquirido ese contagio innominado de que nadie se atreve á hablar y que cada día nos roba bruscamente unos cuantos de los nuestros. Ahora se asegura que no es eso, sino las dos enfermedades lentas de este país amarillo: la disentería y la hepatitis, que hace muchos meses contrajo, parece que le vencieron y dominaron de repente. Y sobre todo, muere de otra cosa, de trabajo excesivo, de descaramiento y de toda clase de decepciones en vista del resultado nulo que sus hermosas victorias produjeron en Francia.

Los socorros humanos no pueden ya nada para salvarlo, ni aun calentar sus miembros, que se in-

movilizan más y más y están impregnados de un sudor frío, á pesar del calor de esta noche tormentosa.

Una lancha del *Bayardo* debe venir á advertirnos del triste fin, cuando ocurra.

Poco después, Ives y yo, que seguimos de guardia, volvimos á pasearnos, aguardando la llegada de esa lancha y recordando á aquellos de nuestros amigos que han muerto en esta guerra. Lista bien larga, si en ella se comprenden los nombres de los pobres ignorados, simples marineros ó soldados.

El más sentido por nosotros dos es Enrique Dehorter, teniente de navío mortalmente herido en Tamsui. Era para mí un amigo muy antiguo, de hacía quince años; un protector á la vez que amigo para Ives, á quien le recomendé durante mi ausencia; y ¡qué valiente y qué bueno, y qué vivo y animado y agradable!

Cuando recibió en el pecho la bala china que puso término á sus días estaba yo en Francia, y su última carta, bien alegre por cierto, llegó á mis manos cuando ya él no existía. «Uno más, decía Ives, amado de todos nosotros. Todavía tengo yo

presente la sonrisa placentera con que me acogió la mañana misma del *desembarque*, cuando le llevé á tierra con su compañía en la lancha de vapor, y exclamé: «¡Buena suerte, capitán!» A las dos horas la lancha nos lo traía con el pecho atravesado. Algo más tarde iban viniendo todos nuestros heridos, que llenaban los botes. ¡Dios mío, qué día aquel!

»Y como nuestros prisioneros chinos se alegraban de verlos pasar á bordo, el Comandante dió la orden de encerrarlos abajo en la cala, pues de otro modo los marineros se hallaban dispuestos á arrojarlos al mar.

»¡Pobre señor Dehorter! Se le preparó un lecho sobre el puente, entre dos escotillas con un lienzo alrededor para formarle una especie de cámara pequeña.

»Al día siguiente, mientras se ejecutaba el lavado del barco, le oí que me llamaba desde su lecho: «¡Ives!» Era para darme la mano, que recuerdo bien lo que quemaba.

»Allí murió, en el fumadero, donde los últimos días estuvo acostado.

»Después se colocó su caja de plomo en la lancha de vapor para nuestra travesía á Cochinchina. Y una noche tormentosa por poco se lleva el ataúd la mar.»

A mi vez cuento yo á Ives la visita que hice á su tumba recién construída, de paso para Saigón, y que él no había visto.

Con otros tenientes de navío, compañeros míos, convine en que nos reuniéramos á las seis de la tarde delante del cementerio para llevar á cabo juntos esa triste visita. Lejos de la ciudad se encontraba; mi carruaje de alquiler caminaba de prisa, y sin embargo llegué á la cita con retraso, efecto de las muchas cosas que tuve que hacer en ese único día que estaba libre, encontrándome solo en aquel gran cercado á donde jamás había venido, siendo la puesta del sol y procurando encontrar la tumba por vagas indicaciones.

El cementerio de Saigón parece un mundo, y es mucho mayor que el que correspondería á una población de cien mil almas en Francia; muestra bien elocuente y que dice por sí mucho acerca de este extremo del Oriente. ¡Cuántas cruces, cruces

ó simples montones de tierra, cubiertos por todas partes de hierba! Un suelo rojo, árboles muy verdes, aquella tarde dorados por los rayos de un sol que escapaba, flores tropicales extrañas, y una multitud de grandes mariposas como las de los abanicos chinos, revoloteando en este silencioso campo de los muertos.

Todas estas cosas exóticas, lejanas, eran muy tristes.

Temía no dar con la tumba que buscaba, y marcharme de este país á la mañana siguiente sin haberla visto me hubiera parecido muy penoso.

Por fin divisé, detrás de algunos arbustos, allá abajo, un grupo de camaradas, descubiertos y mirando al suelo: allí era.

En una gran losa muy sencilla, pero que durará algún tiempo, estaba inscrito su nombre: *Enrique Dehorter*, en letra bastante honda, con la designación del combate en que gloriosamente recibió su herida mortal. Algunas coronas ya pasadas nos hicieron pensar que con nuestra precipitación no pensamos en traer otras nuevas!

.

Ives y yo abandonamos á seguida esta conversación para ocuparnos del acontecimiento presente, de la catástrofe del Almirante, que dominaba nuestro pensamiento por completo.

Ives decía: «Jamás cuidaba de sí mismo; todo era para los demás. ¡Bajar á tierra, á la ambulancia seguidamente, á riesgo de contagiarse con la pícara enfermedad del país!.....»

Y con efecto, hasta los últimos días sus visitas á los enfermos habían continuado con admirable fidelidad. La semana pasada apresuróse á dejar su barco para ir, con lluvia verdaderamente tormentosa, hasta el campamento de infantería de marina á dar un abrazo á un pobre teniente herido cerca de él, en Sou-Zag, en otro tiempo, y que ahora sufría la *enfermedad* innominada y terrible que le mató aquella misma noche.

Y aun el lunes por la mañana se le vió con el sol abrasador de las nueve, seguir descubierto el fúnebre cortejo de otro oficial, víctima también del contagio. Su casco en la mano, abrochado hasta el cuello, correcto siempre y en todos los actos, atravesó las callejuelas desiertas de Ma-Kung y

acompañó el cadáver hasta unos arrozales y maizales en que se ha improvisado nuestro cementerio.

Desde hace dos meses, este triste Ma-Kung ha presenciado multitud de enterramientos franceses; sobre todo al principio, cuando las ruinas aún estaban frescas, los buddas tirados al suelo, las casas destruidas y todavía en el espacio el olor de la pólvora y del chino fusilado, en la gran pagoda donde se instaló nuestro hospital la *enfermedad* hizo estragos aterradores. Todos los días veíanse salir estos pequeños grupos de veinte hombres, el arma á la funerala, pisoteando los escombros, los trozos de porcelana, los jirones de seda, los restos de sombrillas.

En ese ataúd hecho de prisa y corriendo con viejas maderas doradas, algún pobre soldado obscuro se iba sin sacerdote ni oraciones á dormir en medio de los campos sembrados de maíz y de las crucecitas negras que habíamos colocado en ellos.

Al verles pasar los llorábamos, lamentándonos de que no pudieran encontrar otro género de muerte menos penosa, y ahora..... nuestro Gene-

ral está espirando precisamente del mismo mal, á pesar de su gloria.....

Los marineros de guardia, que no habían podido conciliar el sueño insuficiente del puente del barco, paseábanse en grupos y se les oía que también hablaban de él: «Pero todavía no ha *concluído*, ¿no es verdad? (Usaban la frase *concluído* como más respetuosa que la de *muerto*.) Y mientras un hombre no está difunto.....» No querían convencerse, no entraba en su cabeza, que el Almirante debiese desaparecer así de nuestro lado y para siempre.

Hacia las once, el contramaestre se nos acercó á Ives y á mí, para acompañarnos en nuestros *cien pasos*; las distancias de ordenanza parecían haberse borrado ante la solemnidad de aquel duelo común y todos hablábamos indistintamente unos con otros. Este bravo contramaestre sentía la imperiosa necesidad de recordar y contar por milésima vez la gran gloria de Tu-Tchen, y al terminar con los detalles de su narración encontraba las frases finales siguientes: «Y la mar se cubrió instantáneamente de multitud de cosas que flotaban,

como si se hubiera vaciado sobre las aguas un saco de plumas..... SOLO QUE ERAN CADÁVERES.....»

Cuando acabó nuestra guardia aun no habíamos recibido ninguna comunicación del *Bayardo*, y esta falta de noticias nos permitía alimentar alguna esperanza, considerando cuán largo era el silencio.

Pero algunos minutos después de media noche, había yo bajado á mi cámara y oí el ruido confuso y monótono de una lancha de vapor que se acercaba, y á seguida comprendí lo que ocurría.

Puse atención para escucharlo todo mejor, y en esto, una voz, la del marinero de centinela, pregunta precipitadamente: «¿Qué hay?» De la lancha contesta otra voz: «*Ha concluido.....*» Me dormí bajo la impresión que estas palabras me produjeron, y soñé con el Almirante, empeñado en combates, y mezclada en raros funerales mi visión.

Al día siguiente nos dijeron de qué manera silenciosa y casi dulce había venido la muerte á cernerse como simulando el sueño. Desde las seis de la tarde, ni un movimiento, ni una sola queja

había exhalado. Agotados todos los medios para fortalecer y lograr un poco de calor á los miembros del ilustre Almirante que se helaba, fueron ineficaces los intentos y se desistió de mortificarle dejándole en el reposo absoluto.

Los oficiales del *Bayardo* se hallaban reunidos á su alrededor, casi tan inmóviles como él, abatidos por el estupor que les causaba la catástrofe; dos marineros agitaban incesantemente grandes abanicos sobre su cabeza.

Un poco antes de las diez, no oyéndole ya respirar, se puso delante de su boca el cristal de su antejo, colgado aún de su cuello; después un espejo; nada, ni una ligera sombra; entonces el médico mayor dijo en voz muy baja: «Señores, el Almirante ha muerto.»

En los primeros momentos nadie pestañeó, ni lloró; minutos de silencio transcurrieron hasta que se escuchó un sollozo, un solo sollozo, que se escapaba de aquellos distintos pechos.

II.

La mañana de este viernes seguía el tiempo obscuro; menuda lluvia caía, como la de Bretaña. Las vergas y los pabellones están de luto, y de media en media hora el cañón con su estampido resuena en el espacio.

Todo esto recuerda el cielo ordinariamente sombrío y todo el aparato del Viernes Santo en nuestros puertos de Francia. Esa gran rada de los Pescadores también se asemeja algo á ciertos puntos de nuestras costas, con sus tierras bastante bajas, sin árboles, y en donde los campos de arroz y maíz dibujan unos cuadros verdes.

Multitud de *sampanes*, conducidos por chinos, más ó menos ocupados en la pesca, circulan por las tranquilas aguas y especialmente alrededor del *Bayardo*, curiosos, que adivinan ya nuestra desdicha. Dentro de poco, la China entera conocerá la muerte de aquel hombre que la hacía temblar.

A las nueve, de todos los barcos de la escuadra se destacan lanchas y botes llevando á los comandantes y jefes de Estado mayor á oír una misa privada que va á rezarse, á bordo del *Bayardo*, por el eterno descanso del Almirante.

El tiempo se mantiene cubierto, triste, y el mar en calma. Las embarcaciones se acercan suavemente, y muy pronto el navío se llena de oficiales. ¡Pobre *Bayardo*! En otro tiempo tan brillante, hoy mudo y como fatigado por su gloriosa campaña, y repleto de cajas y barricas de vitualla para las tropas.

Ese gentío que se aproxima en nada se parece á los duelos vulgares; no se ven esas figuras arregladas á las circunstancias, ni se escuchan esas corrientes de conversación al oído, ese murmullo de indiferencia.

Entre todos esos oficiales allí congregados, los hay que fueron antiguos camaradas, que no se han visto desde hace mucho tiempo y que se dan la mano sencillamente, sin hablar y casi sin decirse nada; inmóviles, generalmente, en sus sitios, y presa del estupor que esta muerte les ha producido.

Hallábase dispuesto el altar para la misa muy adelante, y era preciso estrecharse allí unos contra otros, en una especie de estrecho corredor y bajo el caparazón de hierro, que concentraba calor excesivo.

Detrás de los oficiales se empujan los marineros, sin ruido, consternados ellos también y silenciosos, y por entre este tropel alguna que otra cabeza china de prisioneros ó de intérpretes, recordando el país lejano en que vivimos.

La misa se dice en voz muy baja, casi sin que se altere este gran silencio. Cuando se termina, se da la vuelta por detrás del altar para ir á saludar al Comandante y al Jefe de Estado Mayor, que ambos están llorando, como se saluda á la familia en el cementerio.

Nada de aparato, ni de discursos, ni de música; sólo gentes que pasan aterradas y sin encontrar palabras con que expresar el sentimiento.

Al exterior, ni remotamente puede suponerse que allí reside la muerte; sólo dos coronas de follaje depositadas al pie, que es lo que ha podido encontrarse de más verde en este país desolado. Algo de

bambú y tamarindo, ramas cogidas á los árboles raros de las pagodas, rosas del Cabo, únicas flores de Cha-Kung.

Hubiérase deseado ver al Almirante; mas no ha sido posible exponer su cadáver, porque aquí la defunción viene seguida inmediatamente de consecuencias siniestras, contra las cuales es preciso prevenirse apresuradamente. El cuerpo del Jefe está abajo, entre las manos de los médicos ocupados en su tristísima misión.

Todo acaba, y la gente se separa; las lanchas la recogen y se alejan las unas en pos de las otras.

Al mediodía, el *Duguay-Traim* deja la rada yéndose á llevar la mala nueva á Hong-Kong, de cuyo punto la transmitirá el telégrafo á Francia.

Son las tres de la tarde. Los médicos han terminado su trabajo, y se consiente á los comandantes y oficiales que vinieron á bordo del *Bayardo* que contemplen por última vez al Almirante.

Allí está, en su salón, envuelto en lienzo y tendido en tierra, formando una línea blanca sobre la roja alfombra. Entran las gentes de puntillas para ver un minuto aquel rostro muy pálido, muy se-

reno, apenas cambiado; aquella ancha frente donde germinaron tantas ideas, tantos proyectos maravillosamente estudiados, clasificados, preparados para el porvenir, y que para siempre se extinguieron.

Cuando los oficiales se retiran, todavía queda á la puerta un grupo de hombres que pide se les deje entrar: son todos los contramaestres, que quieren verle.

Pasan éstos, y aun hay más; los marineros, que aguardan su vez como cosa que se les debe.

Por último, llega la hora al equipaje del navío, y se observa cómo centenares de figuras jóvenes, consternadas, saludan con tímido respeto al gran muerto.

Colócasele en su caja de plomo y madera de alcanfor con remates de hierro, y ya no hay nada.....

Déctor González

III.

El sábado 13 de Junio, la misa de funeral y honores militares.

En un principio se pensó llevar el cuerpo del Almirante á Cha-Kung, á una de las grandes pagodas, para que hubiese más sitio para las tropas; pero luego reflexionóse que era mejor no dejarle descansar, ni aun por algunas horas, en tierra china, ni sobre todo en un templo buddhista, y se quedó en su navío, que es *tierra francesa*.

En Cha-Kung, algo antes de las siete de la mañana, los restos de nuestro pequeño ejército de ocupación se alinean al pie de los fuertes, frente al mar, con las armas prontas á disparar las salvas de fusilería. Como ayer, con igual tiempo cubierto y pesado, las lanchas y los botes conducen al *Bayardo* los oficiales de la escuadra, que están ahora con sus armas y sus insignias. Luego, oficiales de artillería, de infantería, destacamentos de marine-

ros de todos los barcos que fondean en la rada y soldados de todos los cuerpos acantonados en Cha-Kung.

Una masa compacta sobre el puente del *Bayardo*, y siempre en silencio. La caja que encierra los restos del Almirante está en el suelo, esperando á la puerta de la *capilla*, bajo un paño negro, á que un sacerdote la introduzca. Estréchanse las filas en esta abrumadora capa de hierro.

Cuando hace este tiempo cerrado y agobiador, todo lo que se toca, de madera ó férreo, está caliente, húmedo, con gotillas como si corriera el sudor sobre las cosas, y en esta atmósfera de estufa, ya irrespirable, sobresale ese olor siniestro de las sustancias que se reunen para los muertos.

La capilla es de la más extremada sencillez: dos pabellones ó banderas con la insignia del Almirante (tricolores con tres estrellas blancas) forman una especie de tienda; dos filas de marinos armados; dos hileras de hachones, y nada más. Hasta se ha cubierto la divisa del *Bayardo*, escrita delante del navío en medio de adornos dora-

dos, y que pudo ser muy bien la del difunto: «Sin reproche, sin miedo.»

Uno de los monstruos de ébano (despojos de pagoda) que coronan la toldilla se encuentra por casualidad precisamente encima de la caja, en lo alto del improvisado santuario, como un gran perro negro. Parece que se está burlando con esa intensidad de expresión maligna que es el inimitable misterio del arte chino. Quizás habría sido conveniente que lo velaran, aunque represente de una manera simbólica bastante característica la China en sus funerales.

La ceremonia religiosa es corta y se llena en voz baja. De minuto en minuto se oyen, más ó menos á lo lejos, las salvas de fusilería que llegan desde la escuadra ó los fuertes de Cha-Kung; ruido seco que parece de cosas que acá y allá se desgarran.

En los intervalos de silencio se escucha el canto de un pajarillo que se posa tenazmente en los pliegues de la bandera. Los timoneles se excusan de su presencia, diciendo que permanece allí desde ayer, que le echan y vuelve obstinadamente.

Muy próximos á los asistentes se ven los cañones del *Bayardo*, que comienzan el saludo final, y seguida el almirante Lespès, que ha tomado el mando de la escuadra, se despide con algunas frases sentidas de nuestro difunto jefe.

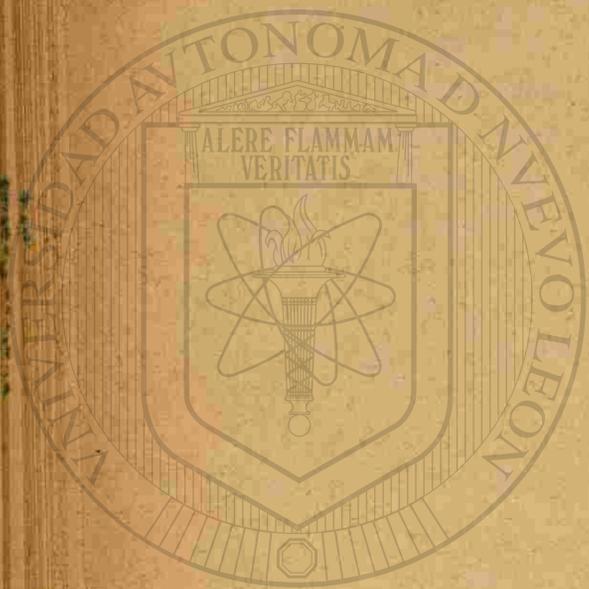
Y lo hace con tal emoción, revelando dolor tan profundo, con tan visible deseo de llorar, que, al oírle, las lágrimas se asoman á los ojos. Aquellos que se erguían queriendo adoptar una actitud inmóvil con gran esfuerzo, se ablandan y conmueven.

Ya después de este saludo no hay más que el desfile militar, y todo termina definitivamente. La gente se retira y se dispersa en las lanchas y los botes; las vergas se levantan, y las banderas se izan por todas partes.

Entran las cosas en orden, toman su aspecto acostumbrado, y hasta el sol reaparece. Este es el final del duelo, casi el principio del olvido.....

Jamás hasta entonces había yo visto marineros llorando, á pesar de llevar sus armas; pero éstos lloraban, lloraban silenciosamente, y en especial los del piquete de honor.

Bien modesta era, por cierto, esta capilla; bien modesto el paño negro de que se hallaba cubierta, y cuando el cuerpo del Almirante entre en Francia, se desplegará seguramente una pompa mucho más brillante que la de aquí, bahía de destierro. Pero ¿qué testimonio podrán rendirle, ni cuál inventarían que fuese para él más extraordinario que estas lágrimas?



PAGODAS SUBTERRÁNEAS.

En este momento vuelvo á divisar allá abajo una laguna triste, en Chinam. Recuerdo de haber navegado por aquí un día entero en un junco mandarino.

Sentíase pesado calor y el tiempo estaba muy oscuro. Las orillas bajas veíanse cubiertas de hierbajos con fresco tinte del mes de Abril, y á bordo por estas aguas, que parecen realmente muertas, se desarrollaba ante mi vista el grato espectáculo de unas bandas de aterciopelado verdor en que apacentaban los búfalos.

Lee-Loo nos decía: «Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú*», y nos servía el alcohol de arroz en nuestras tacitas de porcelana pintada.

En el fondo de esta canoa, tapizada de esterillas finas, nos hallábamos enteramente tendidos, con

la cabeza sobre esa especie de tambores durísimos que son las almohadas chinas.

Una sombrilla muy baja nos cubría, y su forma de pescado, con sus vértebras y todo, hacía en nosotros el efecto de una prisión que nos encerrase en el vientre de una bestia.

Por unos pequeños agujeros redondos observábamos cómo desfilaba ante nuestra vista el paisaje desconsolador. ¿Adónde íbamos?....

Después de muchas horas resbalábamos con la curiosidad de percibir algo extraordinario que esperábamos de la promesa de Lee-Loo.

Largo camino, largo sueño apenas interrumpido por el canto de nuestras remeras, que se elevaba como queja china, dulcísima, mezclada de notas muy agudas.

«Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú.*»

¿Adónde íbamos? Lee-Loo, vestido de verde y naranja; Shang-Tee de azul celeste, y yo de blanco.

Embarazados por la inmovilidad, á modo de tres momias en un mismo nicho, nos manteníamos aplastados sobre nuestros abrigos de viaje. Ellos cuidaron, por su parte, de no acostarse encima de

sus largos y sedosos mechones, que enrollaron al pecho. Este techo, este alcohol y este calor pesaban grandemente sobre nuestras cabezas.

Por aquellos pequeños agujeros, siempre el mismo triste panorama, con su verde y sus búfalos. Echados en el fango y en los hierbajos, enormes bestias con figura de hipopótamos, figuras antediluvianas que alargaban sus pescuezos para mirarnos estúpida y ferozmente.

Oliase el aire de los juncos en que aquellos marineros amarillos tienen costumbre de hacer su cocina de conchas; los húmedos bambúes y los arrozales en flor, y sobre todo esto el perfume de Lee-Loo, mezcla de musgo y pimienta....

Y ahora estos recuerdos se despiertan tan claros, merced á yo no sé qué. Todo lo encuentra, hasta en los menores detalles de este viaje, de este interior de barquilla, las junturas complicadas de nuestra cubierta de roton, las rosas de seda bordadas en el pintoresco traje de Lee-Loo. Y aquellas redes y anzuelos atados á la canoa, el cuchillo para abrir los pescados y el fetiche protector de la pesca. Salimos de Tai-Tó por la mañana, y esa

cosa extraordinaria que íbamos á visitar es la pagoda de la *Montaña de mármol*, que Lee-Loo considera digna de verse.

El mismo Lee-Leo, toda su persona en lo físico, se me representa bruscamente, con su delgadez de esqueleto, bajo los flotantes vestidos cortados á la *magot*, el cráneo afeitado y el largo mechón atado con una cinta. Figura chata, amarilla, exangüe, y, sin embargo, de un cierto encanto por su juventud y su aire inteligente y distinguido. Sus cejas tendían naturalmente á juntarse, pero la navaja las disminuía y separaba, formando sobre ojos muy vivos dos líneas tan señaladas como rasgos hechos á la pluma.

Eran nuestras remeras cuatro muchachas, unas veces dobladas y otras casi tendidas con sus grandes y flexibles remos. Encima de nuestro sarcófago se tenían, viéndolas nosotros de arriba abajo por los agujerillos; también ellas se inclinan de cuando en cuando para mirarnos, con aquella sonrisa de una bestialidad dulce, que deja al descubierto dos filas de dientes lustrados con barniz negro.

Todo el esfuerzo de impulsión que necesitan se hace en aquellos débiles riñones envueltos en túnicas colgantes, y cada paso hacia adelante que lleva la barca, parece que se siente sobre el propio cuerpo de las remeras.

A nuestro alrededor siempre la laguna serpenteando, y encima la obscuridad de un cielo siniestro é inmóvil.

Avanzamos porque nos empuja una especie de corriente que no sale á la tranquila superficie, velocidad latente que vive en estas aguas.

La *Montaña de mármol* ya está más próxima cada vez, y asemeja, al levantarse en medio de la compacta llanura, un gran escollo en el centro de los mares. Nótanse bien en el espacio sus exagerados dientes, inverosímiles. Es vertical y abrumadora; figura una pagoda gigantesca en el aspecto plano del desierto.

Arribamos á la orilla, al fango, á los hierbajos. Fué preciso pasar por entre los búfalos, agrupados é inmóviles, con los pescuezos tendidos y alerta las narices húmedas y dilatadas, husmeando al europeo que llega.

Causa miedo ver esos grandes ojos que me miran. Lee-Loo dice: «¡No adelantar!» Ellos, los asiáticos, que nada tienen que temer, van á llamar á los labradores que trabajan en los arrozales, y como todos son de Asia, amados de los búfalos, hacen una vereda en seguida, y por ella atravieso.

Después de los hierbajos, de los arenales áridos, viene una desolación abrumadora, áloes azules, todo el aspecto del Sahara. Apróximase la *Montaña de mármol*; de lejos parece del color violado episcopal; de cerca, gris obscuro; extraordinariamente dentada, modelada á la china y recubierta de verdes hojas que se juntan, enderezan y caen. A su alrededor nada más que arenales desoladores. Y, sin embargo, hay algo aquí que impresiona y despierta la idea de un lugar sagrado; pero á uno y otro lado se observan multitud de tumbas antiguas, raras, señalando los sitios donden pudren mandarines y bonzos. Una especie de agujas naturales, de mármol gris, se levantan de trecho en trecho de la arena compacta como flechas de iglesia. Y la misma *Mon-*

taña de mármol, que ya está cerca de nosotros, pesando sobre nuestras cabezas, no es en realidad sino un grupo insensato de flechas dislocadas, inclinadas, disgregadas, pero sorprendentes por su elevación y su atrevimiento, por sus espontaneas y abundantes plantas florescentes.

En lo alto se ve mucha gente; gente que corre allí, que se coloca sobre los picos que separa las ramas para mirar á los que llegan. Figuras hermosas, de largos mechones; monos, familias de monos, orangutanes de piel salvaje. Si se dispara un tiro de fusil, todos se ocultan y desaparecen instantáneamente.

La *Montaña de mármol* es vertical desde todas partes.

—Lee-Loo, ¿dónde está esa gran pagoda?

Lee-Loo sonrío y contesta:

—Vas á verla.

Pero yo no veo sino la montaña salvaje, las agujas de mármol y la colgante verdura.

Lee-Loo, verde y naranja, dice que es preciso subir, y pasa delante. Hay, en efecto, una gran escalera de mármol tallada en la roca viva, cuya

entrada nos ocultaban los escombros y la arena. Subimos y nos encontramos en un jardín encantado.

Entonces es cuando empiezo á comprender que la montaña misma es la pagoda, la más maravillosa de las pagodas de Anam. En todas las grietas, en todos los agujeros del mármol, nacen helechos finos, raras palmeras, pandanus y plantas delicadas y exquisitas de estufa, ¡y hasta flores! orquídeas blancas, amaryllis rojos y naranjados y profusión de espeso tapiz de pervencias del Cabo, color rosa suave con el corazón rojo como el melocotonero.

Peldaños y más peldaños en aquella escalera de mármol, rodeada de rampas y balaustradas en el centro de aquel hechicero jardín, y todo ello suspendido, no se sabe cómo, en el vacío.

De cuando en cuando el vértigo se apodera de mi cabeza, mirando hacia abajo; vense allí grandes flechas de mármol, inclinadas del todo, atravesadas, separadas de las demás y que parece que van á caerse. A veces se pasa bajo unos pórticos muy antiguos de forma china de otros tiempos, y

los monstruos encima colocados han tomado ya el tinte gris de la roca. Las flores del Cabo señalan sobre los peldaños como un reguero color de rosa.

A la mitad, una gran pagoda se presenta, oculta á nuestra vista hasta entonces por las lianas y las piedras, al fondo de un patio silencioso y en una especie de vallecillo siniestro repleto de las florecillas color de rosa.

La pagoda, erizada de cuernos, grifos, cosas horribles, formas vagas y espeluznantes, vieja de algunos siglos, presenta un aire sepulcral de mansión encantada y construída por los genios.

Pregunto á Lee-Loo, siempre vestido verde y naranja: «¿Es esta la pagoda que hemos venido á ver?» Lee-Loo sonríe y dice: «No, más arriba; pero mira el interior por este agujero». En el interior aun se encuentra el santuario poblado de sus ídolos, allí sentados en el fondo, en medio de la obscuridad, cubiertos de oro, resplandecientes.

Lee-Loo dijo: «Ante todo es preciso ir casa del gran Bonzo; está muy cerca de aquí, ahí al lado.»

Parece que esta montaña se halla habitada por

solitarios bonzos; gran sorpresa para mí que creía solos á los monos. En otro próximo valle, extremadamente pequeño, misterioso, existe efectivamente la mansión del gran Bonzo, viejísima, con su marcado aire indo, con sus pesadas columnas de madera roja. En el patio, embaldosado de mármol, hacen la rueda pavos reales que despliegan su magnífica cola; dos gatos blancos duermen tendidos.

El anciano bonzo sale de su vivienda, se adelanta hacia nosotros vestido de blanco y con su cogulla blanca también sobre su cabeza amarilla; asceta del Asia enflaquecido y demacrado en las extrañas contemplaciones. Niños bonzos le seguían con sus respectivos trajes blancos; más detrás perros furiosos corren y aullan pretendiendo mordernos; á su vista los pavos reales levantan un tardo vuelo hacia los techados.

¡Qué aspecto tan fúnebre el de este patio enlozado donde pasa la escena! Rodeado de aristas de mármol y como agobiado por todas partes bajo su peso; profundo cual si fuera un pozo, y con el aire más semejante posible á la entrada de los misteriosos países de la muerte.

Sombria es la mansión de los bonzos; las pesadas solivas dibujan vagamente formas de gusanos, figuras de monstruos. Todo está allí como roído por la vejez y el polvo. Sin embargo, los ídolos, preciosamente revestidos de oro fino, resplandecen al fondo, con sus ojos bajos y sus místicas sonrisas.

Un gran fresco pálido, pálido, un buddha mural, impresiona profundamente; gigantesca imagen, sentada, con aurcola de santo bizantino, señalando el cielo con el dedo, dulce sonrisa, ya conocida en mil partes, recordando de asombrosa manera otro Dios.... el Jesús de los cristianos.

Debajo de los ídolos de oro, en el polvo, se ven campanas con metálico sonido que parecen tener por objeto llamar á los espíritus, instrumentos musicales y otros instrumentos de tortura. Los bonzos vienen á ser como frailes mendicantes, guardianes de cosas preciosas, viviendo miserablemente de las limosnas de las gentes. Sentados delante de sus espléndidos ídolos, comen raíces y comen arroz en escudillas de barro.

Subimos más arriba aún, por aquella senda de

mármol. A trechos se perciben algunas lontananzas en aquella tan inmensa como triste llanura, paisaje de arenales áridos ó verdes hierbajos donde pacen los rebaños de búfalos. Más allá, hacia el Oeste, se ven hasta Hué las montañas de Anam, que casi se pierden entre las nubes. Por el Este, la mar, cuyo sordo ruido llega á nuestros oídos rompiendo el silencio; esa mar de la China perpetuamente movida por las olas, bajo el oscuro celaje, á modo de lienzo plateado que tiembla sin cesar.

Dimos con un pórtico, por debajo del cual pasa el camino; concebido en estilo soñador, con los adornos de siempre, cuernos y grifos, forma tangible de un misterio.

Tantos siglos han transcurrido desde su construcción, que la convirtieron en cosa parecida á la montaña. Multitud de puntos grises que se levantan acá y allá son del mismo mármol y de la propia edad. Ese pórtico, en fin, es la entrada de regiones extrañas que no quieren darse á conocer....

—Lee-Loo, ¿estamos ya en la puerta de la pagoda que venimos á visitar?

Lee-Loo sonríe y dice:

—Sí; la montaña es la pagoda; la montaña que pertenece á los espíritus; la montaña está encantada. Bebamos, bebamos más *sam-chú*.

Y llena de alcohol de arroz nuestras tacitas pintadas, que nos presenta un criado amarillo.

Después del pórtico se abren dos caminos ante nosotros, uno que baja y otro que sube, y ambos van á morir en revueltas misteriosas, hasta dar en las rocas grises. Estas dos vías están talladas en el mármol vivo, como encajadas y ahogadas por las raras y magníficas plantas del país; las dos con igual tono de color y tapizadas constantemente de las rosas silvestres que allí nacen.

Lee-Loo, verde y naranja, parece vacilar, y á poco toma resueltamente el camino de la derecha, que es el camino que baja. Y de este modo entramos en el país de los encantamientos subterráneos.

La montaña es la pagoda. Un pueblo entero de ídolos terribles habita las cavernas, y las entradas de la célebre montaña están concurridas, reposando en los profundos retiros infinidad de encantos; encarnaciones budhistas y otras aún más

antiguas cuyo sentido desconocen los bonzos.

Los dioses, de tamaño natural, se mantienen de pie, resplandecientes de oro, con sus ojazos enormes y feroces, ó como durmiendo agrupados, entornados los ojos y sonriendo con sonrisas de eternidad. También los hay completamente aislados, inesperados en algún ángulo apartado y obscuro; á diferencia de los que se hallan en inmensa compañía, á la redonda sentados en trozos de mármol, en aquella sombra verde de las cavernas. Parecen inquietos en su fisonomía y su actitud como si celebraran consejo; pero todos con la misma cogulla de seda roja, bajada sobre los ojos para ocultarse y sólo enseñar la sonrisa: si se pretende verlos, es preciso levantársela.

Los dorados, los colores chinos de sus trajes han guardado una frescura espléndida, y son, sin embargo, muy antiguos, hasta tal punto, que la seda de las cogullas se halla roída de gusanos. Verdaderas momias, admirablemente conservadas.

Las paredes de sus templos son las rocas de mármol primitivas, festoneadas en estalactitas,

grieteadas al azar por todos los movimientos de la montaña.

Luego, abajo, muy abajo, en las últimas cavernas se encuentran otros dioses que carecen de colorido, cuyos nombres se ignoran, con estalactitas en la barba y máscaras de salitre. Estos son tan antiguos como el mundo; vivían ya cuando nuestro Occidente era aún la selva virgen y fría del oso grande y del grande rengífero. Las inscripciones que se leen á su alrededor no son chinas, sino trazadas por la mano de los primeros hombres pertenecientes á las eras anteriores á todas las conocidas; los bajos relieves también de antes de la época tenebrosa y oscura de Angor. Dioses antediluvianos, incomprensibles, venerados por los bonzos y perfumados de incienso.

El misterio solemne de esta montaña consiste en haber sido consagrada á los dioses y objeto de adoraciones sin fin desde que en la tierra existen seres que piensan.

¿Quiénes hicieron esos ídolos de abajo? ¿Eran siquiera parecidos á nosotros? ¿Vivían más entre tinieblas esos primeros hombres á cuyo alrededor

el mundo respiraba juventud? ¿O veían más claramente á Dios, á menos distancia de la que lo vemos nosotros con nuestros apagados ojos? Recientemente derivados de Él, tal vez tuvieran alguna razón para escoger estos lugares y adorarle en ellos,.... Quizás sabían lo que hacían dándole múltiples brazos, formas sensuales y como hinchadas por todos los jugos de la vida, esos rostros que nos confunden, á Él, el incomprensible que diez mil años antes de crear en la pálida luz dulce nuestro Occidente cristiano, engendraba los gérmenes admirables del Asia y la había hecho lo que ha sido: exuberante, lasciva, colosal, monstruosa.

.....
 Cuando salimos de los subterráneos y llegamos al pórtico de arriba, dije á Lee-Loo:

—Es muy hermosa la gran pagoda.

Lee-Loo, sonriendo, contestó:

—¿La gran pagoda?..... aun no la has visto.

Y tomamos á seguida el camino de la izquierda, que es el que sube.

Siempre los escalones de mármol, la alfombra

de flores, los amaryllis, los grandes y raros helechos. Cuanto más se avanza por este camino, las rosas se vuelven más pálidas, las plantas en general más endebles, y sin embargo se disfruta la más profunda frescura.

Sobre estas especies de flechas de mármol que pesan por encima de nuestras cabezas, los mones de pelo realmente salvaje se presentan colgados por todas partes, siguiéndonos con la vista, curiosos, agitados, con visajes de viejos.

Y otro pórtico de estilo desconocido nos detiene, que no se parece al otro, extraño también, pero diferente.

Sencillo es en verdad, mas no puede definirse su especial sencillez jamás vista; viene á ser como la quinta esencia y la última palabra del asunto. Parece una puerta del *más allá*, y que este *más allá* es la nada de la eterna tranquilidad. ¡Qué formas tan vagas enlazándose de un modo enteramente místico, sin principio ni fin! Eternidad sin sufrimiento ni dicha, eternidad budhista, aniquilamiento solamente y paz en la nada absoluta.....

Dejamos el pórtico, y las paredes más y más

juntas llegan hasta unirse sobre nuestras cabezas. Los monos han desaparecido todos al mismo tiempo, corriendo, como sabiendo á donde iban y adelantándose por un camino que ellos conocían para estar ya allí cuando llegáramos.

Nuestros pasos resuenan sobre las escaleras de mármol con ese especial eco de los subterráneos.

Andábamos por una bóveda baja que se forma en el mismo corazón de la montaña y en la profunda obscuridad que nos rodea.

Esto es la noche; pero después una extraña claridad nos deslumbra, que no se parece á la del día; luz verdosa, como fuego verde de Bengala.

—¡La pagoda!—exclama Lee-Loo.

Véase: una puerta irregular, adornada de estalactitas, se abre á nuestro paso á la altura media de la del edificio gran santuario, formado precisamente en el corazón de la montaña, caverna profunda de paredes de verde mármol. Los ciementos se hunden en una especie de penumbra transparente que se asemeja al agua marina, y allí en lo alto existe un agujero por donde se asoman y nos miran los monos y de donde arranca

un foco de luz de inexplicable tinte, como si se penetrara en una inmensa esmeralda atravesada por rayo de luna.

Los pagodas, los dioses, los monstruos que allí residen, en aquella gruta subterránea, en aquel misterioso relámpago verde de apoteosis, tienen todos resplandecientes colores como de cosas sobrenaturales.

Bajamos luego despacio por una escalera que guardan cuatro horribles dioses sentados sobre figuras extrañas. Delante de nosotros hay dos pequeños templos pintados de azul celeste y rosa, que se levantan como viviendas encantadas de los genios de la tierra. Y en una grieta se halla metida cierta colosal divinidad, con mitra de oro, también sentada y sonriente. Por encima de estos templos y de estos ídolos, la bóveda de mármol se cierne como velo gigantesco de mil y mil pliegues, siempre del color verde.

Aquellos dioses de la escalera nos miraban, no á derechas, con sus grandes ojos falsos y feroces; riendo con la boca abierta hasta las orejas y espantosamente, dejándonos pasar como si se arri-

maran á las paredes, como si tuvieran necesidad de contener sus bestias, sus monturas, que hacen á su vez visajes de tigre.

Y en la cima de la gran cúpula, al borde del agujero de que arrancan los rayos verdes, los monos se sientan con las manos y las colas al aire entre las lianas, observando también si vamos ó no á entrar.

Descendimos, sí; pero vacilantes, con involuntaria lentitud, presa de no sé qué especie de horror religioso indecible y desconocido.

A los últimos escalones de mármol empieza á sentirse un frío subterráneo, con juegos de voz que desfiguran por completo los sonidos que emitimos.....

El fondo de la caverna, de finísima arena, se halla cubierto de huellas de ratones con su especialísimo olor, y de señales inequívocas de que los monos han dejado impresas sus manos, tan semejantes á las de los hombres. En varios sitios, además, existen antiguos vasos de mármol y altares destinados á los sacrificios budhistas.

También hay allí como á modo de largas y gi-

gantescas serpientes oscuras, que si se colgaran de la bóveda llegarían al suelo, que pueden pasar por cables enormes de reluciente bronce, tendidos desde la altura de esta nave, y son raíces de lianas, milenarias quizás, que exceden de todas las dimensiones conocidas. Los monos se permiten fingir que van á bajar por estas enredaderas hasta nosotros para vernos más cerca, y como familiares del santuario que son.

De repente cuatro bonzos en traje violeta, que llegaron detrás de nosotros, se presentan en el agujero que nos sirvió de entrada. Se detienen allí, primeramente á la puerta del corredor subterráneo, en la penumbra de color marino, pequeños, muy pequeños entre los dioses y los monstruos. Después, para llegar hasta nosotros, descienden con paso rítmico, reflejando poco á poco y cada vez más los matices verdes. Escena ultraterrestre, ingreso de espíritus en los cielos budhistas.

.....
 «Es preciso beber, beber más y más *sam-chú*.»
 Y este alcohol chino que Lee-Loo dice que es necesario para visitar á los dioses, y muy favorable

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormiros. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

UN VETERANO.

.... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada obscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormiros. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

UN VETERANO.

.... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada obscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.

Un jardincillo de muro muy bajo la separaba del paso de los transeuntes; á través de los arbustos, ya viejos, se la divisaba, escondiéndose y juntándose contra las rocas con aire sombrío, combatida incesantemente por los vientos de Oeste, los malos tiempos negros, las alteraciones equinocciales ó las copiosas lluvias de los inviernos.

Cuando el cielo se mostraba algo despejado, el hombre que vivía allí completamente solo se sentaba delante de su puerta. Su barba blanca le formaba una especie de collar claro alrededor de su tostado rostro, que parecía tallado á grandes hachazos en un tronco de madera muerta.

Usaba pendientes y se tenía muy derecho. Veíase que estaba gastado, gastado hasta los tuétanos, pero de una manera singular, de una vejez que no era la de todo el mundo, y que hacía imposible señalarle una edad con sólo mirarle.

Jamás levantaba su cabeza para los raros paseantes, ni para los obreros que volvían de Brest; únicamente se interesaba cuando veía pasar un cuello azul, una cara de marinero: entonces se adelantaba para mirarle, y seguía con los ojos

aquella silueta que se tambaleaba andando hacia los confines que daban en el gris de la mar.

Por ambos lados, el de Brest y el de Portzie, huía el camino según iba subiendo, y se detenía de repente en el brumoso vacío de la rada y del cielo. Surgían los caminantes por un extremo y desaparecían por el otro como si cayeran en un abismo.

Los alrededores estaban cuajados de bloques de granito, helechos y espinos, y allí, aun á las mismas puertas de la ciudad, empezaba á sentirse el yo no sé qué áspero y melancólico del país bretón.

El estío, en sus verdaderos días hermosos, llevaba á su pequeño jardín un papagayo del Gabón, gris, de cola roja, cuyo sostén era un palo de madera de las islas y su comedero la mitad de un coco. Experimentaba el hombre gran cariño por este pájaro viejo, que permanecía taciturno en su sitio en postura caduca.

Si hacía por casualidad algún calor, ambos parecían revivir. El papagayo hablaba, siempre sin moverse, y repetía con voz de ventrílocuo injurias de á bordo. El hombre, como si estuviera en país

tropical, ponía á refrescar el agua en una jarra de Aden, se plantaba un gabancillo de nankín de corte chino, y se abanicaba con una hoja de palmera.

Cuando quedaban las ventanas abiertas, percibíase á través de las ramas de una verónica arborescente un rincón de este interior de solitario, que estaba limpio y tan bien arreglado como por las manos de una mujer que fuera muy cuidadosa. Sobre la chimenea dos cacharros, dos magotes, dos conchas y multitud de objetos exóticos.

En Junio y Julio, pálido sol oblicuo entraba furtivamente, hacia la tarde, y parecía detenerse al tropezar allí con esas cosas.

Después de la melancolía de estas costas, las sombras brumosas volvían durante largos meses á envolverlo y obscurecerlo todo.

Las gentes que habitaban las cercanías hacía ya mucho tiempo, recordaban que diez años antes había llegado este anciano. Y ya era hombre agotado, aunque sus ojos estuviesen entonces menos apagados y su collar algo más negro. Instalóse solo, preparándolo todo con solicitud egoísta, como

si se tratara de una existencia todavía larga.

Pero fué cayendo, cayendo de año en año, de estación en estación. Su triste mirada casi aterroza en fuerza de haber perdido su expresión viviente; le quedaba, sin embargo, su estatura derecha, que le daba forma de fantasma, y se movía lentamente, rígido, todo de una pieza, como una gran momia.

II.

Él se acordaba de haber sido joven.....

Ese tiempo realmente existió, y de ello tenía de vez en cuando sus visiones confusas, que dilataban aquellos ojos mortecinos.

Pero bajo la tensión de un espíritu que pretendía cogerlas, inmediatamente se escapaban, extinguiéndose, y esos esfuerzos de su vieja memoria dejaban luego en su cabeza vacía como la influencia física de un dolor.

Así, al despertar, nos admiramos de encontrar de repente una imagen soñada la noche antes; intentamos fijarla, relacionarla con otras para recomponer un conjunto que debiera tener gran encanto, y, por el contrario, antes se borra, dejando en el espíritu un vacío, una especie de misterioso agujero negro.

III.

El se acordaba de haber sido guapo, listo y fuerte.....

¿Quién le volvería ahora su fuerza, sus brazos de marinero, sus brazos duros, que al contraerse se hinchaban como pedazos de mármol, capaces de romperlo todo con su potencia, que en las arboladuras balanceadas, movidas, se tenían firmes como columnas de hierro?....

Ahora se fatigaban y temblaban nada más que por levantar una silla, pendientes de cada lado del gran cofre de su cuerpo, blandos y con sólo las venas cruzadas donde hubo músculos, como gusanos azules sobre miembros de cadáver.

Cuando los bricks de la escuela de grumetes bordeaban en la rada, todas las velas tendidas al viento del Oeste, se ponía detrás de los cristales para ver pasar á esos hijos de la mar, con sus burdas chaquetas de lienzo, que se distribuían como puntos blancos en lo alto de las cuerdas, corriendo

al sonido de los silbatos de plata, corriendo sobre el vacío á lo largo de hilos delgados, corriendo con los pies y las manos como monitos.

El que los miraba ya no entendía nada de esa amplia vida nueva, de esa borrachera del movimiento que les obligaba á correr tanto y tanto. No; pero en su infancia también en él se había desarrollado la embriaguez sobre esa rada y había cumplido con ese oficio sano y rudo. Los contemplaba mucho tiempo, y experimentaba impresiones melancólicas que casi no tenían forma; tan debilitadas y lejanas se hallaban.....

IV.

Él se acordaba de haber tenido amantes.....

Era en tiempos en que sus ojos se movían rápidos entre las negras cejas, arrojando á derecha é izquierda su llama viril y joven, un relámpago avasallador.

Había aguardado, suplicado, descado de rodillas. Habían suspirado bajo la sensación de los besos de sus labios. Ahora, el escorbuto y las humedades de la mar les habían carcomido; sus hermosos dientes blancos, que besaban las muchachas, se convirtieron en esos marfiles amarillentos, desiguales, entre los cuales el peso de la pipa de ébano abrió redonda brecha.

Mujeres, mujeres bronceadas, mujeres negras, mujeres blancas de trenzas rubias.....

De vez en cuando su memoria le traía el recuerdo de alguna, dos tiernas frases de la otra y su dulcísima carne. Lentamente repasaba esas

imágenes espectrales, confusas, en prismas demasiado lejanos.

Ya ni aun los lamentaba, admirándose únicamente de haberles prestado en otro tiempo tanto de esa vida de que hoy era tan avaro.

El amor, esas miradas de deseo que envuelven, esos labios que se juntan por el deleite, ese eterno encanto que hace á las criaturas buscarse y reunirse, todo esto se acabó, murióse.

Ya ni aun se lo explicaba; y es que le faltaba algo para comprenderlo; la clave del delicioso misterio se perdió definitivamente para él....

Se preocupaba de lo que comería á la tarde, de preparar su modesta cena, solo, á la luz de su lamparilla, antes de tenderse muy temprano en su helado lecho.

V.

Él se acordaba de que había tenido una mujer....

Duró esta historia una primavera justa. Besos dados y recibidos en las tardes de Abril en la honesta calma de un hogar para los dos....

Era quizá de demasiada edad para marinero (treinta y un años) cuando se casó con aquella chica en Port-Louis.

Hubo acompañamiento, violines, un *día siguiente* en Lorient....

Al principio había probado la novedad de tenerla para sí solo, encontraba su encanto en decir «mi mujer», en pasearla de día colgada de su brazo, en ir luego á su habitación que arregló con sus economías de campaña.

Dos ó tres de sus camaradas hicieron lo que él en primavera, entreteniéndose del mismo modo en jugar á los casados, entre viaje y viaje, todos lejanos, y unos y otros compañeros se saludaban

gravemente cuando se encontraban en el paseo, en los caminos ya verdes.

Y luego algo más profundo vino; puso en ella todas sus necesidades de afección, todas esas expansiones de verdadera ternura de pobre abandonado, soñando con caricias más castas y nuevas galanterías, haciéndose dulce y tímido como un niño.....

.....
 Un hermoso día recibió la orden para embarcarse en la *Pomona*. ¡Tres años navegando por el Océano Pacífico!.....

A su regreso, *ella* vivía con un viejo rico de la ciudad y llevaba vestidos de volantes.....

VI.

El se acordaba de haber tenido un hijo; era una niña.....

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, en un año en que la primavera de Bretaña era hermosa y las noches templadas. Este recuerdo aun le enternecía; pero era el único.....

La emoción le ganaba siempre que dirigía su vista á un pequeño cuadro de conchas que contenía su retrato con el traje de la primera comunión, con su vela en la mano.

Entonces sus facciones se contraían de repente en una especie de contorsión cómica que traspasaba el alma, y lloraba; sólo dos lágrimas resbaban por sus mejillas apergaminadas, por sus arrugas, y después nada.

Su mujer cuando la arrojó de casa le había dejado esa delicada criatura de dos años. Y era suya indudablemente; tenía su frente misma, su mirada, su sangre; y la veía siempre, su figurita de niño,

gravemente cuando se encontraban en el paseo, en los caminos ya verdes.

Y luego algo más profundo vino; puso en ella todas sus necesidades de afección, todas esas expansiones de verdadera ternura de pobre abandonado, soñando con caricias más castas y nuevas galanterías, haciéndose dulce y tímido como un niño.....

.....
 Un hermoso día recibió la orden para embarcarse en la *Pomona*. ¡Tres años navegando por el Océano Pacífico!.....

A su regreso, *ella* vivía con un viejo rico de la ciudad y llevaba vestidos de volantes.....

VI.

El se acordaba de haber tenido un hijo; era una niña.....

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, en un año en que la primavera de Bretaña era hermosa y las noches templadas. Este recuerdo aun le enternecía; pero era el único.....

La emoción le ganaba siempre que dirigía su vista á un pequeño cuadro de conchas que contenía su retrato con el traje de la primera comunión, con su vela en la mano.

Entonces sus facciones se contraían de repente en una especie de contorsión cómica que traspasaba el alma, y lloraba; sólo dos lágrimas resbaban por sus mejillas apergaminadas, por sus arrugas, y después nada.

Su mujer cuando la arrojó de casa le había dejado esa delicada criatura de dos años. Y era suya indudablemente; tenía su frente misma, su mirada, su sangre; y la veía siempre, su figurita de niño,

su propia figura, pero refinada y llena de candor y de juventud y como grabada en cera virgen.....

Durante diez y seis años de su vida se había privado de muchas cosas en campaña; él se reco-sía sus trajes, lavaba su ropa blanca, para reunir mayores sumas al regreso, y todo para su chi-quitilla.

Era ésta delicada y blanca, con un aire de verdadera señorita, y por eso precisamente la quería más aquel hombre tan tosco.

Una vieja en quien depositó su confianza la cuidaba por su dinero en Pontanezen; cuando él venía la encontraba siempre más crecida, cada vez parecía una nueva persona. Le traía objetos raros que compraba, artículos de China, pájaros del Brasil, una cotorra. Colocó sus ahorros más tarde, para ella siempre, y durante sus cortas estancias en Brest quería que fuese bien vestida y feliz. Bien lo merecía la hija, que era alta, fina, con algo de distinción su lento modo de andar. Le daba el brazo por las calles, con lo cual se divertía, pues habiendo conservado su aspecto bastante joven y su estatura derecha, con su uniforme de contra-

maestre, oía á las gentes que se decían al día si-guiente: «¡Kewella ha hecho gran conquista!»; y después á él mismo con estas frases: «Te han visto con tu amante, Kewella; linda muchacha.» A lo que él contestaba: «¿Dices que mi amante? Pues es mi hija.»

Un marinero se la robó cierta tarde de Mayo, un año en que las noches de primavera eran tran-quilas y templadas.

Fué un gaviero; tenía veintitrés años, y ella lo conoció en un baile á que la llevaron para festejar un matrimonio.

Empezó él á enamorarla, y una tarde la ino-cente vieja que la guardaba los dejó salir juntos. Ella marchó contenta con su grata compañía, acostumbrada á encontrarse sola con gentes que la helaban, siempre encerrada con viejas feas, siem-pre ocupada en cosas de costura, y jamás amada, jamás acariciada sino por aquel padre que veía de tarde en tarde y que no acababa de llegar.

Poco á poco la más completa laxitud hizo presa en ella, gozando del campo tan hermosa tarde, cogida de aquel fuerte brazo cuyos músculos de

hierro se sentían á través de la camiseta de lana azul. Decíale él cosas infantiles y dulces, muy dulces, con un aire tan honrado, tan respetuoso hacia ella..... Reía abiertamente, echando hacia atrás su cuello bronceado, que es la manera de reír de los que ríen francamente y enseñando sus dientes blancos, iguales hasta el último..... Luego se encontraron sentados ambos al lado de un camino por el que nadie pasaba, sobre la espesura renovada y fresca de las plantas de Mayo. Una suavidad embriagadora en el aire, y el aroma de las flores; la rada inmóvil, gris de lino, con sus ráfagas de luz muy velada, y se extendió la noche.

¡Pobre solitaria!..... El marinero á su vez empezaba á languidecer, sólo que él ya sabía lo que esto significaba.

Sin premeditarlo, sin quererlo, se abandonó á la embriaguez, oyendo en el silencio esa vocecilla suave y velada de toda joven, sintiendo el contacto de aquella forma delicada que debía abrazarse como liana y ser suave como el marfil..... Llegó un momento en que dijo cosas vagas, incoherentes y ella veía cerca, muy cerca, inclinándose so-

bre ella, la cinta de la gorra de paño en que brillaba aún en letras doradas el nombre de la *Flora*, que era su barco; había sentido, casi tocando con su boca, la sonrisa del marinero, después el contacto de la mejilla y la barba negra..... Él temblaba cual si hiciera gran frío..... ella acabada, también temblando, experimentaba como una necesidad de confundirse con él, comprendiendo, por lo poco que sabía de las cosas misteriosas, que iba á perderse.... si perderse era darse á aquel hombre tan bueno y tan guapo..... En vez de escapar, de defenderse, había echado su brazo alrededor de aquel cuello moreno, embriagada de estrecharse contra su cuerpo, que exhalaba ese olor humano de fuerza y juventud..... La noche descendió por completo velándolos.....

.....
Próximamente diez meses más tarde, volvía Juan Kewella, cierto día de invierno, de Brest, regresando de su cuarta campaña en China.

Fué el primero en desembarcar, el primero en saltar á tierra bretona, apresurándose por llegar al arrabal de Pontanezen, y llevando á la espalda

un pesado bulto con los regalos para su amada hija: era su *saco*, adornado con una pintura que representaba un barco con todas sus velas desplegadas.

Pero allá abajo, delante de aquella puerta de la casa á donde iba á entrar tan alegre, tropezó con la vieja, cuya figura siniestra le dejó helado de espanto; balbuciente y aterrada al verle, esforzóse por detenerle para que no siguiera adelante.

¿Pero qué era lo que pasaba? ¿Había muerto quizás su querida hija? El desgraciado Kewella sufrió en lo más hondo de su corazón tremendo golpe, brusco, atroz. No, no era eso. ¿Muy enferma tal vez? Puede ser..... sí; pero no..... tampoco. ¿Qué es entonces? Y apuraba á la vieja para que le contara en seguida la verdad, zamarreándola por el brazo, mientras le cerraba el paso de la puerta. ¿Dónde estaba su niña? ¿Arriba en su cuarto? ¿Dónde la habían puesto?

Otras mujeres bajaron, haciéndose las interesadas, buenas comadres, con los ayes y misteriosos aspectos que creyeron de circunstancias..... Entonces comprendió; tuvo como un relámpago,

una intuición de su desgracia, y dijo la palabra brutalmente. Sí, aquello era.....

Subió precipitadamente, pero temblándole las piernas, sintiendo una vergüenza que le quemaba el rostro, un furor terriblemente doloroso que le exasperaba, á cada peldaño de esta escalera, en su cabeza de bretón.

Pero cuando la vió tan descolorida en su cunita, cogida ya la nariz por la muerte que venía, no halló palabra que pronunciar delante de aquella mirada asustada y suplicante que *ella* fijaba en él: entonces rompió á llorar sencillamente.

En voz baja, á medias palabras cubiertas por el pudor, informábase de aquellas mujeres que allí estaban. Su cólera iba decayendo..... Fué uno de la *Flora* que le había prometido casarse; se llamaba Pedro Daniel, y era gaviero.

Al principio temía que hubiera sido cualquier botarate de la ciudad, por dinero. Prefería un gaviero; se les casaría al retorno de la *Flora*.

Y en efecto, Pedro Daniel era bueno; de seguro que si él hubiera sabido, si hubiera podido figurarse lo que ocurría, hubiese vuelto para casarse

con esta chiquilla por no causarle pena, ni á su padre, un contramaestre un *marinero* como él. Pero la *Flora* se hallaba muy lejos; nadie fué á contarle lo ocurrido al pobre chico, y un día de paga desertó en el Perú.

Aquella tarde murió la joven, dejando en el mundo al hijo del *marinero*, que traía muchas ganas de vivir.

Juan Kewella pagó muy cara un ama, que bien pronto dejó morir á su vez al pobre inocente, dándole sin intención mala leche de borracha.

Los regalos quedaron intactos en aquel saco de lienzo, con toda la dicha de un regreso tan deseado y esperado durante treinta meses.

Y este día, día terrible, fué en la vida de Kewella como un gran sablazo que todo lo cortara, separando las cosas de antes de las que habían de suceder.

Por mucho, mucho tiempo permaneció viva y desgarradora esta escena en su memoria, en sus sueños, en sus muchas vigiliass.

Pero ahora esto, como todo lo demás, se olvidaba. Pasaron tantos años desde que ocurrió, como

capas de tierra se depositan lentamente sobre un sepulcro.....

El retrato de la pequeña, con su traje de primera comunión, se ponía poco á poco amarillo en su cuadro de concha, que se despegaba con la humedad de los inviernos. La fotografía era de las primitivas; ella, que era tan linda, parecía un monito corrido, con su vela, y temeroso de que le pegaran.

Kewella había hecho sacar muchas copias que llevaba á bordo de otros tantos barcos en que iba; la que existía allí era la última, la menos borrosa, aunque lo estaba mucho. Y á pesar de eso, se le parecía; en aquella figurina, más vaga al presente que un simple boceto y con sus dos manchas pajiizas en representación de los ojos, quedaba algo, yo no sé qué de indestructible emanado de ella, y era cuanto se conservaba de la muertecita.

Haría pronto veinte años que descansaba en el cementerio, y su recuerdo mantenido únicamente en la cabeza de este anciano, empezaba ya á perderse en ella.

Miraba con mucha menos frecuencia el retrato

de su hija, por tanto tiempo su sagrada reliquia. Más se inquietaba de algo que comenzaba á sentir en ciertos días en la extremidad de sus adelgazadas piernas, una maldita hinchazón parecida á la inflamación de un cadáver.

Henri Guayol

VII.

Casi inmediatamente después de haberla entrado, tuvo necesidad de volver á marcharse, de alejarse todavía por muchos años del país bretón, donde apenas acababa ella de reposar bajo su cruz de piedra.

Se hizo entonces uno de esos hombres duros que corren los mares sin objeto en la vida y sin deseo alguno de detenerse en ninguna parte.

Su mando y su silbato tomaron un tinte nuevo, breve y sombrío. De día y de noche sólo se ocupaba de velas y cordaje, y traía sobre un pie á sus gavieros, sin una sola palabra de contento cuando se portaban bien. Jamás cantaba al obscurecer, y velaba constantemente sin cansarse.

Desde Hong-Kong envió una vez fuerte cantidad á la misma vieja que en otro tiempo cuidaba

de su hija, para adquirir a perpetuidad el pequeño pedazo de suelo bretón donde la habían puesto, y mandó poner una lápida de mármol. En la carta daba las instrucciones convenientes y complicadas concebidas lentamente en las veladas de la mar.

Esta mujer, cuando él regresó á Brest, se había vuelto idiota, y no se acordaba de haber recibido nada. Se hizo borracha, y gastó en las tabernas y con amigos el dinero que le habían enviado, cuando Kewella durante cinco años de viajes y de aventuras bajo un sol abrasador, no tuvo otra preocupación íntima, en sus horas de guardia, en sus noches de insomnio, que conservar inviolable la sepultura de la joven que descansaba allá abajo en el brumoso cielo de la Bretaña.....

Presuroso corrió á la tumba; la tierra se hallaba recientemente movida, y habían puesto una cruz nueva con el nombre de un viejo desconocido.

Sobre los escalones del osario, entre otros restos lamentables de rasos y flores, encontró el último regalo que hizo á su hija difunta: una

corona de perlas, con una inscripción en medio y un pensamiento.

Todo acabó entonces; la habían mudado con los demás.....

A la caída de la noche se retiró solo, solo, de aquel cementerio.

VIII.

Pasaron años y más años. Sus campañas, sus noches de vigilia, de sufrimiento ó de placer, habían seguido acumulándose las unas sobre las otras, bajo todos los climas del mundo. Padebió una insolación en Japón, la fiebre amarilla en el Senegal, la disentería en Cochinchina, y caídas y naufragios y heridas y chirlos y calenturas.

Un almirante, del cual aun se acordaba á pesar de su gastada memoria, le cogió estima, y entonces despertóse en él la ambición.

En cierta expedición al Africa le condecoraron por una bala que voluntariamente recibió en el pecho, arrojándose delante de un oficial para cubrirle con su cuerpo, por un movimiento tan espontáneo como sublime.

En fin, le nombraron primer contramaestre, grado honroso y bastante bien retribuido, el más elevado á que puede llegar el marincro. ¿Cómo

decir lo que había consumido, por llegar hasta allí, de años, de fuerza, de vigilancia, de energía, de voz, de músculos y de aliento en su silbato de plata?.....

Y sin embargo, todavía no le despreciaban las mujeres, pues había conservado su buena presencia y su aire decidido. Con el tiempo recobró su alegría mordaz de marincro; poco á poco adquirió ese ingenio de los grandes aventureros, á los que la costumbre de las situaciones extremas da una admirable soltura; nada le desconcertaba nunca, y él cortaba todas las conversaciones con sus salidas breves, mezcladas de imágenes tomadas de las cosas de la mar.

Las mujeres no le despreciaban todavía, y sin embargo estaba ya gastado.

Como se gastan los servidores antiguos, los barcos viejos, se gastan los marinos de una manera sorda, profunda, que nada contiene.

Todos los vientos y todos los soles les han agotado, sin que lo parezca, hasta que un día cualquiera caen. Entonces se paga todo: el exceso de trabajo muscular que hizo tan fuertes sus brazos;

el perpetuo cambio de climas, despilfarro de savia y de vida; alternativa de los secuestros del mar y los períodos de placer en que se entregan con el corazón y la sangre á las primeras muchachas que se abren al sol. Hay largas noches de guardia, entre las nieblas y las lluvias, las tensiones de espíritu y las responsabilidades en el mal tiempo y las horas de angustia....

Juan Kewella estaba ya muy gastado por todas estas cosas, cuando llegó el momento de su retiro en la división de Brest, todavía flexible y de buen aspecto, con su uniforme de contramaestre y su cinta roja en el ojal.

Entonces compró su casita en el camino del Portzie, para acabar allí su vida, enfrente de la rada y de los barcos.

IX.

El día de su retiro fué un día como todos los demás. Ni las gentes ni las cosas parecía que daban gran importancia á este antiguo servidor del Estado que se marchaba para siempre.

A la hora acostumbrada del zafarrancho, mucho antes del alba, en aquellas grandes cuadras de la división, que toman algo de la rudeza y del olor de los navíos, los marineros desnudos saltaron al suelo desde sus hamacas, que estaban colgadas en filas de barras de hierro. Sólo él se sintió conmovido á su despertar, soñando con impresión indefinible que era este su último día. Después el vaivén acorta y los lavados de la mañana y todos los ruidos de esa vida empezada en la madrugada se sucedieron con regularidad, como de costumbre, y al son de tambores y cornetas. Los que habían disfrutado permiso para la noche, ó que se lo habían tomado, entraban unos detrás de otros,

el perpetuo cambio de climas, despilfarro de savia y de vida; alternativa de los secuestros del mar y los períodos de placer en que se entregan con el corazón y la sangre á las primeras muchachas que se abren al sol. Hay largas noches de guardia, entre las nieblas y las lluvias, las tensiones de espíritu y las responsabilidades en el mal tiempo y las horas de angustia....

Juan Kewella estaba ya muy gastado por todas estas cosas, cuando llegó el momento de su retiro en la división de Brest, todavía flexible y de buen aspecto, con su uniforme de contramaestre y su cinta roja en el ojal.

Entonces compró su casita en el camino del Portzie, para acabar allí su vida, enfrente de la rada y de los barcos.

IX.

El día de su retiro fué un día como todos los demás. Ni las gentes ni las cosas parecía que daban gran importancia á este antiguo servidor del Estado que se marchaba para siempre.

A la hora acostumbrada del zafarrancho, mucho antes del alba, en aquellas grandes cuadras de la división, que toman algo de la rudeza y del olor de los navíos, los marineros desnudos saltaron al suelo desde sus hamacas, que estaban colgadas en filas de barras de hierro. Sólo él se sintió conmovido á su despertar, soñando con impresión indefinible que era este su último día. Después el vaivén acorta y los lavados de la mañana y todos los ruidos de esa vida empezada en la madrugada se sucedieron con regularidad, como de costumbre, y al son de tambores y cornetas. Los que habían disfrutado permiso para la noche, ó que se lo habían tomado, entraban unos detrás de otros,

excitados con la gota del placer, aun fresco, en los labios. Después el sol, sol algo velado de otoño, salió también á su hora.

Antes de la comida del mediodía, pasó Kewella la revista de inspección á su compañía, con su más nuevo uniforme, que por coquetería se puso para esta última vez. Algunos contramaestres se le acercaban felicitándole, pues había llegado á ese término que pocos marinos tienen la dicha de alcanzar. Iba á descansar por fin, á tener su *jardincito*, y, como ellos decían, á *vivir de sus rentas*. Otros, por el contrario, sabiendo cuan gastado se hallaba, le llamaban «mi pobre Kewella», con ese aire contrito que se toma con el que se va á morir. Luego las despedidas, los apretones de manos. Y él se creía muy contento, esforzándose en encontrar algo risueño que decirles.

A su alrededor continuaba esa marcha familiar del gran cuartel, que viene á ser como el verdadero cuartel general, la casa materna de los hombres de la flota.

La hora del descanso llegó. Entre las grandes paredes lisas, poco á propósito para escalamien-

tos, se paseaban por grupos los marinos, bien arreglados, con sus anchos trajes, con sus actitudes flojas ó impacientes de niños prisioneros.

Los que habían navegado, los verdaderos, los formados, cuyos rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol de los trópicos, se contaban, fumando, sus aventuras de campaña, cambiaban sus confidencias amorosas con las chicas de la vecindad, ó consumían su exceso de fuerzas en las barras de hierro del gimnasio. Los nuevos, los muy jóvenes, de cara redonda, *matriculados* apenas salidos de las lanchas pescadoras ó de las aldeas de la costa bretona, miraban algo asustados, con sus cándidos ojos, esperando impacientemente el cuello azul y la gorra que se les iba á entregar. Los viejos les contemplaban y daban sobre los otros su opinión más ó menos brutalmente expresada, oyéndose de cuando en cuando:

—Este se halla todavía salvaje, pero será fuerte.

Todo el día con su uniforme nuevo había estado yendo y viniendo sin objeto entre estos grupos por él tan conocidos; después por todas las

escaleras, porque andaban de cuatro en cuatro jóvenes muy listos, haciendo el ruido de caballo desbocado, y por aquellos grandes salones abiertos al viento, que olían á madera lavada y brea.

En todas partes le perseguían los recuerdos de todas las épocas de su vida.....

Cuando se han servido cuarenta años en la flota, muchas veces se ha tenido ocasión de pasar por Brest; con frecuencia, de regreso de una campaña, se ha ido allí contento y con los bolsillos llenos de dinero; también se ha vuelto á salir, bajando por las escaleras de granito que conducen al puerto, con los dos sacos de lienzo á la espalda, alegre ó con el corazón desgarrado, para ir á lo lejano y á lo desconocido. Kewella quería volver á ver todos estos rincones; tenía á la vez que hacer algunas cosas en los almacenes de los aposentadores, ciertos papeles que completar, esperar algunas firmas, como si se estuviera en la víspera de un gran viaje. Sentía, sobre todo, la necesidad de moverse, de agitarse, y á pesar de su contento indiscutible, la necesidad de distraerse.

Por la tarde, en su cámara, se quitó con el pri-

mer dolor de su corazón el uniforme de contra-maestre, encerrando en un traje negro, cuyo corte le avejentaba muchos años, su cuerpo grande, que en sus tiempos fué soberbio, y arregladas todas sus cuentas con el Estado, que le había pagado su vida suficientemente, salió del cuartel. A la puerta, algunos jóvenes que entraban borrachos, despiadados en su propia exuberancia de movimiento, codearon á este *paisano*, que ya no conocían. Pero algunos amigos, viéndole marchar solo, se le reunieron por pura política para acompañarle por última vez.

Entraron juntos á beber, y allí todos brindaron á la salud del feliz *rentista*, y él continuaba creyéndose contento y diciéndolo.

En la calle los mismos jóvenes siempre que pasaban. Las puertas del cuartel acababan de abrirse por completo, porque era la hora en que se permite á los marinos que dispongan de la noche, en que se van á sus citas de amor, y cantaban á toda voz:

.....
 Gozad sin interrupción
 Días de locura, noches de amor,

que era este año la canción de moda entre los marineros. Cuando se encontraba un grupo con otro, se enviaban el canto, aun sin conocerse. Y hasta las chicas del arrabal, que se asomaban á sus ventanas de piedra para verlos pasar, lo repetían; rostros pálidos ó sonrosados, con los ojos impregnados del ardor de las primeras voluptuosidades, que por las tardes bajaban á la puerta de sus casas para sorprender á sus amantes de cuello azul; por las noches la canción se convertía en una especie de himno de placer que llenaba la obscuridad de las calles.

Y él, que se marchaba para siempre, perseguido por aquella alegre canción, también por bravata repetía:

.....
Días de locura,
Noches de amor.

—¿Has visto el viejo? ¡También él!—decía una chica desvergonzada que esperaba á su gaviero detrás de una puerta.

Reinaba la obscuridad cuando se encontró solo, fuera de las murallas de Brest, camino del Portzie.

El viento del Oeste le azotaba la cara, y llevaba hasta el olor de los focos de la mar.

Ya cerrada la noche fué cuando abrió la verja de un jardincillo, y entró en su casa de retirado en que por primera vez iba á dormir.

En sitio de honor, encima de la chimenea, colgó para siempre su silbato de plata..... Era, creía él que era, extraña esta melancolía inesperada que ganaba su corazón, como si en aquella hora se hubiese fijado para él el fin de todas las cosas.....

Su cuarto estaba bien arreglado, y había procurado que presentase un agradable aspecto. Multitud de los objetos que adornaban el hogar del viejo pirata, recogidos en los cuatro puntos del globo, en aventuras ó pillajes, mostraban fisonomía extraordinaria, que recordaban los más lejanos países del mundo. Cerca del lecho, el retrato de la hija muerta, menos borrado en aquella época que al presente, parecía mirar vagamente con su vela en la mano.

Con las dos suyas cogió este cuadro de conchas, y enterneciéndose su corazón, á su pesar, en esta

noche feliz, la primera lágrima resbaló por su mejilla, depositándose en la barba ya blanca del anciano.

Sangre de verdadero marino bretón corría por sus venas; y estos hombres de ruda apariencia, que viven en el mar, guardan siempre en el fondo de su alma el recuerdo único imperecedero de algún rincón de aldea ó de alguna dulce figurita que han amado.

Silbaba bajo su puerta el viento del Oeste; detrás de su casa solitaria penetraba y se revolvía en el patio húmedo cuyas paredes se vencían por el peso de las piedras y las matas de aliaga. Allá abajo debía hacer un tiempo grueso y una noche bien dura. Pero él había acabado para siempre con tales angustias, con esas noches negras y siniestras, con esos grandes ruidos de las aguas furiosas, con todos esos espantos de la mar, que hacen mudar el color de frío y de miedo. Todo podía al presente silbar y atormentar fuera; jamás, jamás se preocuparía de ello en lo sucesivo.

¡Qué feliz iba á ser! Concluyeron los trabajos, los peligros, las penas. Por las tardes, á dormir

tranquilo en una verdadera cama, y todo de un tirón; cultivaría su jardincito, cosa para él enteramente nueva y que tanto había deseado, y luego cuidarse á sí mismo.

Con tanto descanso y tantas precauciones como iba á tomar, seguramente que no le faltarían años hermosos, quizás rejuvenecería.....

Y, sin embargo, lloraba constantemente, y sus lágrimas, que en un principio eran lentas como piedra que se rezuma, corrían ahora más rápidas, más abundantes, como lluvia molesta. ¿Qué era lo que sentía? No solamente el dolor de su hija difunta, sino una angustia íntima y profunda. Su gran contento de todo el día fundíase ahora en supremos sollozos y en un deseo inmenso de morir.....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



X.

Al día siguiente de su retiro, despertóse muy de mañana, asombrado de aquel silencio, admirado de verse solo en su casa, y comprendiendo por primera vez que no era más que un viejo.

Entonces empezó para él esa vida del fin que de semana en semana iba impregnándose más y más de un pésimo gusto de muerte. Debilitábase á pesar de los cuidados y á pesar del sosiego. Replegándose en su interior, en la súbita tranquilidad de su existencia de retirado, ahora era cuando sentía la pesada fatiga de sus cuarenta años de mar y cuando tenía conciencia, aunque demasiado tarde, de su irremediable agotamiento.

Al cabo de cinco años de esta dulce vida, la destrucción adelantó tanto, que si encontraba antiguos amigos, casi tenía necesidad de decir su nombre para que le conocieran.

Las noches principalmente le estenuaban.

Hasta por la mañana permanecía bañado en copiosos sudores, y tenía siempre pesadillas. Parecía que su cabeza se vaciaba lentamente en este misterioso trabajo y en estas evocaciones del sueño.

Al despertar le dolían los brazos y las piernas, y se sentía quebrantado como cuando en su juventud abusaba de las fuerzas que le formaron sus poderosos músculos. Pero ahora, por el contrario, su cuerpo disminuía; disminuían sus miembros durante esas traspiraciones nocturnas, y el esqueleto óseo empezaba á señalarse bajo la carne ablandada.

Siempre eran escenas semejantes las que soñaba. Creíase á bordo en su lecho de campaña, faltar de aire, con mal tiempo, en el fondo de algún entrepuente cerrado, de donde le venían á buscar para que hiciese la guardia y las maniobras necesarias. Precipitadamente quería vestirse, correr, exasperándose por haber faltado al servicio, presa de una ansiedad terrible, pensando lo que podría suceder en la arboladura. Pero no encontraba su ropa, no veía camino por donde salir, y no se reconocía ya.....

Otras veces, si lograba llegar hasta el puente y comprendía la maniobra que había que ejecutar, su silbato no sonaba, sus brazos carecían de vigor y luchaba mucho tiempo contra su extraña inercia hasta rendirse.

Despertábase al fin, y solo oía el ruido familiar del viento de Oeste entrando por las rendijas de su puerta, ó de la lluvia de invierno al caer sobre su tejado. Poco á poco se acordaba de que lo demás acabó para siempre y que él mismo acabaría bien pronto.... Entonces nueva y más horrible angustia le sobrecogía....

Realmente tenía de qué vivir con su pensión, su cruz y su dinero colocado.

Todas las menudencias de la existencia de Kervella hallábanse arregladas al día y con la mayor precisión, por aquella costumbre de orden que adquirieron á bordo los veteranos.

El mismo se preparaba sus comidas, se hacía la cama, aseaba el cuarto y lavaba su ropa blanca ciertos días de la semana en su patinillo de atrás.

Una vieja del Portzie, llamada la tía Segal, pasaba por las mañanas y se encargaba de la com-

pra. Algunos otros retirados de Marina como él, y también como él sin familia (figuras llenas de chirlos, testimonio de antiguas aventuras, ó figuras respetables de valientes militares, con su cinta roja ó amarilla en el ojal); esos otros veteranos, decimos, se atrevían á ir á Recouvrance, con la cesta al brazo, por sus modestas provisiones de solitarios. Y verdaderamente que no por ello debían avergonzarse; pero Kervella se resistía, repugnándole el cesto, las discusiones y los regateos. Y eso que, como todos los marinos, tenía costumbre de todos esos quehaceres que la gente de tierra encomienda al otro sexo. Así que se le veía en su casa repasar sus trajes, cambiar los botones de sus prendas militares para convertirlas en *prendas civiles*, y coser bastante de prisa con sus rudas manos ennegrecidas en aquel anciano de facciones todavía nobles, que tantos prodigios de fuerza ejecutó en otros tiempos.

Las flores se daban bien en el pequeño *parterre* de su jardinillo, siendo éste el último placer que no había engañado sus esperanzas.

La llegada de los buques, los mil ruidos que los

marineros producen durante la noche por las calles, y sus cantos á lo lejos, todas estas fiestas de la juventud que para él ya no existían desde hacía mucho tiempo, venían á convertirse ahora en una especie de dolorosos recuerdos que le agitaban en su lecho, mortificándole en los insomnios. Algunas veces se levantaba y abría la ventana para percibir á través del tiempo de la media noche el rumor de Recouvrance, que llegaba allí por encima de las aliagas y los brezos.

En un principio, las primaveras le conmovían también algo, así como una melancolía muy vaga, como el sufrimiento de no *acordarse*.

Esas primeras tardes templadas de Mayo le obligaban á pensar en los confines del Asia, de aquel país en donde había vivido más y dejado á las mujeres mayor porción de su existencia.

Y durante aquellas noches de rocío en que los pájaros cantaban, venían á visitarle á veces criaturas amarillas, medio borradas se balanceaban delante de sus ojos con aquellas túnicas colgantes, enviándole sonrisas de gata burlona y girando sin cesar debajo de su chata sombrilla de mil pliegues,

semejante á una seta. Sin duda eran mujeres que había conocido en alguna parte: de esto hacía memoria; pero ¿qué le querían? Al desaparecer, ya no se inquietaba por seguir las; sin embargo, una noche empezó á vestirse precipitadamente, y á las nueve estaba camino de Brest, con su gran bastón en la mano, andando de prisa, con la cabeza baja y como quien va á hacer una visita que no puede decirse. Y allí, en la parte baja de la calle de Saint-Ives, había vuelto á ver mujeres que no eran amarillas, que no llevaban ni sombrillas ni faldas de crespón bordadas, pero que hablaban de cosas obscenas con inmundos atrevimientos. Luego regresó agotado y vergonzoso, conservando desde este momento para siempre el pudor y la dignidad de su vejez.

Los veranos cultivaba plantas trepadoras que dirigía sobre su chata casita, y le recordaban las lianas, arreglando delante de su puerta un pequeño emparrado con aspecto de baranda.

Una de sus alegrías mayores consistía en ponerse su traje de nankín y coger el abanico de hoja de palmera, las dos ó tres noches al año que hacía

bastante calor para recordarle aquellas regiones exóticas que ya no debía volver á ver.

A mediados de Julio se celebraba anualmente una feria más allá del Porzie, en la aldea de Santa Ana, y en este día una alegre muchedumbre pasaba desde la mañana á la noche, como si fuera procesión, en la que los marineros dominaban. Mucho tiempo antes de que llegara esa fiesta, que señalaba para él como el apogeo del estío, estaba pensando en ella, y desde muy temprano, bien vestido, con su abanico, y sacando fuera el loro, se sentaba delante de su puerta para ver y ser visto. Al pasar, con efecto, miraban las gentes á aquel anciano, dueño del jardinillo y con sus pendientes de oro en las orejas.

Todavía no se notaba en él cosa ninguna que pudiera prestarse á la broma; su aspecto era tieso y duro; sus ojos, movibles en otro tiempo y que sabían ser dulces, ya no decían nada, cubiertos por sus párpados como lámparas apagadas é inútiles; las líneas de este rostro se conservaban, sin embargo, correctas, pero rígidas y semejantes á la momia de un pirata.

Cuando la tarde se echaba encima; cuando aquel día de fiesta había terminado; cuando los últimos grupos se alejaban, Kerwella, solo, en medio del silencio, era presa de la tristeza más desesperada. ¡Un verano más!.....

Y ya en seguida iba á empezar el invierno con sus lluvias, sus noches largas y dolorosas. ¡Un año más desvanecido, como tantos otros, en los abismos sin fondo!

No tenía, no, ciertamente ganas de morir ahora; era demasiado viejo para semejante idea. Y se cuidaba más y más, como si se agarrara con sus crispadas manos á lo poco que le quedaba de vida.

Y nunca el tiempo que quería detener marchaba tan presto; los días, los meses, las estaciones huían sin tregua ni reposo con la espantosa rapidez y el horrible silencio de las cosas que caen en el vacío.

XI.

En uno de los años sufrió cierto aviso que le atemorizó bastante.

Sonando por la noche, figuróse que atravesaba alguno de aquellos profundos mares en que no se espera ver cosa ninguna; tranquila la superficie hasta podérsela comparar con una losa de mármol gris, inmensa como el desierto. Era la hora del crepúsculo, y estaba él de centinela en un barco. A sus pies dormía una mujer asiática, cuyo nombre sabía, Nam-Teu, y recordaba perfectamente haberla conocido en otro tiempo y en otra parte.

Balanceábase suavemente, sin inquietud y sin ruido; pero de repente, allí cerca, surgió una de esas cosas que se llaman *balizas* ó *señales*, que indican á los marinos los peligros invisibles de las profundidades de las aguas.

En la vida real, en pleno día, tuvo hacía treinta años una sorpresa parecida.

Conducía entonces una lancha por cierto río de la Indochina, que serpentea durante muchas leguas en medio de llanuras cuajadas de verdes arbustos, en suelo de fango, deshabitadas é inhabitadas, más monótonas y más muertas que un mar sin barcos. Por todas partes la envenenada verdura de las regiones bajas del Ecuador aparecía como engañosa magnificencia, por encima de la desolación de los grandes pantanos. Pesadez en el aire, pesadez irresistible de mediodía le atormentaba y vencía, entregándolo al sopor, aunque con los ojos siempre abiertos ante los resplandores de aquella terrible y espléndida luz.

Cerca de él dormitaba una cambodgiana—Nam-Teu—que en aquella época le servía de mujer.

De repente, y en una revuelta del estrecho río, aparecieron tres balizas en forma de triángulos rojos encajados en el extremo de altos mástiles, levantándose como para anunciar un gran peligro debajo de las tranquilas aguas.

Con efecto, era un banco de coral, sitio que por misteriosa selección vinieron á habitar multitudes de madréporas, que andando los siglos acumula-

ron allí millares de células de piedra. Aunque le tenían advertido de la existencia de este banco, único en todos aquellos alrededores, no esperaba encontrarlo tan próximo, y tuvo miedo.

¡Cuán lejanos estaban ya semejantes recuerdos, lejanos en el tiempo y en el espacio, perdidos en el fondo de un pasado muerto! Recuerdos de sol y de vida, ¿qué raíces teníais para renacer, en una noche lluviosa de invierno, de en medio de las cenizas de aquella cabeza vieja y ya hueca y producir esta última visión senil y deforme.

Las balizas que repentinamente surgieron del fondo del mar gris de su sueño eran muy numerosas y se acumulaban como para advertir de algún peligro sobrenatural é indecible, afectando toda clase de formas extrañas y desconocidas, en la punta de unos palos muy largos, desplegándose como brazos, haciendo señales, agitándose con la impotencia desesperante de cosas mudas que quisieran gritar, y trazando en el pálido cielo mágicas escrituras.

Y se despertó presa de profundo terror como si se aproximaran cosas fatales que no pudieran con-

jurarse. Debía verdaderamente ser espantoso el escollo que de tal manera se anunciaba, y por esto pensó que la muerte era su significado. Transcurrió, sin embargo, el año sin acontecimiento particular alguno.

Sólo hubo en sus costumbres un nuevo cambio, convirtiéndose en goloso. Quejábase constantemente de que aquella tía Le Gall, su ama de gobierno, compraba mal en la plaza y no le traía cosas buenas. Hasta tal punto llegó su disgusto por esta causa, que un día cogió la cesta resueltamente y empezó á ir al mercado él mismo, viéndose por las mañanas en Recouvrance deteniéndose en regatear, como si fuera una criada, con las vendedoras.

Limpio y bien acepillado el gabán viejo de marinero en que se envolvía, prenda especial que los veteranos retirados usan toda su vida, todavía presentaba buen aspecto y andaba bastante de prisa, aunque ya á la vuelta se agitaba mucho.

Una mañana admitió el convite de otro viejo como él, y entró en su casa tambaleándose por el exceso de la bebida, dándose el caso de que por

primera vez en su vida tuviera que ser reñido vergonzosamente por una mujer, por aquella tía Le Gall, que no se permitía semejantes debilidades sino los domingos por la tarde, y eso no todos.

Sucedía también que por entonces comenzó á acompañar á otros camaradas que cuando hacía buen tiempo se reunían al pie de las fortificaciones, á la puerta de Recouvrance, costumbre que era señal de decadencia en nuestro héroe. Allí se mostraban una serie de gabanes de marinero acepillados, y más que acepillados rapados, vueltos, que abrigaban troncos huesosos y moribundos.

Juntos se entretenían en jugar al tejo y otras diversiones de á bordo, conservando todos ellos, á pesar de su edad, la candidez y niñerías propias de los marineros, pero que ya tomaban un aspecto en cierto modo lúgubre tratándose de ancianos.

Otras veces contábanse mutuamente sus respectivas historias, sentados y formando grupos que verdaderamente causaban lástima.

—Cuando yo estaba embarcado en la *Melpómene*.....

—A bordo de la *Semiramis* me ocurrió una tarde que, al recoger velas, el Almirante me dijo: «Jezequel, ahora te toca á tí.....»

A veces hablaban como para sí de aquellos barcos que ya no existían; de aquellos comandantes que aparecían en sus relatos como personajes de leyenda, si no muertos, convertidos hacía ya mucho tiempo en esos tristes fantasmas que, acabada una carrera admirable de intrepidez, abnegación y honor, van arrastrando lentamente por las calles sus trajes negros y su cinta en el ojal, y algunos que sólo se ven los días de sol en pequeños carruajes de mano.

Cerca de la puerta de Recouvrance existe un laberinto de senderos que van á perderse en sitios deshabitados del término, á lo largo de grandes trozos de muralla de granito abundantes en hierbas y líquenes; senderos verdes muy á propósito para los enamorados, y preferidos por los marineros, que se pasean allí durante la tarde con la muchachas del arrabal. Pues bien, todos aquellos viejos retirados del servicio habían escogido la encrucijada de estos caminos para congregarse,

haciendo del lugar como una especie de antesala del cementerio. Unos limpios y dignos, con su perpetuo gaban abrochado; otros sórdidos, repletos de alcohol, de mal aspecto; pero constituyendo todos un enjambre verdaderamente lamentable.

Y sin embargo, habían sido en otro tiempo listos y fuertes, gastados ahora en el servicio de la patria, que en premio les concedía lo estrictamente indispensable para no morir de hambre; y aun figuraban entre ellos algunos tan valientes y tan buenos en el pasado, que todavía en sus restos, y á pesar de todo, resultaban como cosas venerables y casi sagradas.

Viejas ruinas de los bravos que fueron, veían pasar por su lado aquellos jóvenes con su camisa azul flexible, llevando del brazo su pareja y con prisa de esconderse entre aquellos caminos de hierbas y bajo los olmos de las murallas. La vida y el mar les atraían con toda clase de encantos, creyendo que jamás se acabaría aquella plena juventud de marinero, más vigorosa que la del resto de los hombres, sin tener en cuenta, sin mirar siquiera aquellos espectros que habían sido sus

iguales, saltando alegremente por la tarde como niños, ebrios de salud y de fuerza, precisamente á la hora en que los viejos, con su cabeza movable, regresaban á sus viviendas apoyándose en su palo para poder andar.

XII.

Un invierno llegó en que el triste temblor de los viejos se apoderó de él hasta el punto de que dejaba caer cuanto tocaba y rompía muchos objetos de su casita.

La *enfermedad de la luna*, que había padecido en otro tiempo bajo el Ecuador, se le había reproducido. Los médicos de á bordo la denominan *hemeralopia*, y ataca a los marineros que duermen al aire libre en los países cálidos.

Kerwella no veía gota en cuanto se quitaba el sol, y tenía necesidad de andar á tientas como los ciegos.

Iba apagándose y tejiéndose á su alrededor espesos velos sobre todas las cosas:

Se sentía siempre con la cabeza pesada, aunque en realidad la tuviera casi vacía de ideas, y algunas noches se representaba la figura de un chino que se acercaba para mortificarle, y entonces se

ponía colérico, lanzando injurias formidables, agitando mucho, imaginándose, en fin, que todavía se encontraba en campaña contra ellos.

Ya no dirigía su vista jamás á aquel retrato en que su pequeñuela se hallaba vestida con el traje de la primera comunión, conservando siempre su vela en la mano, pero que cada invierno iba perdiendo de color, á la vez que los restos de la pobre chica, muerta ahora, confundidos en la fosa común, verdecían en medio de aquel montón de osamentas.

Gastaba mucho dinero en comprarse buen vino y cosas fortificantes; pero algunas llagas le salieron en las piernas, y como á todo trance quería continuar siendo limpio, se lavaba solo por las mañanas en su patinillo los lienzos con que se curaba.

Iba poco á poco encorvándose, disminuyendo su estatura y pronunciándose los huesos de sus espaldas.

Su mirada permanecía muerta durante todo el día, y ya no pensaba más que en cuidarse y en comer; pero por la mañana, al despertar, su inteli-

gencia se aclaraba espantosamente, y siempre solo, después de aquella especie de descanso que obtenía en las últimas horas de la noche, se quedaba inmóvil y siniestro, con unos ojos fijos que *comprendían y se acordaban*. Después, nada.

¡Pobre resto que la mar no quiso recoger, pobre anciano solitario cuyas lágrimas nadie veía! ¿por qué no murió mucho antes, en aquel tiempo de su hermosa juventud?

Los animales libres no se arrastran de esta suerte, sino que conservan hasta el fin su forma y su manera de ser uniéndose y reproduciéndose. Solamente para el hombre se hizo esa larga vejez que es la burla de la vida.

XIII.

La primavera siguiente todavía le puso más temblón, más débil. Disfrutaba de su jardinillo; sus sueños no eran ya las pesadillas de otras veces, sino recuerdos de espacio y de sol como las profundas lontananzas de las aguas azules y cambiantes, y siempre con algún detalle de mástiles vergas ó velas. En el fondo de su cerebro que se escapaba, quedaron estas últimas imágenes de su juventud pasada, ó quizás por transmisión misteriosa venían de más lejos, aun de sus ascendientes, todos marinos como él.

Todo se acabó; jamás, jamás volvería á ver el esplendor azul, el esplendor infinito de los mares, ni él ni ningún hijo de su sangre, porque era fuente agotada de donde no había de sobrevivir cosa alguna.

A la caída de la noche se sentía medroso, diciendo que al fin se moriría solo; pero la tía Le

Gall, que permanecía en la casa todo el día por su sueldo, rehusaba dormir en ella para evitar murmuraciones.

Las llagas de sus piernas se habían extendido mucho, continuando él lavando por sí mismo con gran cuidado sus trapos, queriendo resueltamente permanecer limpio; pero algunas veces se equivocaba y resultaban por esto cosas sucias.

En Mayo intentó trabajar en su jardín, dándole mucha guerra sus dos pequeños arriates, que tomaron por entonces ya un aspecto de abandono, y de donde brotaban altas hierbas, como alrededor de las tumbas sucede. Y eso que Mayo se anunciaba muy hermoso; las golondrinas, que formaron un nido bajo el techo de la casita, cantaban desde la mañana sus risueños amores; por doquiera el campo producía nuevos verdes, y las flores brotaban en abundancia.... Alegría para los demás, para todo cuanto era joven; para él ironía atroz, más siniestra que el estertor de la muerte.

Iba y venía, bajándose con trabajo para ver de arrancar las hierbas malignas. Una vieja fusia, que se había hecho árbol al influjo del dulce clima de

Bretaña, ocupaba con sus ramas colgantes casi todo el caminito; por lo alto estaba casi seca, pero por junto á la tierra había vuelto á florecer profusamente como planta joven; y cuando el viejo pasaba, todas estas flores color de coral que frotaban el paño usado de su gabán de marinero, depositaban en fresco polvo el exceso de su polen amarillo. Él también en otro tiempo había esparcido al azar la savia exuberante de su vida.

Pero los hombres no florecen ya en su vejez como los árboles que se renuevan, sino que su fin es una horrible descomposición.

Pasó el verano; el calor le reanimaba un poco, y poniéndose por última vez la chaqueta de nanquín, se abanicaba con la hoja de palmera. Pero el invierno le trajo una perniciosa hinchazón que parecía bolsa llena de agua. Y él se cuidaba, se cuidaba, embruteciéndose en la única idea de conservarse á toda costa.

—¿Quién sabe—se decía—si á fuerza de precauciones podré llegar á la primavera próxima?...

Pero no. Una noche de Marzo, la muerte, que pasaba camino de Brest á rematar algunos enfer-

mos del pulmón, se detuvo también allí. Torció su boca, cerró sus ojos, desfiguró sus dedos, y continuó el camino, dejándole rígido sobre su lecho y fijo en la postura que había de guardar hasta el momento de caer en pedazos á la última podredumbre.

XIV.

Á la mañana siguiente llegó la tía Le Gall, y, viéndole en tal estado, gritó: «¡Jesús mío, el viejo ha muerto.»

Marineros le llevaron: este fué su voto, como es el de casi todos los viejos marinos. Y como se hallaba condecorado, un piquete de fuerza armada siguió el cortejo digno y honroso.

Andando el tiempo, se vió en el portal de una prendería de uno de los arrabales de Brest, la chaqueta de nankín, el abanico de palmera y aquel cuadro de conchas que encerraba el retrato de la niña con su traje de primera comunión.

FIN.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

LITERATURA

- Arambilet.**—*Agnes* (narración del día): 1 peseta.
- Barbey d'Aureville.**—*Lo que no muere*: 2,50.
- Belot.**—*Loca de amor*: 2,50.
- Belot.**—*La Culebra* (continuación de *Loca de Amor*): 2,50.
- Belot.**—*Las Corbatas blancas*: 2,50.
- Belot.**—*La Explotación del secreto* (continuación de *Las Corbatas blancas*): 2,50.
- Belot.**—*La Pecadora*: 2,50 y 3 en tela.
- Belot.**—*Una luna de miel en Monte Carlo*: 3 y 3,50 en tela.
- Bouvier.**—*Las Borgoñas del día*: dos tomos 5.
- Cañizo.**—*Justicia y Providencia*: 2,50.
- Claretie.**—*Juan Mornas*: 2,50.
- Claretie.**—*Noris*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*La Fugitiva*: 3 y 3,50.
- Claretie.**—*La Querida*: dos tomos, 5 y 6.
- Claretie.**—*El Sr. Ministro*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*Santiago*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Un Diputado republicano*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Una mujer de gancho*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*El Último foso*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*Roberto Burat*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*El Príncipe Zilah*: 2,50 y 3 en tela.
- Claretie.**—*Los Amores de un interno*: dos tomos, 5 y 6 en tela.
- Claretie.**—*La Casa vacía*: 2,50 y 3.
- Cubas.**—*El Ángel del presidio*: 1,50.
- Cubas.**—*El Panal de miel*: 2,50.
- Cubas.**—*La Mortaja de limosna*: 1,50.
- Cuentos escogidos** de varios autores: 2,50.
- Deloit.**—*Las Represalias de la vida*: 2,50.
- Dickens.**—*Días penosos*: 2,50.
- Dumas.**—*Paulina y Pascual Bruno*: 3 y 3,50 en tela.
- Dumas.**—*Amaury*: 2,50 y 3 en tela.
- Eça de Queiros.**—*El Primo Basilio*: dos tomos, 5.
- Edmond.**—*La Leñadora*: 2,50.
- Enault.**—*Gabriela de Celestange*: 2,50.
- Ennery.**—*El Príncipe de Moria*: 2,50.
- Feuillet.**—*La Muerta*: 2ª ed.: 3.
- Feuillet.**—*Los Amores de Felipe*: 2,50.
- Feuillet.**—*Un Matrimonio en la aristocracia*: 2,50.
- Feuillet.**—*El Conde Luis de Camors*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet.**—*La Novela de un joven pobre*: 2,50 y 3 en tela.
- Feuillet.**—*El Viajero*: 3 y 3,50 en tela.
- Fortunio.**—*La Virgen de Belem*: 2,50.
- Gaboriau.**—*Matrimonios de aventura*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*Los Hombres de paja*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*El dinero de los otros*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*El proceso Lerouge*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La Vida infernal) Pascual y Margarita*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La Vida infernal) Lila de Argeles*, continuación de *Pascual y Margarita*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La cuerda al cuello) El incendio de Valpinson*: 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*(La cuerda al cuello) El Verdicto* (continuación de *El incendio de Valpinson*): 2,50 y 3 en tela.
- Gaboriau.**—*Los amores de una envenenadora*: 2,50 y 3 en tela.
- Galería de desgraciados**, por varios escritores y escritoras: 1.
- Gautier.**—*Fortunio y La Muerta enamorada*: 2,50.
- Gautier.**—*Novelas cortas*: 2,50.
- Houssaye.**—*La Comedianta*: 2,50.
- Jorge Sand.**—*El Castillo de Flammarande*: 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Los Dos Hermanos* (continuación de *El Castillo de Flammarande*): 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Mi hermana Juana*: 2,50 y 3 en tela.
- Jorge Sand.**—*Valentina*: 3 y 3,50.
- Jorge Sand.**—*Cesarina Dietrich*: 2,50 y 3 en tela.

Jorge Sand.—*El Marqués de Villemor*: con un bonito cromó, 1.

Jorge Sand.—*Indiana*: 2,50 y 3 en tela.

Julio Simón.—*Dios, Patria y Libertad*: 5 y 6,50 en pasta.

La Cerda.—*El Gran problema*: 2,50

La Cerda.—*La Tela de Araña*: 1.

Mahalin.—*La Bella Horchatera*: dos tomos 5.

Malot.—*Zyta la saltimbanquí*: 2,50 y 3 en tela.

Musset.—*La Confesión de un hijo del siglo*: 2,50 y 3 en tela.

Ohnet.—*El Gran Margal*, 2.^a ed.: 3 y 3,50 en tela.

Ohnet.—*Las Señoras de Creix-Miert*, 2.^a edición: 3.

Ohnet.—*Lise Fleuron*: 2,50.

Ohnet.—*Negro y Rosa*: 3 y 3,50 en tela.

Ortega Muñilla.—*Oruga de hambre*: 2,50.

Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*: 2.

Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego*: 1.

Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: 2.

Paul Bourget.—*Mentiras*: 2,50 y 3.

PIERRE LOTI.—*Mi hermano Foes*: 2,50 y 3 en tela.

Rivière.—*El Combate de la vida*: tre tomos, 7,50.

Soles Eguilaz.—*En el quinto cielo*: 2,50

Trueba.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5.

Ulbach.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*, 2.^a ed.: 2,50.

Vascano.—*Javier Malo*: 2,50.

Wilkie Collins.—*Señorita ó Señora*: 2,50 y 3 en tela.

X^{tes}.—*Al lado de la dicha*: 2,50.

Zaccone.—*Los Dramas de la Bolsa*: 1,50

Zola.—*Germinal*, 2.^a ed.: dos tomos, 6.

Zola.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*: dos tomos, 5.

Zola.—*Cuentos á Ninon*: 3 y 3,50 en tela.

Zola.—*El Vientre de París*: dos tomos, 5.

Zola.—*La Confesión de Claudio*: 3 y 3,50.

Zola.—*La Fortuna de los Rougon*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Zola.—*La Conquista de Plassans*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Zola.—*Aneta Micoulin*: 3 y 3,50 en tela.

Zola.—*La Caída del Padre Mourret*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Zola.—*Magdalena Ferat*: 3 y 3,50 en tela.

Zola.—*Nuevos cuentos á Ninon*: 3 y 3,50 en tela.

Zola.—*Los Misterios de Marsella*: dos tomos, 5 y 6 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo), Madrid, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA